

Hablemos de... Ciencia seria y de ciencia "tabù"



SEGUNDO CUADERNO

Artículos publicados en internet por
“CESHE”, “Bibbia e ciencia”, “Effedieffe”, etc.

Traducidos del italiano por el P. Pablo Martín

“Aquel que vive para siempre ha creado todo el universo, sólo el Señor es reconocido justo. A nadie es posible comprender del todo sus obras; ¿quién puede indagar sus grandezas? La potencia de su majestad ¿quién podrá medirla? ¿Quién podrá contar sus miserecordias? No hay nada que quitar ni nada que añadir; no es posible indagar las maravillas del Señor.

Cuando uno ha terminado, entonces comienza; cuando se detiene, se queda perplejo”.
(Sirácida, 18, 2-6)

¡Oh Señor, Dios nuestro, qué grande es tu nombre en toda la tierra!
Sobre los cielos se eleva tu magnificencia.
Con la boca de los niños y de los recién nacidos afirmas tu potencia
contra tus adversarios, per reducir al silencio a enemigos y rebeldes.
Si miro tu cielo, obra de tus dedos, la luna y las estrellas que tú has fijado,
¿qué es el hombre, para que de él te acuerdes, o el hijo del hombre, para que cuides de él?
Y sin embargo lo has hecho poco menos que los ángeles, de gloria y honor lo has coronado:
le has dado poder sobre las obras de tus manos, todo has puesto bajo sus pies;
todos los rebaños y los ganados, todas las bestias del campo;
las aves del cielo y los peces del mar, que recorren los caminos del mar.
¡Oh Señor, Dios nuestro, qué grande es tu nombre en toda la tierra!”

(Salmo 8)

*“Los cielos narran la gloria de Dios, y la obra de sus manos anuncia el firmamento.
El día al día le entrega el mensaje y la noche a la noche le da la noticia.
No es lenguaje y no son palabras, de las que no se oiga el sonido.
Por toda la tierra se difunde su voz, hasta los confines del mundo su palabra.
Ahí ha puesto una tienda para el sol que sale como un esposo de la cámara nupcial,
exulta como gigante que recorre el camino; surge de un extremo del cielo
y su carrera llega al otro extremo: nada se libra de su calor”.*

(Salmo 18)

“Pues desde la creación del mundo, sus perfecciones invisibles pueden ser contempladas
con la mente en las obras que El ha hecho, como su eterna potencia y divinidad;
por lo tanto no tienen excusa, ya que, aun conociendo a Dios,
no le han dado gloria ni le han dado las gracias como Dios,
sino que han delirado en sus razonamientos y se ha oscurecido su mente insensata.
Mientras se decían sabios, se han vuelto necios y han suplantado la gloria de Dios incorruptible
con la imagen y figura del hombre corruptible, de aves, de cuadrúpedos y de réptiles.”

(Romanos, 2,20-23)

INDICE

Página

Una “ciencia” sin conciencia		3
28 - Ciencia y Fe al servicio del hombre	<i>Card. Renato Martino</i>	4
29 - La Ciencia en camino	<i>Guy Berthault</i>	6
30 - Puesta en discusión de las dataciones de las áreas geológicas	<i>M.C. van Oosterwyck</i>	13
31 - ¿Nuestro mundo es más jóven de lo que se cree? ¿Debemos contar los años por miles de millones?		21
32 - Otro mito científico va a caer	<i>Maurizio Blondet</i>	24
33 - El carbono-14 ante la Sábana Santa de Turín	<i>M.C. van Oosterwyck</i>	25
34 - El cisma sumergido	<i>Alberto Bolognesi</i>	29
35 - El error científico que nos arruina a todos	<i>Maurizio Blondet</i>	31
36 - Newton y la cruzada masónica del siglo XVIII	<i>Giancarlo Infante</i>	34
37 - Newton sin velos	<i>Giancarlo Infante</i>	42
38 - ¿Qué hay en lo alto?	<i>Solange Hertz</i>	49

UNA "CIENCIA" SIN CONCIENCIA

Parece que el mundo ha celebrado el 2009 como "el año darwiniano". Antes de que algunos de nuestros Pastores en la Iglesia sigan quemando su incienso en honor de los distintos Galileo, Newton, Darwin, etc., convendría que reflexionaran sobre estas palabras, citadas y comentadas por Fernand Crombette en su libro "*¿Galileo tenía razón o se equivocó?*"

"La astronomía no puede venir de Dios, porque El es una hipótesis de la cual ella no tiene necesidad"... "La astronomía, para darse cuenta del estado presente de nuestro sistema, aventura una hipótesis, la de la nebulosa dislocada y fragmentada¹; y para darse cuenta del origen y del principio mismo de las cosas, ella se prohíbe buscar una hipótesis nueva tan necesaria como la otra, si se puede llamar hipótesis. Esta reserva debe sorprendernos, a mayor motivo que la astronomía, si es la más exacta de las ciencias, es al mismo tiempo la más audaz de todas... La Astronomía no apela y no se fía más que de la razón... Pero luego, cuando la razón quiere remontarse directamente a su Autor, que es también el Autor de las cosas, la ciencia se niega y opone sus escrúpulos. Haría mejor a no esconder su verdadero pensamiento y a confesar abiertamente su ateísmo".

"Nosotros contemplamos, conocemos, al menos en su forma inmediatamente perceptible, este mundo que no conoce nada". "Así hay otras cosas además de los objetos terrestres, además de nuestro cuerpo, además de los astros espléndidos: existe la inteligencia y el pensamiento. Y puesto que nuestra inteligencia no se ha hecho ella sola, debe existir en el mundo una Inteligencia Superior de la cual deriva la nuestra. Por tanto, cuanto más alta sea la idea que nos hacemos de esta Inteligencia suprema, más nos acercamos a la Verdad. No hay peligro de que nos engañemos considerandola como la autora de todas las cosas, si le atribuimos estos esplendores de los cielos... Y el negar a Dios es como si desde esas alturas nos dejáramos caer pesadamente al suelo... Es falso que la ciencia haya llegado por sí misma a esta negación".

Esta profesión de fe de un astrónomo famoso es sin duda notoria frente al ateísmo de un buen número de sus colegas, discípulos en éste de Laplace; pero lo que sigue no lo es menos (pág. 7): *"Parecerá sin embargo extraño que la ciencia moderna haga retroceder la intervención divina hasta los límites extremos, hasta el caos, y que no recurra a ella más que cuando no puede hacer de otra forma. Ese es, en efecto, el espíritu de la ciencia, y diró más: tales son su razón de ser y su derecho".*

Wolf comparte las mismas ideas y escribe (obra cit. p. 1): *"Una hipótesis cosmogónica, para ser completa y responder al sentido mismo de la palabra, debería tomar la materia en el estado primitivo en que salió de las manos del Creador con sus propiedades y sus leyes, y aplicando los principios de la mecánica, hacer surgir el entero universo como existe hoy; la aplicación ulterior de las mismas leyes debería igualmente llevarnos al conocimiento del estado futuro y final del mundo... Un reducidísimo número de autores, Swedenborg, Kant, G. Ennis, Faye, han intentado abrazar el programa completo de la cosmogonía: la mayor parte de las veces los esfuerzos se han limitado a la formación del sistema planetario".*

Aun cuando esta opinión de Faye y de Wolf parece poder servirse de las opiniones de ciertos Padres de la Iglesia y de teólogos y exegetas de fama, nosotros debemos considerarla como **no ortodoxa**. Limitar el papel de Dios a la creación de los elementos primitivos más o menos en desorden y a poner en ese caos leyes que, una vez establecidas e incorporadas en los elementos, dirigirían después invariablemente sus desarrollos, *es transmitir a un cierto Cosmos*

¹ - Barthèlemy-Saint-Hilaire, en la presentación de su traducción del "*Tratado del cielo*" de Aristóteles, hace esta crítica a Laplace. Citado por Faye en "*Sobre el origen del mundo*", p. 106/107, Gauthier-Villars, Paris, 1884 ; citado a su vez por F. Crombette en "*¿Galileo tenía razón o se equivocó?*"

general todas las potencias que producen ese mismo Cosmos, es convertirlo en un Demiurgo. Eso es, por otra parte, atar al mismo Legislador a sus propias leyes, impedirle suspenderlas o modificarlas, lo cual es contrario a la noción misma de legislador. No faltaría más que un fácil paso que dar para resbalar o al panteísmo, o al ateísmo, y eso ya es caer por lo menos en el determinismo y en un vago deísmo. Ahora bien, basta un solo hecho para destruir esta concepción: el Diluvio universal, que vino visiblemente a turbar el orden primitivo del mundo y que no pudo haber sido, por lo tanto, más que el efecto de una voluntad particular ejercida por Dios sobre la naturaleza en un determinado momento y bien posterior a la creación. Es más, el relato mosaico del Génesis muestra, sin discusión posible, que Dios no ha hecho la creación de una sola vez, sino mediante pasos sucesivos que necesitaron cada vez Su intervención.

Por último, la pretensión de deducir de las leyes actuales del universo el conocimiento de sus estados futuros y definitivos, no tiene en cuenta lo que nos enseña la Sgda. Escritura sobre las intervenciones ulteriores de Dios, por ejemplo, para destruir con el fuego un mundo culpable, para juzgar a los vivos y a los muertos, para crear nuevos cielos y tierra nueva, etc...



Lejos de ser obstáculo, la fe ayuda a la ciencia; recuerda el cardenal Martino en una intervención en el Festival de la Ciencia en Bérgamo (Italia)

BÉRGAMO, miércoles, 13 octubre 2004 (ZENIT.org).- La ciencia moderna «es producto genuino de una visión judeo-cristiana del mundo», y no fruto de la Ilustración, recordó el cardenal Renato Raffaele Martino el domingo al participar en el Festival de la Ciencia de Bérgamo (Italia).

El purpurado puso en duda «la ya habitual consideración» que se tiene de que la ciencia es «resultado de la Ilustración», pues «para los grandes científicos y teólogos de la Edad Media como San Alberto Magno, Roberto Grossatesta y Santa Ildegarda von Bingen la relación entre fe y ciencia era casi connatural».

Así percibían estos «eminentes científicos y creyentes en el Dios creador del universo» «la armonía entre estas dos formas de conocimiento» –reconoció el presidente del Consejo Pontificio para la Justicia y la Paz–, pero «esta armonía entre ciencia y fe viene a quebrarse en una época que corresponde más o menos al inicio de la Ilustración».

De hecho, el «aude sapere» [«atrévete a pensar», ndr.], «síntesis programática de la Ilustración», «se presenta como el intento de la razón autónoma de no admitir otro fundamento que ella misma», explicó el purpurado en su intervención, titulada «Ciencia y Fe al servicio del hombre».

Precisamente a esta época de la Enciclopedia se remonta la «instrumentalización» del caso Galileo Galilei, «surgido como símbolo de una presunta oposición entre ciencia y fe, que ha llevado a muchos a sostener» la «incompatibilidad entre ambas».

«En cambio, la ciencia moderna es producto genuino de una visión judeo-cristiana del mundo que tiene su fuente de inspiración en la Biblia y en la doctrina del Logos», puntualizó el purpurado.

Por ejemplo, «la característica de las cosmogonías paganas es la de presentar un ineluctable ciclo de nacimiento–muerte–renacimiento, sin inicio ni fin y sustancialmente privado de sentido»: «una visión cíclica y eternalista del tiempo en el cosmos» en la que «la ciencia no lograba hacer progresos», explicó.

Sin embargo, para la ciencia es necesaria «la capacidad de investigar el inicio de los procesos en el universo» –prosiguió–, y una «noción adecuada del tiempo es fundamental para el desarrollo del cálculo diferencial e integral».

«Fue justamente la visión del cosmos lineal y progresiva derivada de la doctrina cristiana la que suscita el crecimiento de la ciencia, así como otros aspectos de la empresa humana», afirmó el cardenal Martino.

Pero, de acuerdo con el presidente del dicasterio citado, la idea de que sean extrañas entre sí Iglesia y ciencia *«ha sido exagerada por los enemigos»* tanto de una como de otra.

«Hacer ciencia dentro de la teología es frecuentemente causa de malentendidos entre teólogos y ciencia –añadió–. Entre los excesos ideológicos ha habido intentos de debilitar una realidad objetiva a través de un equívoco de la teoría de la relatividad; los intentos de rechazar el principio de la causalidad a través de un recurso ilegítimo a las mecánicas cuánticas, y ulteriores aproximaciones que transforman en ideología la teoría de la evolución, reforzando la idea de la casualidad y negando las finalidades al universo. Lo que tienen en común todos estos intentos es que intentan crear una ideología de la ciencia, buscan dar a la ciencia una tarea que se sitúa fuera de su objetivo».

Ya Pablo VI –recordó el purpurado– *«recalcó que la ciencia no agota toda la realidad, sino que constituye un segmento de ella, el de las verdades que pueden ser tomadas con procedimientos científicos»,* y que *«la ciencia es soberana en su campo»,* pero *«esclava respecto al hombre».*

«En otras palabras –advirtió–, se debe evitar el cientismo, aún hoy difundido, el cual tiende a reducir todo el conocimiento a lo científico» y *«rechaza admitir como válidas formas de conocimiento distintas de las que son propias de las ciencias positivas, relegando en los confines de la mera imaginación tanto el conocimiento religioso y teológico como el saber ético y estético».*

Desde el inicio de su pontificado –continuó–, Juan Pablo II *«ha puesto las bases para que ciencia y fe estén verdaderamente al servicio del hombre»* y ha explicado *«la complementariedad positiva de la ciencia en relación con otros sectores en la perspectiva del amor».*

En este sentido, el Papa advierte que *«la comprensión de nosotros mismos y del universo alcanzará un momento de auténtica sabiduría sólo si estamos abiertos a los numerosos modos en los cuales la mente humana llega al conocimiento: mediante la ciencia, el arte, la filosofía y la teología».*

«La investigación científica –proseguía el Santo Padre– será más creativa y beneficiosa para la sociedad cuando contribuya a unificar el saber derivado de estas distintas fuentes y lleve a un diálogo fecundo con cuantos trabajan en otros campos de aprendizaje», cita el cardenal Martino.

En cualquier caso, y siguiendo a Juan Pablo II, la ciencia –investigación y aplicación– constituyen *«una expresión significativa del señorío del hombre sobre la creación»,* y puesto que *«ciencia y técnica están ordenadas al hombre, del que traen origen y desarrollo»,* *«éstas encuentran en la persona y en sus valores morales la indicación de su fin y el conocimiento de sus límites».*

«La ciencia y la técnica son preciosos recursos cuando se ponen al servicio del hombre y promueven su desarrollo integral en beneficio de todos; no pueden, con todo, indicar el sentido de la existencia y del progreso humano», subrayó el purpurado.

De aquí que *«se deba rechazar»* *«la noción falsa de una ciencia libre de los valores morales»* y que sea *«ilusorio reivindicar la neutralidad moral de la investigación científica y de sus aplicaciones»,* añadió.

Por eso –aclaró el cardenal Martino–, *«la ciencia y la técnica requieren, por su propio significado intrínseco, el incondicional respeto a los criterios fundamentales de la moralidad; deben estar al servicio de la persona humana, de sus inalienables derechos, de su bien verdadero e integral, en conformidad con el proyecto y la voluntad de Dios».*

En este sentido, *«la revelación cristiana es la verdadera estrella polar para el hombre»* y *«la posibilidad ofrecida por Dios a fin de que se pueda hallar la plenitud de Su proyecto de amor iniciado con la creación».*

Éste «es el camino para garantizar que los descubrimientos científicos estarán al servicio de la humanidad». «Al hombre deseoso de conocer la verdad, si aún es capaz de mirar más allá de sí mismo y de levantar la vista más allá de los propios proyectos, se le da la posibilidad de recuperar la genuina relación con su vida, siguiendo el camino de la verdad», concluyó el cardenal Martino.

Decir que la ciencia está en camino es para todos una evidencia, a juzgar por los descubrimientos que se hacen en el tiempo en todas las disciplinas. Al punto de que la ciencia tiende a ser el credo del mundo, relegando al pasado filosofías y religiones. Sin embargo la ciencia, que es el conocimiento de los hechos, tiene sus límites, sobre todo en las ciencias de la naturaleza, en las que nuestro saber queda limitado, tanto en el tiempo como en el espacio.

Pero en este dominio de las ciencias de la naturaleza, la ciencia contemporánea pretende explicarlo todo con las primeras causas naturales, en particular el origen del cosmos y de la vida, rechazando cualquier posibilidad de una Causa sobrenatural. Lo cual es un prejuicio que la lleva fatalmente a adherir, aún sin pruebas, a la *teoría de la evolución*, que integra las ciencias de la naturaleza (astronomía, química, biología, geología) porque no hay otra explicación naturalista de los orígenes.

Como consecuencia de ello la ciencia, en este terreno, pierde su objetividad.

Ya no parte del hecho objetivo para elaborar una hipótesis explicando la causa de los hechos, hipótesis que se puede sustituir con otra, ni parte de otros hechos que la justifiquen.

Se basa sobre su prejuicio que se convierte en teoría. Con el peligro de que sólo los hechos que vengan en su apoyo sean tomados en consideración.

Esta deriva de las ciencias de la naturaleza empezó en la Edad Media, cuando la Iglesia fundó numerosas universidades.

Se enseñaba en ellas LA ASTRONOMÍA **geocentrista**, inspirada por la teoría de **Tolomeo**, según la cual la Tierra estaba en el centro del mundo, y las estrellas, el Sol y los planetas daban vueltas en torno a ella.² Aunque el texto del Génesis no dice que la Tierra esté en el centro del mundo, la teología que había tomado pie en la Edad Media consideraba que Jesucristo no habría podido realizar la Redención más que en el centro del Universo. Fernand Crombette ha hablado ampliamente de ello en “¿Galileo tenía razón... o se equivocó?”

A la teoría geocentrista respondió la **teoría heliocentrista**, formulada inicialmente por **Aristarco de Samos** y tomada de nuevo por **Copérnico** en su obra: “*De revolutionibus orbium coelestium*”, publicada en 1543. El Sol era colocado en el centro del mundo, en torno al cual giraban todos los planetas, incluida la Tierra. Las observaciones de **Tycho Brahe** y luego de **Kepler**, presentadas en la obra de éste último, “*Astronomia Nova*”, publicada en 1609, confirman la rotación de los planetas alrededor del Sol, a excepción de la Tierra, ya que las apariencias de los movimientos relativos de los planetas respecto al Sol son los mismos, tanto si el Sol gira en torno a la Tierra como si es lo contrario.

En 1633 tuvo lugar el proceso a **Galileo**, en el que se condenaron las proposiciones de rotación de la Tierra sobre sí misma y en torno al Sol. Como consecuencia, los filósofos condenaron de forma velada lo que ellos consideraban como una postura dogmática de la Iglesia. A esa postura dogmática, ellos respondieron con otra postura dogmática. El proceso a **Galileo** debía simbolizar esa ruptura entre la Iglesia y la filosofía que iba a marcar la ciencia moderna. El “*Discurso del Método*” de Descartes, publicado en 1637, fue el resultado.

² - Los recientes trabajos de historia de las ciencias de ese periodo, muestran que el sistema de Tolomeo habitualmente se discutía en las universidades. Pero el error de Galileo fue querer entrometerse en teología y exégesis sin estar preparado.

En astronomía, la obra fundamental es el “*De Philosophiae Naturalis Principia Mathematica*” de **Isaac Newton**, publicado en 1687, que formula la ley de la gravitación universal, a partir de la cual él calcula la masa del Sol como equivalente a 330.000 veces la de la Tierra. De ahí que el centro de gravedad del sistema solar se halla, según él, en el centro del Sol. Así que el Sol es el centro en torno al cual giran todos los planetas, incluida la Tierra, **justificando el heliocentrismo** y condenando al mismo tiempo, en el plano científico, **la posición geocentrista de la Iglesia**, que fue abandonada por Benedicto XIV en 1757.

Por tanto fue admitido, desde 1687, que la Tierra gira efectivamente en torno al Sol a 30 km. por segundo. Lo cual hizo que, cuando **Bradley** descubrió el fenómeno de la aberración astronómica (que es un movimiento elíptico aparente de las estrellas que se combina con otro movimiento elíptico, la paralaje de las estrellas, réplica aparente del movimiento anual de la Tierra) él explicó la aberración como la combinación de la velocidad de la luz procedente de las estrellas con la velocidad de la Tierra en torno al Sol, a 30 km/segundo.

Lo presentó en una comunicación a la Sociedad Real de Inglaterra en 1728. El suponía sin embargo que la luz estelar no fuese arrastrada por el movimiento de la Tierra. Después **Fresnel**, en 1846, descubrió el fenómeno de las interferencias luminosas, lo cual llevó a considerar la luz como un fenómeno de ondas que se propagan en un medio inmóvil, el éter.

En 1851, **Foucault** instaló en el Pantheon (en París) su péndulo, cuyas variaciones acimutales fueron consideradas como la prueba absoluta de la rotación de la Tierra sobre sí misma. Se podía entonces pensar que aquella posición de la Iglesia que había motivado la condena de **Galileo** (o sea, que estando la Tierra en el centro del mundo todos los astros girasen en torno a ella y que no tenía movimiento de rotación) resultase definitivamente invalidada, aunque se hubiera siempre fiado de las apariencias.

La Astronomía era entonces una ciencia sin problemas. No obstante, esa hipótesis de **Bradley**: “*la luz estelar no es arrastrada por la Tierra*”, o, lo que es igual, según **Fresnel**: “*el éter es inmóvil*”, quedaba por demostrar.

En 1887, el físico americano **Michelson**, utilizando un interferómetro para producir interferencias luminosas que permitieran valuar la velocidad de la Tierra respecto al éter, en efecto observó esas interferencias, pero el cálculo dio una velocidad de 8,8 km/segundo, que no correspondía a los 30 km/segundo que se esperaban. **Stokes** explicó la diferencia como un efecto del arrastre parcial del éter por parte de la Tierra. Pero ese resultado, que ponía en discusión la explicación de la aberración, considerada como una prueba fundamental del movimiento de la Tierra, turbaba a los físicos, que preferieron ignorar los resultados de ese experimento, a pesar de que había sido repetido varias veces, tanto por **Michelson** como por otros, en particular por **Miller**.

Pensaron que el experimento no había puesto en evidencia el desplazamiento de la Tierra respecto al éter y buscaron una explicación **teórica** a esa interpretación.

Lorentz fue el primero que imaginó una contracción del espacio en el sentido del movimiento de la Tierra; el tiempo, absoluto, se hizo relativo al movimiento. Lo cual se tradujo en las ecuaciones de Lorentz, en que se basa la teoría de la relatividad restringida, formulada al principio por **Poincarè**, y tomada luego por **Einstein** en su obra “*Sobre la electrodinámica de los cuerpos en movimiento*”, publicada en 1905.

En 1929, **Hubble** interpretó el desplazamiento sistemático hacia el rojo de las galaxias como un efecto de la expansión del universo. Eso llevó al belga **G. Lemaitre**, en 1931, a idear la teoría del *Big-Bang*, elaborada posteriormente en 1948 por **Gamow**.

Esta es la historia, muy resumida, de la astronomía hasta nuestros días. Se pone entonces la pregunta: “*¿dónde está la verdad?*”. Pregunta a la cual me es imposible responder.

Resultará más fácil sacar a la luz los errores posibles, en el terreno científico.

Que la Iglesia se haya podido engañar en el terreno científico, que no es su terreno propio, es posible, particularmente en Astronomía.

Tolomeo era un griego, no cristiano, y no tuvo en cuenta la Biblia para elaborar su teoría

geocentrista. **Fernand Crombette** ha estudiado esta cuestión en “*¿Galileo, tenía razón... o se equivocó?*” y ha sostenido **el geocentrismo**, admitiendo sin embargo la rotación de la Tierra sobre sí misma. Pero no ha podido dar una explicación válida para la aberración, compatible con el geocentrismo. Yo mismo he dado en “*Galileo estaba equivocado*” una explicación que luego se ha visto errada.

Dicho lo cual, conviene, sin prejuicios, examinar si la astronomía se ha construido sólo a partir de observaciones y experimentos o si, en ciertos momentos de la historia, ha puesto interpretaciones discutibles en la base de sus razonamientos. Acabamos de ver un ejemplo con el experimento de **Michelson**. Hablaremos de esto.

Este proceso me ha llevado a indagar más lejos tales interpretaciones en la astronomía heliocentrista. No a partir de **Kepler**, cuyas leyes resultan de observaciones, sino a partir de **Newton**, el primero que ha pretendido dar una prueba del **heliocentrismo**. Leyendo los “*Principia Mathematica*”, he constatado que **Newton** no hacía referencia a **Kepler**, sino que basaba su razonamiento, en filosofía, sobre las definiciones y las leyes que formulaba. Mi amigo E. Broens, a petición mía, ha hecho un exámen crítico de los “*Principia*” de **Newton**, publicado en “*Science et Foi*” n° 39, del que resulta que **Newton** ha pretendido demostrar su ley n° 3, llamada *de la igualdad de la acción y de la reacción entre dos astros distantes*, introduciendo un astro ficticio entre los dos, para referirse al caso del contacto directo entre dos cuerpos.

E. Broens justamente hace notar que una atracción a distancia no es de la misma naturaleza que la presión de un cuerpo sobre otro. Por consiguiente, la ley n° 3 no está demostrada. Ahora bien, es la que justificaba la introducción de las masas en la ley de **Newton**. Así resulta que el cálculo de las masas y la demostración del **heliocentrismo** que he citado antes, no están para nada demostrados, como he subrayado en un anexo al artículo de Broens.

Queda entonces la observación astronómica como prueba del **heliocentrismo**. Pero ya hemos visto como los experimentos de **Michelson** y de **Miller** han invalidado la hipótesis de **Bradley-Fresnel** de un “viento de éter” de 30 km/segundo, condición de la explicación clásica de la aberración. Pero la teoría de la relatividad restringida ha sabido justificar la aberración a partir de las fórmulas de **Lorentz**.

A propósito de lo cual, mi amigo Maurice Allais, como prelude a la publicación de su libro “*La anisotropía del espacio*”, publicó en “*Il Bianco e il Nero*” (nov. 1995), un artículo titulado “**Los experimentos de Dayton C. Miller 1925-1926 y la teoría de la relatividad**”, cuyo resumen es éste: “*Los experimentos de Dayton C. Miller 1925-1926 se caracterizan por una notable coherencia, independiente de todo efecto negativo. Demuestran que la velocidad de la luz no es igual en todas las direcciones. Demuestran la posibilidad de evidenciar el movimiento de la Tierra sobre su órbita a partir de experimentos puramente terrestres. Con eso mismo, el fundamento de la teoría de la relatividad queda invalidado*”.

Estamos por tanto lejos de las verdades aseguradas por la astronomía. En cuanto al **Big-Bang**, si hay a su favor la irradiación de fondo del cielo individuada en 1965 por **Penzas y Wilson**, así como la abundancia, en el universo, del hidrógeno y del helio, éstos bien podrían ser los responsables del corrimiento hacia el rojo de los rayos del espectro de las galaxias, en la medida en que éstas están rodeadas por estos gases. Como se ve, **en astronomía hay observaciones, pero también hay interpretaciones, que pueden justificar los hechos de formas totalmente distintas**.

Para concluir este capítulo, quisiera indicar que nuestro equipo, que ha trabajado durante el eclipse de sol del 3 de noviembre de 1994 en Brasil –formada por 10 miembros, de los cuales 7 especialistas en gravimetría (2 belgas del observatorio de Bélgica, 2 rusos del Instituto de Astronomía de Rusia, 2 brasileños de la Universidad de Paraná y uno de informática italiano) con 43 instrumentos que medían en lugares diversos la gravedad, la temperatura, la presión, la higrometría, la intensidad luminosa– notó en los correspondientes gravímetros un aumento de 1,53 μ Gal de la gravedad, durante el eclipse, cuando habría debido disminuir, y eso después de la eliminación de todos los factores parásitos, como variaciones de temperatura, de presión,

etc... Es suficiente para decir que queda todavía un campo de experimentación muy amplio en el terreno de la gravimetría, que puede modificar la concepción inicial newtoniana.

Veamos ahora otra ciencia: LA GEOLOGÍA HISTÓRICA O ESTRATIGRÁFICA. Siendo los *“Principia Mathematica”* considerados la “Biblia” de los filósofos,³ éstos, en nombre de las “lumbreras”, no se han dado tregua en demoler la enseñanza de la Iglesia en otros terrenos, en particular **sobre el origen de la vida**. Si el Génesis deja alguna duda sobre la situación de la Tierra en el espacio, no deja en modo alguno acerca del origen de la vida. Dios ha creado cada planta, cada animal, **según su especie**, y al hombre a **Su imagen**, y eso hace unos 6.000 años, si nos atenemos a la cronología de la Biblia. En su 34ª carta a Voltaire, d’Alembert le pide que reciba en Ferney a un geólogo del que dice: *“Le ruego que reciba al Sr. Demarets. El se reconoce en las piedras. Sería capaz de echar abajo la cronología de aquel viejo buen hombre de Moisés”*.

En ese clima pre-revolucionario nació la estratigrafía. Después, sobre la estratificación de las rocas sedimentarias, se ha basado la escala de los tiempos geológicos. En 1783, el padre Giraud-Soulavie ilustró el principio básico de la estratigrafía con el ejemplo de los depósitos horizontales estratificados de la llanura del Vivarais, anunciándola así: *“Los estratos, habiéndose depositado horizontalmente y unos sobre otros, cada estrato es más reciente que el que está cubriendo”*. Primer principio, al que se añade el principio de continuidad: *“Cada estrato es de la misma edad en cada punto”*.

El hecho de que en geología se use indistintamente la palabra “banco” o la palabra “estrato”, demuestra que los geólogos fundadores han tomado, sin discusión, los bancos superpuestos por estratos sedimentarios sucesivos. Volveré a este punto fundamental.

Las correlaciones entre terrenos estratificados por lo tanto han sido establecidas según esos dos principios, a los cuales se añadirán más tarde el principio de identidad paleontológica y el principio del actualismo. **El resultado ha sido la escala de los tiempos geológicos en los que las especies, sucediéndose, inducen la evolución de las especies**. Por eso es que los evolucionistas hablan del **hecho** de la evolución de las especies, que ellos argumentan con experiencias de mutaciones y de selección de especies que, de por sí, no prueban la evolución.

El mismo Papa (Juan Pablo II), en un discurso del 23 de octubre de 1996, a los miembros de la Pontificia Academia de las ciencias, admitió que la evolución de las especies es *“más que una hipótesis”* y que *“la convergencia, no buscada o provocada, de los resultados de los trabajos efectuados independientemente unos de otros, constituye por sí sola un argumento significativo a favor de esa teoría”*. Es suficiente para decir a qué nivel esta teoría, que ha encontrado su cantor en el **P. Teilhard de Chardin**, haya penetrado en la Iglesia.

Ahora bien, desde hace más de 20 años yo he estudiado esta ciencia de base, la estratigrafía, que me ha llevado a los resultados que a continuación voy a presentar.

Mis trabajos son fruto de una reflexión que había hecho sobre la validez de los fundamentos de la escala de los tiempos, que identifica los bancos de roca superpuestos con los estratos sedimentarios sucesivos, de lo cual resulta el principio de superposición.

La lectura de los informes de la campaña de perforaciones submarinas de la nave americana “Glomar-Challenger”, determinó mi interés por la sedimentología; en particular por los trabajos de uno de sus fundadores, Johannes Walther, en los sedimentos del golfo de Nápoles, que lo llevaron a formular su ley: *“las capas **superpuestas** en una serie geológica, estaban **yuxtapuestas** en el paisaje en el momento en que se depositaron”*. Esa es la base de la estratigrafía secuencial, practicada actualmente por los sedimentólogos, y que ha sido objeto, en diciembre de 1995, de una sesión especializada de la Sociedad Geológica de Francia y de la Asociación Paleontológica de Francia (SGF: *Lettre semestrielle* - diciembre de 1995).

Desde su enunciado, esta ley contradice el principio de superposición. Ella me ha llevado a ponerme, por lo que se refiere a la formación de las láminas del banco, el problema de su identificación con los estratos sedimentarios.

³ - Fue el marqués de Châtelet, el amigo de Voltaire, quien tradujo en francés y divulgó así los *“Principia”*.

Tuve entonces la idea de sacar un gres débilmente cementado. Reduje la muestra en sus partículas de arena, que hice colar de forma continua en un recipiente de vidrio. La misma laminación (estratificación de espesor débil) observada en la muestra, apareció en el depósito, en seco o en el agua.

En 1986, el Prof. George Millot, catedrático de la Universidad de Estrasburgo, Presidente de la Sociedad Geológica de Francia, miembro del Instituto, tuvo noticia de ello y me propuso que presentara una nota informando a la Academia de las ciencias. Lo hice. Una segunda nota apareció en 1988, que muestra precisamente como un depósito, sobre una inclinación de 15°, presenta una laminación paralela al declive, lo cual hace inválido el principio de superposición según el cual las faldas se tendrían que haber depositado horizontalmente. Después de esa publicación, el Profesor Millot me hizo ser admitido como sedimentólogo en la Sociedad Geológica de Francia.

Habiendo terminado mis experimentos sobre la laminación, quería hacer uno sobre una estratificación de mayor espesor. Para eso hacía falta hacerlo en un canal con paredes transparentes, por el que circulara una corriente de agua cargada de sedimentos que se depositaran en el canal; las variaciones de la velocidad de la corriente debían comportar una selección de la medida de las partículas depositadas, creando en el depósito una clasificación vertical, característica de la estratificación. Para eso, en 1990 hice un contrato con el laboratorio de hidráulica de la Universidad del Colorado. Pierre Julien, profesor de hidráulica y de sedimentología, llevó a cabo los experimentos.

El resultado fue publicado en el boletín n° 5 - 1993 de la Sociedad Geológica de Francia. Se lee en la conclusión: *"Por lo tanto, la identificación de los bancos rocosos con los estratos sedimentarios sucesivos, y los principios que resultan de ello, es decir, los principios de superposición y de continuidad, se han demostrado erróneos experimentalmente"*.

Los experimentos muestran, efectivamente, que un estrato, definido como la masa sedimentaria depositada en dos instantes consecutivos, recopia los estratos superpuestos, de modo que las partes de los diferentes estratos pertenecientes al mismo banco son de la misma edad y no se suceden, y que cada estrato, depositándose progresivamente en el sentido de la corriente de monte a valle en el canal, no es de la misma época en todos los puntos. **Las bases de la escala de los tiempos geológicos son por lo tanto invalidados.**

Estos experimentos han sido reproducidos en más amplia escala en 1993, y filmados para realizar una videocasete titulada *"Experimentos fundamentales de estratificación"*. Fue presentada en el 3° Congreso francés de sedimentología en 1993; en el Congreso internacional en 1994, en el europeo en 1995, así como en un Taller organizado por el grupo de investigación europeo del CNRS animado por el prof. P.G. de Gennes, premio Nobel de Física, y al mismo tiempo aparecía, fuera de serie, en *"Science et Foi"* de septiembre de 1995, en la videocasete *"Drame dans les Roches"* (*"Drama en las rocas"*).

Ya que nuestros experimentos han mostrado que el flujo no uniforme de una corriente cargada de sedimentos produce lechos estratificados, hemos emprendido un nuevo programa experimental para determinar las relaciones funcionales entre condiciones hidráulicas y estratificación.

Además de lo que aportan nuestros experimentos, yo citaría por ejemplo un informe de Rubin y Mc Culloch en *"Sedimentary Geology"* 26 (1980) 207, 231: *"La determinación de las condiciones hidráulicas en las que existen los depósitos observados, indica que la configuración de los depósitos, en cada punto de la bahía (de San Francisco), es función de la velocidad local de la corriente, del tamaño de las partículas y de la profundidad"*.

El conocimiento de estas relaciones funcionales, fruto de tales observaciones, debe permitir determinar recíprocamente, a partir de la configuración de los estratos de roca, las condiciones hidráulicas que han determinado su formación.

Se trata pues de sustituir una interpretación teórica errónea de la estratificación con un método científico empírico, basado no sólo sobre las observaciones en geología, sino además

sobre las observaciones y los experimentos hechos en sedimentología. **Esto vuelve a poner en discusión la escala de tiempos geológicos y la sucesión de las especies. Se puede así mismo poner en discusión la cronología absoluta que indica la datación radiactiva.**

Recientemente he hecho datar una “dacita” procedente de la erupción del volcán St. Helens (USA) en 1986. Los datos aquí citados dan cuenta de los resultados (de 340.000 a 2.800.000 años, según el mineral). Se vuelve a poner en discusión la hipótesis admitida, de que la lava es “desgasada” en el momento de la erupción, de forma que el argón procedería del potasio radiactivo sólo después de la cristalización. Darymple cita otros 5 casos iguales. John Woodmorappe ha establecido la lista de discordancias manifiestas, en más de 350 muestras de rocas, entre la edad estratigráfica y la datación radiactiva.

Como conclusión de estos trabajos, y por lo que se refiere a la teoría de la evolución de las especies, basada en la escala de los tiempos geológicos, se ve la extrema importancia de la inseguridad de los métodos de datación, tanto estratigráficos como radiocronológicos. Hay especies marinas en sucesión en la escala, que pueden corresponder del mismo modo, si la superposición es real en un bajofondo, a una distribución ecológica en profundidad o a una distribución ecológica en el espacio marino. Hasta que no se hayan puesto las cosas en su sitio, científicamente no se podrá decir nada sobre la evolución.

Para terminar citaré esta máxima de Fènelon: *“La mayor parte de los errores de los hombres no se debe tanto al hecho de que razonen mal a partir de principios verdaderos, sino más bien porque razonan correctamente a partir de principios falsos o de juicios inexactos”.*

La ciencia, para estar en el camino de la verdad, debe partir siempre de hechos observados y experimentados para elaborar hipótesis, y no partir de leyes o principios formulados de antemano por el hombre, ya que la naturaleza no debe nada a nuestros conceptos.

29 LA CIENCIA EN CAMINO – 2ª PARTE

En *“Ciencia y Fe”* n°43, 1º trimestre de 1997, ya publiqué un artículo con este título. El reciente simposio del 18-19 septiembre de 1999, organizado por el CESHE, me ha permitido ver cómo van los trabajos e investigaciones que desde entonces he hecho. Empecemos por la sedimentología.

1. POR UNA SEDIMENTOLOGIA EXPERIMENTAL

En mi último artículo he dicho como, con mis experimentos de laboratorio en Francia y después continuados en los EEUU, en colaboración con P. Julien, efectuados en el centro de búsqueda hidráulica de Fort-Collins en el Colorado, ha sido puesta en discusión la idea de la estratificación sobre la que se basa actualmente la escala de los tiempos geológicos. Hoy puedo indicar que, mucho antes que el padre Giraud-Soulaire, fue Nicolás Stenon quien, en el 1667, en su obra *“Canis Carchariae”*, afirmó que los lechos superpuestos eran antiguos estratos sedimentarios sucesivos.

También él fue el que, en 1669, en su obra *“Prodromus”* enunció, de acuerdo con esa idea, los tres primeros principios de la estratigrafía: de sobreposición, de continuidad y de horizontalidad original del depósito de los estratos, los tres desmentidos por nuestros experimentos, que han demostrado que la estratificación del depósito de los sedimentos arrastrados por una corriente de velocidad variable no sigue esos principios, sino la ley de Walter, o sea, que los estratos se superponen desarrollándose simultáneamente de monte a valle, en el sentido de la corriente.

Ahora bien, los sedimentos que constituyen las rocas sedimentarias, especialmente las *facies* marino que constituyen la escala de los tiempos geológicos, han sido forzosamente acumulados por las corrientes.

En la escala de los tiempos geológicos, la duración arbitrariamente atribuida (según el actualismo de Lyell) a los avances del mar sobre la tierra firme, corresponde a corrientes de velocidad infinitesimal, incapaces de erosionar y de transportar la mínima partícula.

Por eso es importante volver a fundar la historia geológica sobre otras bases que ya no sean conceptuales, sino que se basen en los hechos.

Ahora, como ya he explicado en mi último artículo, la sedimentología contemporánea, que a lo largo de todo el siglo XX ha estudiado la sedimentación de los ríos -en particular Hjulström, en Suecia, desde hace 30 años ha realizado estudios de sedimentación, en laboratorio e en canales recirculantes- más recientemente han emprendido el estudio de los sedimentos submarinos contemporáneos, en particular Ruben y Mac Culloch, que ya he citado.

Todo esto ha terminado por establecer relaciones funcionales entre condiciones hidráulicas (velocidad de la corriente, profundidad) y configuración de los depósitos (arrugamientos, dunas, estratificación oblicua u horizontal), según la medida de las partículas. Sin embargo, las relaciones establecidas por Hjulström entre velocidad crítica de sedimentación y tamaño de las partículas, era empírica.

Por eso, P. Julien y yo mismo habíamos decidido estudiarlas en laboratorio, en canal recirculante. Es lo que había anunciado en mi artículo.

2. LAS CONDICIONES DILUVIANAS

Pero en el mes de mayo 1999, he ido a Fort-Collins donde P. Julien me ha entregado un estudio de 1997, que habla de siete observaciones y experimentos que han establecido las relaciones velocidad/medida que nos habíamos propuesto estudiar. Por lo tanto, era inútil seguir nuestros experimentos.

La sedimentología, en su conjunto, posee hoy día suficientes datos para aplicarlos a la determinar las condiciones paleohidráulicas en que se formaron los depósitos que después se convirtieron en rocas sedimentarias.

Así está naciendo una nueva ciencia: la paleohidrología.

En *Internet* se pueden hoy encontrar una decena de aplicaciones.

La aplicación más interesante que haya sido hecha hasta ahora es la que presentaron en 1998, en el 4° *International Creationist Congress*, dos sedimentólogos y geólogos del Montana, en los Estados Unidos.

Trata de los conglomerados de 19 a 24 cm de diámetro, que han sido acumulados por una corriente de fondo cuya velocidad va de 4,4 a 5,9 m/segundo, del más grande al más pequeño.

Los guijarros de 10 a 15 cm han necesitado, en suspensión, una velocidad mínima de 14-30 metros por segundo, ¡que son condiciones del diluvio!

La sedimentología permite también calcular el caudal sedimentario mínimo en relación con la velocidad. En lo global, nos permite apreciar las condiciones de sedimentación antiguas infinitamente mejor que la aplicación de la estratigrafía.

Estoy convencido de que la paleohidrología, añadiéndose a la estratigrafía secuencial que ha permitido recientemente determinar los avances y retrocesos del mar, sin determinar los datos hidráulicos, hará su camino y reformará en profundidad la estratigrafía. Tanto que, paralelamente, se tendrán que reexaminar inevitablemente los fundamentos de las dataciones radiométricas que atribuyen edades absolutas.

3. LAS DATACIONES RADIATIVAS EN CUESTIÓN

En mi artículo de 1997, había dado cuenta de la datación de una "dacita" procedente de la erupción del Monte Sant-Helens en los EEUU, ocurrida en 1980.

La datación había indicado 350.000 años para la muestra por entero y para los componentes de la dacita; 340.000 años el feldspato; 900.000 años el anfibole y 2.800.000 años el pyroxeno (la edad de LUCY).

Hablé de la puesta en discusión de la hipótesis admitida, o sea, que la lava está completamente desgasada durante la erupción, de manera que el argon habría salido del potasio radiactivo después de la cristalización.

Eso no tiene nada de extraño, ya que se considera la radiactividad independiente de la presión y de la temperatura; por lo tanto preexiste en el magma. Lo cual es verdad también para los demás radioelementos.

A este respecto, yo sostengo financieramente un test experimental del ICR, conducido por Andrew Gnelling y Steve Austin. En marzo de 1999, han tomado en las rocas de base del Gran Cañón del Colorado, de una intrusión de lava, 17 muestras sobre una altura de 80 metros. Estas muestras han sido, en parte, descompuestas en sus elementos constitutivos, como la dacita del Monte Saint-Helens, y todo eso ha sido enviado a laboratorio para ser datado según 6 hileras radiactivas diferentes. Los resultados se conocerán en el año 2000.

4. LA SÁBANA SANTA DE TURÍN

Al lado de estas dataciones, hace falta decir algo acerca de las de la Sábana Santa de Turín. A propósito de la cual, no recomendaré nunca bastante la lectura del reciente libro de Marie-Claire van Oosterwyck-Gastuche, titulado *"El radiocarbono frente al Sudario de Turín"* publicado en francés por F.X. de Guibert.

Ha sido ella la primera que ha predicho que las condiciones hidrotermales sufridas por el Sudario, durante el incendio de Chambéry de 1532, podían explicar el "rejuvenecimiento" revelado por la datación de 1988, y eso ha sido probado por los experimentos de A. Ivanov y de D. Kuznetsov. Sin embargo, ya que esos experimentos han explicado de modo incompleto las alteraciones del tejido resultantes de esas condiciones, J. Jackson, Presidente del *"Turin Shroud of Colorado"*, Vicepresidente del STURP, ha emprendido, con mi ayuda, una más completa determinación de esos factores. Los resultados, también en este caso, serán conocidos en el año 2000.

5. EL ECLIPSE DEL 11 DE AGOSTO DE 1999

Para terminar, debo hablar del eclipse de sol del 11 de agosto de 1999.

El observatorio Real de Bélgica, con mi ayuda, colocó en 2 meses 50 estaciones meteorológicas en Europa, una parte de las cuales en una zona de eclipse total, equipadas con sensores de alta precisión para medir la presión, la temperatura, la intensidad luminosa y la higrimetría. Algunas de ellas fueron colocadas en proximidad de gravímetros, ya presentes (Bruselas, Estrasburgo, Viena...) o instaladas para esa circunstancia (como en Annelles).

La finalidad era, basandonos en las registraciones de los cuatro factores indicados, efectuadas con computadora, corregir los datos de los gravímetros y ver, como nos había parecido constatar en Brasil en 1994, si se manifiesta un efecto de pantalla de la luna a la atracción solar.

Se trata, en astronomía como en geología, de conocer mejor la realidad de un fenómeno como la gravedad haciendo experimentos inéditos.

Naturalmente, será necesario examinar los resultados y hacer todos los cálculos. Eso necesitará bastante tiempo, en cuanto el programa brasileño no emplea más que 5 estaciones y 2 gravímetros, mientras que el europeo trabaja con 50 estaciones y unos 15 gravímetros.

Dado que el programa está financiado por 3 años, sabremos los resultados sólo en el 2001.

30

PUESTA EN DISCUSIÓN DE LAS DATACIONES DE LAS ÁREAS GEOLÓGICAS

M.C. van Oosterwyck-Gastruche - Tomado de la revista Le C.E.P. N°1 (sitio Biblia y Ciencia)

Este artículo resume un trabajo empezado hace más de 20 años. Yo soy un mineralogo de profesión, especializado en silicados. He trabajado principalmente con materiales africanos en una sección de investigación de geología, mineralogía y geocronología. En ese periodo, un geocronólogo de fama mundial pidió mi opinión sobre el origen de las edades "anormales" que se encuentran tan a menudo en los estudios geocronológicos.

Mi respuesta fue muy sencilla: ya que los **elementos radiactivos** están encajados en retículos cristalinos bien definidos, es lógico pensar que durante el origen y la alteración de los cristales hayan sido influenciados por factores como la temperatura y las soluciones (en particular, en el caso de edades anormales medidas en las rocas, “**las condiciones hidro-térmicas**”). Naturalmente su composición química es importante (*Gastruche*, 1959; *Gastruche y De Kimpe*, 1959; *De Kimpe, Gastruche y Brindley*, 1961, etc.) como lo es su granulometría (*Gastruche*, 1963 a - b). Como estos factores están presentes en muestras que dan edades anormales, yo propuse una serie de test. Que nunca han sido efectuados.

Los geocronólogos rehusaron, objetando que hacer experimentos con técnicas isotópicas “no es científico”, ya que éstas dan siempre edades absolutas. Al mismo tiempo eludieron toda forma de discusión, incluso sobre los resultados absurdos que ellos me habían encargado analizar en detalle. La verdad es que mi conclusión no les gustó. Comprenderán por qué cuando lean este artículo.

Esa reacción provocó mi curiosidad. Consulté varios especialistas: geólogos, sedimentólogos, embriólogos, genetistas, etc., sobre las pruebas acerca de los largos periodos evolutivos. Me sorprendió descubrir que **todos pensaban que éstas hubieran sido dadas por los geocronólogos.** Entonces consulté la enorme documentación a mi disposición. Tras haber notado diferencias de *algunos miles de millones de años* entre formaciones precambrianas aparentemente idénticas, me interesé por los “eventos bien datados” que tuvieron lugar en el continente africano respecto a la “**aparición de la inteligencia**” entre las poblaciones de antropoides y homínidos durante su “proceso de emersión” al estado humano. Esos fósiles, antiguos bastantes millones de años según las técnicas de datación isotópica, según los expertos, marcaban el límite oficial de las Eras y en particular del Pleistoceno, puesto que coincidían con la aparición de la producción del primer paleolítico.

Llegué a dos importantes conclusiones:

1. **No hay ninguna prueba, ni aún la más pequeña, de un origen animal del género humano.**
2. Las mediciones isotópicas, que “datan” las eras geológicas, no tienen ningún sentido cronológico, mientras que las conclusiones de los manuales son, como sabemos, diametralmente opuestas. Empecé con informarme preguntando a mis colegas geólogos. Ante todo quería conocer los puntos de referencia cronológicos que se han empleado para confirmar los millones de años de evolución y que han permitido la selección de los datos geocronológicos, con el fin de conservar sólo los resultados válidos (“mejores valoraciones”). **Confesaron que no los conocían**, pero me aconsejaron consultar el manual “*Physical Geology*” de Holmes (1965), porque “todo estaba allí”.

Así empecé mi búsqueda con ese manual y descubrí que las fechas habían sido seleccionadas según la **teoría “actualista”** de Lyell. En realidad su “escala estratigráfica” establecía “el emerger de la vida” con la estructura cronológica, construida durante esos largos periodos llamados “Eras” geológicas, la última de las cuales, el Pleistoceno, coincide con la aparición de nuestros primeros “progenitores” animales, los homínidos, que como sabemos, hicieron las primeras piedras talladas (paleolitos).

Es importante notar que, para su “actualismo”, Lyell se inspiró en un preciso “credo”, según el cual las historias bíblicas son solamente fábulas, y por lo tanto esos estratos y esos fósiles no podían ser indicios del cataclismo de una inundación, como se pensaba hasta entonces, sino que reflejaban largos y tranquilos periodos durante los cuales las especies evolucionaron progresivamente, desde las bacterias hasta el hombre. Por consecuencia otro nombre del actualismo de Lyell es el **uniformitarismo** o “**teoría tranquila**”. En nombre de la objetividad científica, **Lyell reconoció haber dejado a un lado la interpretación del diluvio como un credo religioso subjetivo y por tanto no realista.**

La escala de Lyell, que prueba científicamente la evolución, pronto se enseñó en todas las universidades. Un exámen más atento lleva a la conclusión de que **se ha vuelto obsoleta** y que los hechos observados se interpretan mucho mejor en el contexto de la **historia bíblica**.

Semejante afirmación podría parecer ofensiva. Y sin embargo llegué a esta conclusión después de haber consultado un considerable número de documentos. Una búsqueda más profunda daría sin duda nuevas pruebas, pero pienso que sea importante mostrar aquí y ahora por qué los principios de la geología estén superados. Debo decirlo, la mayor parte de los geólogos y de los paleontólogos se vuelve histérica cuando presento mi punto de vista. Pero no saben qué responder. Ahora voy a presentar los principios básicos del evolucionismo y a mostrar su debilidad.

I- La prueba estratigráfica

Según Lyell, el tiempo se mide con una “escala estratigráfica”: la sucesión vertical de estratos y su espesor revelan que se verificaron lentos depósitos en la corteza (que se supone uniforme) de la Tierra con movimientos verticales, mientras que los continentes vinieron de los antiguos océanos y viceversa.

Pero la reciente teoría de las placas tectónicas ha revelado **la heterogeneidad de la corteza terrestre**: continentes ricos de aluminio silicato (SiAl), placas rígidas que “flotan” sobre un lecho pastoso rico de magnesio silicato (SiMa) (Astenosfera). La sutilísima corteza suboceánica formada por el SiMa todavía está sujeta a impresionantes fenómenos volcánicos. Por lo tanto **los movimientos de la corteza terrestre han sido laterales**, ya que las placas que forman los continentes actuales proceden de la ruptura del único continente primitivo llamado por los geólogos **Antiguo Continente Rojo** (ACR).

Este se habría dividido en varios pedazos durante un cataclismo que habría ocurrido hace unos 70 millones de años, según los mejores cálculos cronológicos.⁴ Por tanto la teoría de Lyell es más bien obsoleta, dado que **han sido invalidados sus dos primeros postulados** y que ninguna prueba objetiva ha confirmado nunca la cronología de la “escala estratigráfica”.

Por otra parte, recientes experimentos de estratificación han demostrado que los mismos depósitos, interpretados por Lyell como un signo de largos periodos, se han formado en tiempos muy breves en situaciones catastróficas (cfr.: entre otros *Julien, Lan e Berthault*, 1993). Por consiguiente, los estratos y los fósiles tienen que ser interpretados de otra forma.

II- La prueba mineralógica y paleontológica

Esta parece ser la menos ortodoxa. El primer criterio para determinar la edad de un estrato era su **grado de cristalización**.

Los estratos más antiguos, según la clasificación de *Arduino* (1714-1795) son los gneiss y las rocas cristalinas, como los granitos, que no se pueden sintetizar y que se decía que se habían formado en una lejana era “primitiva” llamada “Arqueana” o “Precambriana”, seguida por la era “Secundaria”, con rocas fuertes, y por la era “Terciaria”, con rocas libres, formadas por rocas aluvionales.

Lyell entonces asumió la clasificación de *Arduino*, añadiendo un punto de referencia cronológico esencial: “**el fósil característico**”. En realidad, según los geólogos, los fósiles son las “medallas” de la geología (*Moret*, 1958). **La evolución no es indicada por el estrato sino por el grado de complejidad del fósil**. Así notamos que la escala, basada en un sistema de estratificación obsoleto, **se basa en el presupuesto según el cual es verdadero lo que se tiene que probar**. Lyell al principio considera la evolución como demostrada, pero sin ninguna prueba.

En realidad, según “**el actualismo**” (las transformaciones que siguen las famosas leyes de *Lamarck* y de *Darwin*, enunciadas en un contexto puramente naturalista y mineralista), los primeros organismos unicelulares (algas y bacterias), que se dan como “primitivos”, produjeron,

⁴ - ¡Qué lástima, che la autora del artículo no conozca la obra científica y exegética de Fernand Crombette!

mediante desarrollos sucesivos, organismos más complejos. Estos son los elementos usados para construir la “**escala de Lyell**”. La era “Arqueana”, formada por rocas cristalinas, revela indicios de algas y bacterias (posteriormente fueron llamadas Eras Precambrianas, enfatizando su extrema complejidad). Después de esa era, la Era Paleozoica o Era Primaria (de la “aparición de los Peces”), el Mesozoico o Era Secundaria (de la “aparición de los réptiles”), y por último el Cenozoico (de la “aparición de los mamíferos”), dividida en terciaria y cuaternaria, estando esta última caracterizada por el “proceso de emersión” humana a partir de la condición animal.

El significado de los prefijos griegos: “*arqueos*” (muy antiguo), “*paleos*” (antiguo), “*mesos*” (medio), “*kainos*” (reciente), unidos a “*zoe*” (vida), sugiere la sucesiva aparición de formas de vida cada vez más complejas, según una ley conocida como “**complejificación consciente**”.

Notemos que la misma estructura se encuentra en el “trabajo de seis días” del libro del Génesis, pero en un arco de tiempo súmamente reducido.

Hoy la prueba esencial de los largos periodos de tiempo para la evolución es dada por la geocronología y notarán que mis observaciones han llegado en el momento preciso. Hoy, oficialmente, las **Eras Precambrianas** son datadas de 3000 a 600 millones de años distantes de nosotros, la **Era Paleozoica** de 600 a 225 millones de años, la **Mesozoica** de 225 a 70 millones de años, el **Cenozoico** desde hace 70 millones de años hasta nuestros días, con la aparición de nuestros progenitores homínidos en el **Pleistocene**, hace unos 2-3 o 5-6 millones de años. **¿Pero qué prueba existe de que tales transformaciones hayan ocurrido por diversificación de las distintas especies o que el periodo de tiempo fuera súmamente largo? ¡Hace falta reconocerlo, ninguna!**

Empecemos con la transformación de las especies. Hoy día son estables y los fósiles pertenecen a especies muertas (algunas entre las mejores, como el celacanto, se han encontrado incluso vivas, lo cual ha puesto en apuros). Pero otras especies relacionadas con las desaparecidas siguen aún vivas y caracterizan determinados “nichos ecológicos” (Flori e Rasolofomasoandro, 1974). Le especies determinan nichos o espacios ecológicos y no algún tipo de transformación. **Siendo la estabilidad de las especies un hecho reconocido**, las “**reconstrucciones phyléticas**”⁵ que se supone que sean las bases de la evolución, son juegos mentales y son válidas sólo si la evolución es probada, como admiten sin dificultad los paleontólogos. **Ellos ilustran la evolución, pero no la demuestran**. En 1957, *Bounoure* escribió sobre los mamíferos de la era terciaria (la observación vale para todas las reconstrucciones): “*Nuestra mente puede establecer comparaciones y vínculos ideales de clasificación de estas ramificaciones de los animales: esa es incluso la tarea por definición de la anatomía comparada. Pero vamos más allá de los hechos si en la mayor parte de los casos interpretamos estos vínculos como si indicaran una real diversificación, una descendencia efectiva*”. ¿La observación es válida para los restos fósiles, homínidos, etc.? Estos son presentados como nuestros “**progenitores**” (hace falta notar las comillas puestas a la palabra progenitores en el lenguaje evolucionista, que indican el carácter esencialmente subjetivo de su clasificación).

Así la enorme documentación sobre cráneos, dientes o miembros de las distintas especies de monos, caballos, dinosaurios, etc., no establece una transición hacia el cerebro o la mano del hombre y **la paleontología nunca ha dado pruebas objetivas de una evolución progresiva**. Además, a la luz de la genética y de la embriología modernas, **las teorías lamarckiana y darwiniana hoy son descritas como infantiles e irreales** (*Chandebois* 1989, 1993; *Denton*, 1989). En particular *Chandebois*, un embriólogo, piensa que los cambios hayan tenido lugar dentro del **embrión** mediante simples pero intencionales **mecanismos psicoquímicos**, y que puedan ocurrir en muy poco tiempo. Eso presupone la intervención de una Inteligencia que actúe dentro del embrión, antes del nacimiento del animal; lo cual excluye las leyes de “útil o no útil” y de “selección natural”.

⁵ - “*Philum*”, en zoología sistemática, en la clasificación taxonómica, es inmediatamente inferior a “reino” y corresponde a “tipo”.

Notemos además que Darwin fundó su propia teoría de la “**selección natural**” suponiendo la existencia de un periodo de tiempo necesariamente largo para la evolución de las especies (que él explicó que consiste en mínimas modificaciones, como las que hacen los ganaderos ingleses en los caballos y en los perros, pero prolongadas durante inmensos periodos de tiempo), **basandose él mismo en el actualismo de Lyell**. En el prefacio de “*El origen de las especies*” escribió: “*Una persona que lea el grandioso trabajo de Charles Lyell «Principios de geología», que los historiadores futuros reconocerán como una revolución en las ciencias naturales (no se equivocaba), y no admita que los periodos pasados hayan sido muy largos, puede cerrar mi libro inmediatamente*”.

Si las disciplinas no estuvieran separadas en compartimentos, los científicos ya hace tiempo que habrían abandonado las tesis de Darwin, como veremos y como muchos reconocen leyendo publicaciones especializadas.

III- La prueba geocronológica

Queda esta última, presentada hoy como la verdadera prueba de la evolución, para datar la aparición de las especies hace millones o incluso miles de millones de años. **También aquí, un atento examen revela su carácter ilusorio**. El tiempo geológico medido por el **decaimiento de un isótopo radiactivo** fue el trabajo fundamental de *Arthur Holmes* (1890-1963), que compartía la “doctrina” de Lyell. En efecto, él confirmó las tesis de Lyell atribuyendo las más antiguas edades (de 3000 a 600 millones de años) a las formaciones Arqueanas o Precambrianas, en las que todavía no se habían descubierto elaborados signos de vida. Además su “**escala de tiempo fanerozoica**”, desde hace 600 millones de años hasta nuestra era, confirmaba la evolución observada en la escala estratigráfica de Lyell, indicando “la emersión de la vida” y datando oficialmente los principales “eventos” registrados en las eras geológicas.

No obstante su documentación paleontológica aparentemente convincente y su impresionante formalidad matemática, la escala geológica de Holmes aparece muy confusa. Las fechas de su “escala fanerozoica” están entre las más dudosas, como había sido notado en varias ocasiones, la primera de las cuales durante un *meeting* que tuvo lugar precisamente el año de su muerte. En aquel tiempo le echaron en cara que se basaba en un **número demasiado limitado de datos** y que la mayor parte de los cuales eran discutibles (*Harland, Smith and Wilcook* ed., 1964). Más tarde, *York y Farquhar* (1972), desconcertados por la **abundancia de edades anormales** y pidiendo ulteriores datos, irónicamente escribieron a propósito de la escala de Holmes que “*estos dos presupuestos necesarios, localización estratigráfica precisa y datación radiométrica fiable, parecen excluirse entre sí: vamos a acabar casi en un principio de incertidumbre geológica*”.

El hecho preocupante es el siguiente: estas determinaciones isotópicas, que presentan los millones de años tan bien acogidos (y tan controvertidos por los especialistas) y que han probado “la emersión de la vida”, nunca han sido aplicadas a ningún fósil o a algún estrato en que esos fósiles estaban sepultados, **pues las rocas sedimentarias no se prestan a la radiodatación**. El material datado es en general un flujo de lava que está encima de esos yacimientos fósiles, flujo de lava que se supone estrechamente relacionado con el proceso de evolución, como está diseñado en la estructura “actualista” que inspiró la escala de Holmes, **todo sin una sombra de prueba**.



Otro hecho desconcertante: las edades “correctas” que aparecen son el **resultado de una selección** (Holmes, 1965), habiendo aceptado el autor las “mejores valoraciones” (las que confirmaban la escala estratigráfica de Lyell), **rechazando las otras como “anormales”**.

El carácter hipotético de semejante construcción, válida si la teoría de Lyell fuera exacta, está subrayado por los mismos geocronólogos, empezando con los autores del método de datación del potasio-argón. *Dalrymple y Lanphere* (1979), *Fitch, Hooker y Miller* (1978), ante problemas en esta materia, discutieron en

“Geological Background to Fossil Man” sobre la capacidad de las técnicas de decaimiento radiactivo de presentar edades reales para los principales “eventos” del Rift Oriental Africano (East Rift Valley) relacionados con el “proceso de emersión”. Ellos notaron que el fenómeno del decaimiento radiactivo da fechas para “eventos” que han ocurrido en las rocas, pero basándose en cambios de temperatura y/o en la aparición de soluciones subrayan que *“es importante comprender que la exactitud de las edades obtenidas con estos medios depende de la integridad y de las condiciones de preservación de la registración isotópica de las rocas (ya que la indicación de las edades cambia con los factores indicados y con la alteración de los minerales que forman las rocas) y depende también de nuestra interpretación de los experimentos radio-isotópicos”*.

Lo cual se basa esencialmente *“en nuestra interpretación de los datos relativos a la fauna fósil”* (lo que no se dice es que la interpretación es de aquellos que proponen el actualismo y la estructura de la teoría de la Evolución), ya que *“la combinación de la estratigrafía de las rocas y la paleontología estratigráfica nos da la escala de tiempo estratigráfica”*. Por desgracia notan que los resultados obtenidos en el Rift Oriental, lejos de confirmar la hipótesis actualista, resultan particularmente extraños. Además, estos autores concluyen: *“dado que los dos principales instrumentos de la geocronología son igualmente inciertos, lo mejor es usarlos juntos y no oponerlos”*. Por eso el instrumento principal no es la geocronología, sino que el argumento decisivo, que parece no tener ningún sentido, es la escala de Lyell, que da el “fósil característico”, al ser filtrados los resultados isotópicos según su edad teórica.

La **Tabla 1** presenta algunos de los resultados obtenidos por *Bishop y Al* (1969) con las técnicas del **potasio-argón (K/Ar)** ⁶, con la esperanza de determinar los “eventos” oficiales relativos a la *“subida de los homínidos”* ⁷ del Mioceno.

Tabla 1: Algunas edades aparentes, según el **K/Ar**, obtenidas en materiales clasificados en el Mioceno con fósiles de mamíferos, junto al lago Victoria. (*W.W. Bishop, H.A. Miller, F.J. Fitch. 1969*)

Lugar	Muestra	Descripción	Edad en millones de años	Autor
Isla Rusinga	IR.107 site	Serie de materiales Kihara (situados bajo el estrato del <i>Procónsul</i>)	14.6 + 1.4	Everden y al. (1964)
	KA 336	Idem. Biotite cruda de origen volcánica	15.2 + 1.5	Everden y Curtis (1965)
	KA 800	Idem. Misma biotite, refinada.	42.0	Everden y Curtis (1965)
Koru	WW 24/2	Mica de toba volcánica terciaria.	258 + 13	Curtis (no publicado)
			264 + 8	Bishop y al.(1969)
Volcán Egon	KA 1775	Lava nefelina. Teóricamente un flujo más antiguo y profundo.	17.2 + 4	Bishop e al. (1969)
		Idem. Teóricamente un yacimiento superior más joven.	19.8 + 1.7	Bishop e al. (1969)
Volcán Napak	WW 1/11	Area 1 toba volcánica cruda	25.8 + 1.8	Everden y Curtis (1965)
	WW _	Area 1, biotite del mismo tufo volcánico.	19.2	Everden y al. (1964)
	MB 23	Area 1, lava nefelina negra, otro lugar	12.8 + 0.5 7.5 + 0.5	Bishop y al. (1969)
	Sun 1	Lava nefelina, otro lugar.	14.3 + 0.7 6.9 + 0.5	Bishop y al. (1969)
	Sun 3	Lava nefelina, otra ladera volcánica.	27.5 + 2.6 18.7 + 2.0	Bishop y al. (1969)

Una medición de hace 14-15 millones de años se considera válida para la datación del *Procónsul*, un importante progenitor “homínido” ⁸, mientras que edades medidas de una

⁶ - En aquel tiempo se suponía que fueran más fiables que las del uranio-plomo y que las del rubidio-estroncio, cuyos resultados mostraban la influencia de las soluciones. Entonces se pensaba que no fuera ese el caso de la técnica del potasio-argón, pero era un error.

⁷ - Los homínidos son grandes monos cuyos restos fósiles han sido descubiertos en abundancia en la zona alrededor del lago Victoria, en Africa. ¡Serían lógicamente los “progenitores” de los homínidos y por eso son nuestros distantes “progenitores”, naturalmente!

antigüedad entre 42 y 264 millones de años **son descartadas como “anormales”**. En realidad la primera fecha es integrada en la “escala fanerozoica” de Holmes, mientras que las otras son demasiado viejas. La antigüedad de 42 millones de años es atribuida al influjo de la granulometría, que ha sido citada varias veces en mineralogía (véase por ejemplo Gastruche, 1963 a - b), y la de hace 264 millones de años “a la influencia de soluciones más antiguas” procedentes de un bloque Precambriano (“Basamento complejo”) con sus “edades” radiométricas de hace más de 600 millones de años.

También la **Tabla 2** es interesante porque muestra algunos resultados logrados por *Fitch y Miller* (1976) en una muestra volcánica universalmente reconocida, la K.B.S. de Koobi-Fora, que provocó una infinita cantidad de preguntas.

Una de ellas era la fiabilidad de la **fecha del Pleistoceno**, oficialmente establecida gracias a otro famoso descubrimiento del *dr. Louis Bassett Leakey*, en la garganta Olduvai, en Kenya: el Australopiteco asociado a instrumentos de piedra hechos a mano de forma tosca, los “instrumentos afilados”. ¿Acaso el Australopiteco los esculpió hace 1,75 millones de años? Un hecho “probado” por uno de los primeros procedimientos de datación con el **K/Ar** de la lava que cubría el famoso “Lecho I” (*Leakey, Everden y Curtis, 1961*). *Holmes* (1965), lleno de entusiasmo por el descubrimiento de *Leakey*, **proclamó oficialmente que éste determinaba la fecha del “evento Olduvai”, cuando el mono se volvió hombre**. Mono que emprendió su proceso de hominización empezando con las piedras afiladas. Por consiguiente, la fecha del Pleistoceno quedó establecida de una manera “rigurosamente científica”.⁹

Tabla 2: Algunas aparentes edades según el **K/Ar** sobre la toba volcánica K.B.S. (*F.J.Fitch and J.A.Miller, en “Earliest Man and environment in the lake Rudolf basin”, 1976*)

Muestra de referencia	Fracción granulométrica	Edad con margen de error (en millones de años)
Leakey I (A) (toba volcánica de cristal vítreo)	30 - 50 mesh	221 + 7
Leakey I (B1) Piedra pomez	30 - 50 mesh	3.02 + 1.6
Leakey I (B2) Sanidina extraída de la piedra pomez	30 - 50 mesh	2.37 + 0.5
FM 7050 Grava de piedra pomez	30 mesh	8.43 + 0.51
Sanidina machacada y descalcificada sacada de la piedra pomez	30 - 70 mesh	17.5 + 0.9

Lástima que las edades K/Ar obtenidas con cualquier otro análisis del mismo material prueban carecer de sentido. La más grande desilusión viene de los descubrimientos de Koobi-Fora (junto al lago Rodolfo o el lago Turkana), donde fósiles semejantes asociados al mismo “instrumento cortante”, en toba volcánica K.B.S., fueron oficialmente datados como anteriores: 2.42 millones de años. **Se obtuvieron incluso dataciones más viejas, hasta 221 millones de años en la misma toba**, pero no se pudieron introducir decentemente en la escala de Holmes (véase figura 2). Notemos también la influencia de la granulometría en la edad K/Ar “aparente”. “Aparente” es la palabra empleada por los mismos geólogos para describir edades extrañas que resultan lejanas de la edad que se esperaba del fósil e che desaparecerán de las publicaciones oficiales. En la muestra FM 7050, la fracción de sanidina calibrada de 30 a 70 retículos y descalcificada, **se volvió 9 millones de años más vieja que el mismo material inicial apenas examinado con 30 retículos**. ¡Algo aterrador! Y otros datos, procedentes de estudios tan precisos como éstos, son incluso peores, como veremos más adelante.

⁸ - “El procónsul” había alimentado grandes esperanzas. ¡Su nivel de “progenitor” ha sido subrayado por Ruby Zalinger en «UNESCO Mail» («Le Courrier de l’Unesco», 1972) que lo dibujó erguido, con una piedra en cada mano! Steve Parker en «The Dawn of Humanity» (1992) lo considera todavía positivamente “a causa de la amplia frente”.

⁹ - El ingeniosísimo Australopiteco era el “robustus”. Más tarde, en Olduvai, fue descubierto el “gracilis” (más delicado) que se parecía al *Afarensis* (Lucy), pero que podía ser la hembra del “robustus”, al tener las especies, como se vió más tarde, un importante dimorfismo sexual.

Aún peor: la toba volcánica K.B.S. contenía restos humanos, el cráneo de un niño: “Cráneo 1470”. Fue descubierto por el hijo del dr. Leakey, Richard, que comentó su descubrimiento así: **“O se elimina este cráneo, o nuestras teorías sobre los hombres primitivos quedan eliminadas”** (R. Leakey, 1973). Su padre había muerto en 1972, el año anterior.

Estaba claro que ni el instrumento paleontológico ni el geológico eran capaces de indicar una datación creíble. Además, la extraña sedimentación “cíclica” observada allí, donde los mismos restos de los mismos fósiles hechos rodar y llevados por los flujos de lava estaban revueltos en los lechos de cenizas volcánicas, no podía ser interpretada por la “teoría tranquila” de Lyell. Mostraba visiblemente indicios de eventos catastróficos. Los especialistas acabaron reconociéndolo, a su pesar, pero con palabras muy técnicas e incomprensibles para los comunes mortales.



La reacción de los científicos al “cráneo 1470” fu sencilla: eliminaron el cráneo y se quedaron con sus propias teorías. Aun perteneciendo a una niña, con una evidente capacidad craneal reducida (800 cc), fue atribuido al Homo Erectus. Los demás restos humanos descubiertos en el área oriental del Rift, mezclados con una sorprendente masa de huesos animales, fueron ocultados de la misma forma o citados de un modo incomprensible por Coppens, en particular, que reconoció la “coexistencia” del australopiteco llamado robusto ¹⁰ con un hombre indudable.

Todos conocen este hecho (¿de veras?). Ambos viven en el mismo país, en “nichos ecológicos” diferentes. Dos tipos de homínidos (solamente) coexistieron durante la misma era de la humanidad. Y no es algo de hace 200 o 300 años sino de un millón de años. Ambos han sido descubiertos en el mismo hallazgo, en los mismos niveles. Sobre ésto, el acuerdo es completo (Coppens, 1991).

Habiendo sido invitados a concluir el simposio dedicado al “Hombre primitivo”, publicado en colaboración con el mismo Coppens (Coppens e Al., 1976), Howell e Isaac reconocieron que **el descubrimiento de Leakey “había creado un inesperado número de problemas”**. Pero como la evolución de la humanidad es simplemente una “cuestión de comportamiento”, ya que **“la evidencia fósil ha mostrado claramente la existencia de los primates bípedos en un periodo de 2 a 3 millones de años,**¹¹ **“todos ellos eran homínidos”, c.v.d.**

Un mistero quedaba: **¿Quién esculpió “los instrumentos cortantes”?** La conferencia provocó estas preguntas en parte como un broma –según los mismos autores– ya que **no hay ninguna respuesta objetiva**. La mayor parte de los lugares en que los homínidos han sido descubiertos no tienen objetos hechos a mano y la mayor parte de los sitios arqueológicos no presenta trazas de homínidos...

Por tanto, nuestra respuesta a estas preguntas sigue siendo muy subjetiva y especulativa: se deduce fácilmente que estamos lejos de la objetividad científica que estos investigadores proclaman. Pero la respuesta de los geocronólogos acerca de la fiabilidad de sus dataciones es igualmente subjetiva y especulativa, completamente basada en las escalas de Lyell y de Holmes, construidas así mismo sobre conceptos subjetivos. **¿Debe seguir adelante la historia natural con especulaciones subjetivas, basadas todas ellas, no sobre la ciencia, sino sobre un singular, sólido “credo” de Lyell: “haber liquidado a Moisés”?** Cada vez que se comparan grupos de hechos restrictivos que invalidan la “teoría tranquila” que sirve de base a la Evolución de los vivientes, **paleontólogos y sedimentólogos se agarran desesperadamente a los datos de los geocronólogos**, de los cuales creen tener la incontestable prueba de la realidad de lentísimos fenómenos descritos por Lamarck y Darwin. Veremos cómo se nutrirán de sus propias fantasías.

¹⁰ - ¡El “Cráneo 1470” se supone que sea un *erectus* y Lucy un *Australopiteco afarensis*!

¹¹ - ¿Puede estar erguido el Australopiteco? La pregunta ha sido largamente discutida sin hallar respuesta, hasta que notamos que éste eran - como otros monos - humildes cuadrumanos (cfr. Johanson, 1996). Los restos humanos y las otras fechas lógicamente anormales se han hecho pasar en silencio.

En estas páginas a menudo se hace referencia a resultados que quisieran indicar una edad de nuestro planeta (y del universo que nos rodea) de millones de años.

Las pruebas que presentamos desaniman esa deducción y limitarían la edad de la Tierra, haciendo ver como **ésta sea más joven de cuanto supongan los evolucionistas**; las mismas pruebas **ponen en seria crisis también la escala de tiempos basada en la evolución**.

Existen muchas otras pruebas en favor de un universo joven, pero hemos escogido sólo los ejemplos más inmediatos y significativos por brevedad y sencillez. Algunos de ellos en esta lista pueden ser conciliados con la idea de un universo “viejo”, sólo haciendo una serie de improbables y no probadas suposiciones; otros pueden coexistir sólo con la idea de un universo “joven”.

Los evolucionistas piensan que la Terra tenga unos diez mil millones de años, pero hay varios motivos para creer que esa edad sea exagerada.

Algunas pruebas que presentamos indican una edad máxima de miles de años, como vemos en la Biblia. También cuando se indica una edad máxima de millones de años, se contesta igualmente la idea evolucionista que necesita de miles de millones de años.

Una edad máxima de millones de años, por otra parte, no significa que la Tierra tenga efectivamente esa edad; por eso no niega por fuerza el horizonte bíblico de **unos 10.000 años**.

Se puede indagar sobre la edad de la Tierra utilizando varios sistemas, pero se trata siempre de métodos indirectos; por ello mucho depende de los presupuestos de los que se parte y de los métodos a los que se da la precedencia.

- 1 - Las galaxias se envuelven sobre sí mismas demasiado de prisa.
- 2 - Los cometas se desintegran demasiado rápidamente.
- 3 - Los continentes se erosionan demasiado velozmente.
- 4 - El magnetismo terrestre está debilitándose demasiado de prisa.
- 5 - No hay bastante helio en la atmósfera.
- 6 - Muchos estratos rocosos tienen pliegues demasiado estrechos.
- 7 - Demasiado helio en las rocas calientes.
- 8 - Los fósiles polistrato atraviesan demasiados estratos.
- 9 - Fósiles fuera de secuencia.
- 10- La radiactividad de los fósiles acorta las éras geológicas.
- 11- Pocos sedimentos sobre los fondos marinos.
- 12- El océano acumula sodio demasiado rápidamente.
- 13- No hay bastantes esqueletos de la edad de la piedra .
- 14- La agricultura es demasiado reciente.
- 15- La historia registrada es demasiado corta.

1 - Las galaxias se envuelven sobre sí mismas demasiado de prisa. Las estrellas de nuestra galaxia, la Vía Láctea, giran en torno al centro de la galaxia con velocidades diferentes y las más internas giran más rápidamente que las externas. Las velocidades de rotación observadas son tan elevadas que si nuestra galaxia tuviera algunos millones de años más, *no podría tener su forma espiral actual, sino que sería un cúmulo informe de estrellas. Y sin embargo se supone que su edad sea de 10.000 millones de años por lo menos.*

Los evolucionistas lo llaman “el dilema de la espiral” y tratan de resolverlo con una compleja teoría de “ondas de densidad”. Tal teoría, sin embargo, pone problemas conceptuales y no está avalada por observaciones. El mismo dilema existe también con otras galaxias, pero no existiría si las galaxias fueran consideradas de reciente formación.

2 - Los cometas se desintegran demasiado rápidamente. Según la teoría evolucionista, los cometas deberían tener la misma edad del sistema solar: **unos 5.000 millones de años**. Y sin embargo, cada vez que un cometa pasa cerca del sol, pierde tanto de su materia que *no podría*

sobrevivir más de 100.000 años. Algunos de ellos muestran una edad de unos 10.000 años.

Los evolucionistas explican esta discrepancia suponiendo probables colisiones y otras cosas que deberían ocurrir muy a menudo, viendo los centenares de cometas observados. Hasta hoy, sin embargo, ninguna de estas hipótesis ha sido confirmada por observaciones o por cálculos científicos.

3 - Los continentes se erosionan demasiado velozmente. Cada año el agua y los vientos erosionan unos 25.000 millones de toneladas de tierra y rocas de los continentes y las depositan en los océanos. **Con esta velocidad serían necesarios sólo 15 millones de años para erosionar todas las tierras que están sobre el nivel del mar.** Sin embargo se supone que la mayor parte de las tierras haya estado sobre el nivel del mar durante cientos de millones de años. Las teorías que sostienen el levantamiento de la corteza terrestre por el aligeramiento debido a la erosión son inadecuadas para compensar estas discrepancias.

4 - El magnetismo terrestre está decayendo demasiado de prisa. La energía acumulada en el campo magnético de la Tierra ha disminuido constantemente de un factor 2.7 en los últimos mil años. Con teorías complejas e inadecuadas el evolucionismo trata de explicar esta rápida disminución y cómo haya podido la Tierra mantener su campo magnético por miles de millones de años. Existe una teoría creacionista más clara y sencilla que explica este fenómeno basándose en doctrinas físicas y que va de acuerdo con los datos paleomagnéticos, históricos y actuales. El resultado principal es que la energía del campo magnético (no la intensidad local) siempre ha disminuido al menos con la misma velocidad de hoy día. Eso significa que **el campo magnético no puede tener más de 10.000 años.**

5 - No hay suficiente helio en la atmósfera. Todas las familias de elementos radiactivos que existen producen helio durante su decaimiento. Si este decaimiento ha tenido lugar durante millones de años, como afirma el evolucionismo, una gran cantidad de ese gas habría tenido que trasladarse a la atmósfera. Considerando la baja cantidad de helio que escapa de la atmósfera hacia el espacio e hipotizando que no lo hubiera al principio, **se habrían necesitado menos de 2 millones de años** para que se acumulara la pequeña cantidad de helio presente hoy en el aire. Eso significa que **la atmósfera es mucho más joven que los 5.000 millones de años** hipotizados por el evolucionismo, pero coincide con la tesis de la creación reciente (6.000-10.000 años) de una atmósfera que ya funciona.

6 - Muchos estratos rocosos tienen pliegues demasiado estrechos. En muchas zonas de montaña se puede ver estratos rocosos de cientos de metros de espesor plegados y replegados en forma de zig-zag. La geología convencional sostiene que esas formaciones fueron sepultadas a grandes profundidades y se solidificaron durante cientos de miles de años, antes de ser plegadas. Y sin embargo, la flexión se produjo sin rupturas y con radios de curvatura tan pequeños que la entera formación debía de ser todavía blanda y no solidificada cuando se plegó. Eso quiere decir que **el intervalo de tiempo entre la deposición de un estrato y su flexión puede haber sido todo lo más de algunos miles de años.**

7 - Demasiado helio en las rocas calientes. Un estudio publicado por “*Geophysical Research Letters*” muestra que el helio producido por el decaimiento radiactivo en las rocas profundas y calientes, no ha tenido tiempo de salir de ellas. Por eso, aunque se suponga que las rocas tengan millones de años, **la edad que indica el helio conservado en ellas es muy inferior.**

8 - Los fósiles polistrato atraviesan demasiados estratos. Los fósiles “polistrato”, los que están en más de un estrato geológico, están descritos en la literatura geológica corriente. Por ejemplo, en The Joggins (New Scotland, EEUU) muchos árboles fósiles verticales se extienden a lo largo de 760 metros de estratos geológicos, atravesando hasta 20 estratos horizontales geológicos. Esos árboles deben de haber sido sepultados más rápidamente de lo que hiciera falta para marcitarse. Eso significa que **el entero bosque fue depositado todo lo más en pocos años.** Y sin embargo la teoría evolucionista quisiera que **el estrato rocoso más alto hubiera sido depositado millones de años después del estrato más bajo.**

9 - Fósiles fuera de secuencia. Según la escala temporal evolucionista, los pinos no podrían haber aparecido antes de hace 350 millones de años. Sin embargo se han encontrado fósiles de pólen de pino en la arcilla precambriana Hakatai (en el Gran Cañón, EEUU) que se supone que existe desde hace 1.500 millones de años, antes de que cualquier forma de vida apareciera. El estudio originario ha sido atentamente repetido y comprobado en condiciones súmamente controladas por un comité de científicos que ha examinado el pólen con microscopios electrónicos a escansión y ha obtenido valoraciones independientes de otros expertos.

Descubrimientos como éstos no hacen más que acumular dudas sobre los métodos de datación y también sobre la escala temporal evolucionista.

10 - La radiactividad de los fósiles acorta las eras geológicas. Los *radio-halos* son anillos de color que se forman en torno a microscópicos pedacitos de minerales radiactivos en los cristales rocosos. Son las evidencias fósiles del decaimiento radiactivo. Los *radio-halos* aplastados de Polonio-210 indican que las formaciones del Jurásico, del Triásico y del Eoceno en la meseta del Colorado (USA) fueron depositados a *pocos meses* uno de otro, **no a distancia de cientos de millones de años**, como pretende la escala temporal convencional. Los *radio-halos* “huérfanos” de Polonio-218 que no tienen trazas de sus elementos madre implican una creación instantánea o bien un cambio radical en el ritmo de decaimiento de la radiactividad.

11 - Pocos sedimentos sobre los fondos marinos. La teoría geológica más reciente (la tectónica de placas) dice que los fondos oceánicos tienen 200 millones de años. Con la actual velocidad de sedimentación deberían haber kilómetros de sedimentos sobre los fondos. Y sin embargo, por término medio, el fondo oceánico tiene sólo 250 metros de sedimentos. Eso quiere decir que *el actual océano existe desde hace menos de 15 millones de años*.

12 - El océano acumula sodio demasiado rápidamente. Cada año, los ríos y otras fuentes derraman en el océano más de 450 millones de toneladas de sodio. En el mismo periodo, sólo el 27% de este sodio consigue volver fuera del mar. Como todos pueden imaginare, el resto se acumula en el océano. Si el mar no hubiera tenido sodio al principio, con los actuales porcentajes de entrada y salida, habría acumulado la cantidad actual de sodio en un tiempo inferior a **42 millones de años**. Es mucho menos que la edad evolucionista imaginada para el océano: **3.000 millones de años**.

La respuesta acostumbrada a este desacuerdo es que las inmisiones de sodio del pasado debían de ser menores y las emisiones mayores que las actuales.

Si se tuvieran que rehacer los cálculos abundando en esta hipótesis, los resultados aún darían una respuesta **no superior a 62 millones de años**. Los cálculos de muchos elementos contenidos en el agua del mar dan edades aún más jóvenes.

13 - No hay suficientes esqueletos de la edad de la piedra. Los antropólogos evolucionistas sostienen que la edad de la Piedra ha durado al menos 100.000 años, durante los cuales la población mundial de los hombres de Neanderthal y de Cromagnon fue aproximadamente constante entre uno y diez millones de personas. Durante todo ese tiempo habrían sepultado a sus muertos junto con sus objetos hechos a mano.

Con esos presupuestos *habrían debido sepultar al menos 4.000 millones de cuerpos*. Si la escala evolucionística fuera correcta, los huesos sepultados deberían ser capaces de durar mucho más de 100.000 años. Así, muchos de los supuestos 4.000 millones de esqueletos de la edad de la Piedra deberían poderse encontrar todavía (y sin duda, al menos, sus objetos elaborados). Por el contrario, sólo una mínima parte de ese número ha sido hallada. Eso significa que **la edad de la piedra fue mucho más breve** de lo que piensan los evolucionistas, todo lo más *pocos cientos de años* en muchas zonas.

14 - La agricultura es demasiado reciente. El acostumbrado cuadro evolucionista presenta al hombre como cazador y recolector durante los 100.000 años de la edad de la Piedra, antes de que *descubriera* la agricultura hace menos de 10.000 años, mientras que los restos

arqueológicos demuestran que los hombres de la edad de la Piedra eran inteligentes como lo somos nosotros. Es muy difícil que ninguno, entre los 4.000 millones de personas hipotizables, haya sido capaz de descubrir que las plantas nacen de las semillas. Es mucho más probable que los hombres hayan vivido sin agricultura menos de pocos siglos a lo sumo.

15 - La historia registrada es demasiado corta. Según la teoría evolucionista, el hombre de la edad de la Piedra ha existido durante 100.000 años antes de empezar a escribir, cosa que debería haber ocurrido hace 4.000 o 5.000 años. Pero el hombre prehistórico hizo monumentos megalíticos, hizo bellísimas pinturas en las grutas y registró las fases lunares. ¿Por qué habría esperado mil siglos antes de emplear las mismas capacidades para escribir la historia? **La escala temporal presentada en la Biblia es mucho más verosímil.**



32

OTRO MITO CIENTÍFICO VA A CAER

Maurizio Blondet - 01/02/2005 (EFFEDIEFFE – giornale on-line)



La ciencia se apoya en algunos *dogmas* o *mitos ideológicos*. El más evidente es *el mito evolucionista*, que resiste en las universidades como conformismo “*políticamente correcto*” mientras que siempre es erosionado por nuevos descubrimientos.

Otro mito concierne la astronomía: la naturaleza de los cometas. La teoría aceptada es que los cometas son de hielo. Cuerpos fríos y oscuros, que sólo cuando se acercan periódicamente al sol, calentados por la radiación solar, emiten la celebre “*cola*”, resultado de la evaporación del hielo del núcleo.

Para confirmar esta teoría la NASA ha lanzado, el 12 de enero de 2005, la sonda bautizada “*Deep Impact*”. La sonda va dirigida hacia un pequeño cometa, Tempel 1, que alcanzará en julio. Entonces lanzará contra él un proyectil –una ogiva de cobre de un metro de diámetro, que pesa 150 kilos– con el fin de provocar en el núcleo un cráter de 30-90 metros de diámetro. Las telecámaras de la sonda darán una ojeada dentro de ese cráter apenas hecho, para explorar el interior del cometa. La NASA espera confirmar que el núcleo de hielo.

¿Por qué? Porque la teoría oficial –y la carrera de los astrónomos que la sostienen– se ve puesta en grave peligro por algunos descubrimientos cruciales. Las primeras dudas surgieron en 1991, cuando el célebre cometa deHalley regresó al sistema solar y se hizo visible “*encendiendo*” su cola cuando todavía estaba muy lejos del sol, entre la órbita de Urano y la de Saturno. A tal enorme distancia (14 veces la que separa el Sol y la Tierra) la luz solar no es lo suficientemente caliente para derretir el presunto hielo, quedando la temperatura muy por debajo de los 200 bajo cero.

Otro golpe la teoría lo recibió en mayo de 1996, cuando la sonda Ulysses, equipada para estudiar el “*viento solar*”, atravesó casualmente la cola de un cometa, el Hyakutake, a 400 millones de kilómetros de distancia del núcleo del mismo cometa: antes nadie imaginaba que las colas fueran tan largas (cuatro veces la distancia Tierra-Sol). Pero el descubrimiento más revolucionario, en ese mismo 1996, lo hizo una sonda alemana llamada ROSAT (Roentgen Satellite) equipada para captar los rayos X de alta frecuencia en el espacio.

ROSAT descubrió que el núcleo del cometa Hyakutake emitía rayos X. Y desde entonces se han hecho descubrimientos de emisiones X en muchos otros cometas, entre ellos el Hale-Bopp. Pero fríos bloques de hielo no pueden emitir rayos X. Para que eso ocurra hace falta imaginar que los cometas sean por el contrario cuerpos muy calientes: esta hipótesis **trastornaría no sólo las teorías corrientes sobre los cometas, sino toda la astronomía del sistema solar hoy aceptada.**

De hecho hay una teoría alternativa. La ha elaborado el astrónomo Jim Mc-Canney, el cual ya en 1981, con un artículo en la revista *Kronos*, previó la emisión de rayos X por los cometas: y no hace falta decir cómo esta capacidad de previsión apoya una teoría.

El detalle es que McCanney, mientras ha hallado oídos atentos entre los científicos alemanes (el ROSAT ha sido concebido precisamente para comprobar la hipótesis de McCanney), siempre ha sido tratado como visionario por el *establishment* astronómico americano. ¿Por qué? Porque su explicación de la emisión de rayos X por los cometas forma parte de una teoría general, llamada *Plasma Discharge Comet Model*, que describe el Sol como un inmenso condensador eléctrico. Los rayos solares serían sólo la parte visible de una radiación en máxima parte eléctrica; **el espacio interplanetario**, lejos de ser eléctricamente neutro como se cree hoy, sería un inmenso campo electromagnético; los cometas, en vez de ser inertes cuerpos helados, serían conglomerados muy calientes, en cuyo interior tendrían lugar, solicitadas por el campo eléctrico solar, inimaginables trasmutaciones químicas y nucleares.

En la hipótesis de McCanney, los planetas no se habrían formado por conglomerados de polvos inertes; habrían sido originariamente cometas “*capturados*” por el campo solar, que habrían cambiado sus órbitas elípticas en órbitas circulares. Es decir, que si McCanney tuviera razón, **todo lo que la ciencia cree saber sobre el cosmos sería obsoleto, habría que cambiar los libros de texto** y enteras carreras universitarias acabarían en la papelera de la historia. Lo sabremos el 4 de julio de 2005, cuando la sonda de la NASA llegue cerca del cometa.



33

EL CARBONO-14 ANTE LA SÁBANA SANTA DE TURÍN

M.C. van Oosterwyck-Gastuche (Tomado de una Conferencia del CESHE en París)

En el nº 54 de “*Science et Foi*” hemos hecho una breve reseña del libro, muy bello y documentado, de Marie-Claire van Oosterwyck-Gastuche: “**Le Radiocarbone face au Linceul de Turin**” y prometido una intervención más completa de la autora sobre el tema del **valor del radiocarbón como cronómetro**. Aquí está y esperamos que incite sin dudas a nuestros lectores a leer su libro para profundizar la cuestión. Estas son nuestras preguntas a las que la autora ha querido responder:

1) **¿Cómo se ha sentido Ud. movida a poner de nuevo en discusión las dataciones radiactivas, ante todo en lo que se refiere a la prehistoria y seguidamente a la Sábana Santa de Turín?**

RESPUESTA: “Simplemente consultando las publicaciones especializadas como “*Radiocarbon*”, “*Archaeometry*” o informes de los congresos. Se descubre una abundancia de fechas caóticas, sin relación con las edades oficiales dadas por las cronologías históricas o prehistóricas. Se encuentran así fechas **muy antiguas para materiales actuales**, como los restos de peces del Antártico, vivos o pescados recientemente, datados entre hace 600 y 4000 años, maderos de la Edad Media fechados 2450 años B.P.¹², **así como fechas recientes dadas a materiales antiguos**, como el carbón del Magdaleniano, cuya edad oficial es 17.000 años B.P., y al que ha sido dada la de 4730 años B.P.

Las edades de objetos históricos, cuya fecha se conoce por las listas genealógicas, varían de una forma igualmente fantástica. Algunos son demasiado antiguos en miles de años, otros demasiado jóvenes, a otros sus edades resultan ser del futuro. Las edades de los tejidos son a menudo demasiado recientes –como las cinco fechas C-14 del tejido en algodón “*Chimu*” estudiado por Burleigh, Leese y Tite en 1986, en la intercomparación de un test a ciegas preliminar a la datación de la Sábana Santa–, que resultaban todas demasiado recientes en relación con su edad histórica (el año 1200 de nuestra era), siendo la más joven del comienzo del siglo XX. Esta muestra, cuya distribución en C-14 recuerda la de la Sábana Santa, fue descartada como “aberrante”, como lo son por otra parte las muestras cuyas edades se alejan de las cronologías oficiales. Por consiguiente, en las publicaciones, se encuentran sólo edades previamente seleccionadas.

Así, escuchando la declaración perentoria del Profesor Tite en 1988 a propósito de la infalibilidad de la edad medieval de la Sábana Santa de Turín, me di cuenta de que inducía a error

¹² - “B.P.”: “*Before Present*” - antes de la época actual; la fecha divisoria es el 1950, fechas de los primeros experimentos de Libby, el inventor del método.

al mundo entero. Me pregunté por qué nadie le hacía notar que existían fechas aberrantes y que la de la Sábana era muy probablemente una, pero entonces no pensé intervenir.

Fue el libro del Dr. Clercq y de Dominique Tassot, *“Le Linceul de Turin face au C14”* (Editions de l’OEIL, 1988) el que, citando mi escrito de 1984 *“Sobre le falta de fiabilidad de la datación C-14”* publicado en *“Les nouvelles du CESHE”* con mi pseudónimo de entonces, Michaël Winter, me obligó a entrar en liz. Fui invitada a hablar en la mesa redonda sobre el radiocarbono con los profesores Tite y Evin, en el primer simposio de París sobre la Sábana Santa de Turín, en 1989. Todo parte de allí.”

2) En su libro dice que casi siempre la fecha conocida es la que decide la datación al radiocarbono. ¿Puede precisar?

RESPUESTA: “No casi siempre, sino siempre. Lo que digo puede parecer sorprendente, así lo justificaré con una breve historia del método.

Cuando W.F. Libby, físico-químico de la universidad de Berkeley, inventor del *cronómetro al radiocarbono*, preparó su método, buscó sus muestras de referencia en la prehistoria, una ciencia cuyas bases ignoraba. Quedó muy sorprendido al constatar que carecía de referencias seguras. Decía en efecto, evocando sus recuerdos:

«El primer shock que tuvimos, el Dr. Arnold y yo, fue cuando supimos de nuestros consejeros que la historia se remontaba a apenas 5000 años. Nosotros al principio habíamos creído que habríamos podido obtener muestras distribuibles en unos 30.000 años, colocar en ellas nuestros puntos y terminar así nuestro trabajo. Consultamos libros y descubrimos que Untel ha definido un sitio arqueológico de hace 20.000 años. Así nos enteramos muy bruscamente que no se conocían esas edades: de hecho, la última fecha históricamente conocida es de la época de la primera dinastía egipcia».

Por esa razón ha escogido sistemáticamente fechas. Figuran en las publicaciones sobre el radiocarbono sólo las que corresponden a las cronologías oficiales, no sólo las fechas históricas basadas en las genealogías, sino también las fechas prehistóricas que resultan de los principios supuestamente conocidos. El enuncia además los principios en que basa su cronómetro, pero que se revelan equivocados. Son los siguientes:

- a) **El principio de uniformidad**, según el cual la producción de la irradiación cósmica responsable de la formación del radiocarbono en la alta atmósfera ha permanecido constante durante los últimos 40.000 años, duración que corresponde al periodo de validez del método. Ahora sabemos que la irradiación cósmica ha variado.
- b) **El principio de simultaneidad**, que postula que el radiocarbono así formado se distribuyó inmediata y uniformemente en la atmósfera, en el agua, en las formaciones geológicas, y finalmente en los vegetales y en los animales vivos en aquella época. Así, en el momento inicial, marcado por Libby en su cronómetro (1950), todos los organismos vivos contenían la cantidad de C-14 presente en la atmósfera, o sea el 100%. La muerte del vivo hace partir una desintegración y la puesta en marcha del reloj radiactivo.

El descubrimiento de Libby, conocido como revolución del radiocarbono, permitía datar por primera vez acontecimientos de la prehistoria y de la paleo-climatología que se extienden en el espacio de 40.000 años. Libby indicó las fechas de su calendario en edades B.P. que subdivide además en edades B.C. (*Before Christ*) antes de nuestra era cristiana, y A.D. (*Anno Domini*), después de Cristo.

Sus primeros resultados parecieron excelentes: en efecto, las edades C-14 determinadas en objetos de antiguas civilizaciones faraónicas, los manuscritos del mar Muerto o los anillos de crecimiento de árboles muy antiguos, confirmaban las edades arqueológicas conocidas por otros. Libby y sus alumnos determinaron también las cronometrías prehistóricas y paleoclimáticas, que confirmaban las que habían sido determinadas por los prehistoriadores del siglo XIX, a partir de los criterios subjetivos según los cuales se habría pasado lentamente del mono al hombre por un proceso de autogeneración. El mundo científico exultó y le otorgó el premio Nobel sin ver que sus datos habían sido previamente seleccionados.

La fiesta se estropeó muy pronto. La segunda revolución del radiocarbono, ignorada por los medios informativos, tuvo lugar hacia el 1975.

Contra las afirmaciones de su autor, el método, lejos de aplicarse a todos los materiales carbonados, indicaba edades fiables sólo en casos excepcionales. Se pusieron en evidencia “materiales malos” que daban edades sorprendentes y no se integraban de ningún modo en las cronologías oficiales históricas o prehistóricas. La lista era larga: niveles turbosos, paleosuelos, huesos, cenizas, lechos carbonados, distintas conchas. Mucho más tarde, la edad radiocarbónica de las pinturas rupestres resultó a su vez sospechosa, ya que estaba influenciada por soluciones pobres en radiocarbono y por ataques microbicos.

Ahora, todos estos elementos habían servido a elaborar cronologías oficiales de la paleoclimatología y de la prehistoria. Es más, también los materiales más fiables, como la madera, el carbón vegetal, los granos de polen y el colagene daban igualmente edades no adecuadas. Con los nuevos aparatos que permiten dosificar pequeñas cantidades, era frecuente medir edades C-14 diferentes de los huesos de un mismo esqueleto, diferente polen de un mismo yacimiento o fragmentos de un mismo tejido. Ahora bien, ese es también el caso de las muestras tomadas de la Sábana Santa, cuyas edades eran igualmente heterogéneas.

A medida que el tiempo pasaba, se descubría que no sólo los materiales no ofrecían certeza, sino además que **los principios en que se basa el método de Libby eran erróneos.**

La producción del C-14 en la alta atmósfera no ha sido constante a lo largo del tiempo, ya que éste no se ha difundido uniformemente en el aire, en las aguas o en los organismos. El transporte del radiocarbono en las soluciones se reveló una importante causa de error que Libby muy sencillamente había ignorado.

Por lo demás, los procesos de distribución del radiocarbono se rivelaban infinitamente más complejos de lo que había creído Libby. La influencia de la temperatura y de las radiaciones había sido evidenciada en muchos trabajos, así como lo específico de su distribución en cada especie viviente. Es imposible aquí citar todo, hace falta leer el libro.

Conscientes de estas dificultades, los especialistas se negaron a hacer las revisiones necesarias que habrían provocado el derrumbamiento de sus seguridades y puesto una sombra en la reputación del cronómetro. Por eso protegieron las cronologías oficiales y escogieron los resultados. Hace falta subrayar que **le únicas edades fiables han sido obtenidas en los compuestos secos, bien protegidos de las distintas agresiones y de los ataques microbicos.**

La tercera revolución del radiocarbono, que tuvo lugar después del congreso de Trondheim en 1985, no fue tampoco dada a conocer. El cronista de la revista “*Antiquity*”, Ch. Chippindale, que la presentaba, hizo notar que tres revoluciones en cuarenta años eran demasiadas para un método presentado por Libby como absoluto, y que éste llevaba a **negar toda confianza a las edades del C-14.**

Se comprende ahora que las fechas del C-14 no estan en el origen de las cronologías prehistóricas, sino al contrario: estas cronologías determinan las edades oficiales y presiden el examen de las fechas incoherentes. Así se comprende por qué, habiendo dado la incoherencia de los resultados obtenidos en “test ciego” durante la comparación previa a la datación de la Sábana de Turín (Burleigh, Leese y Tite, 1986), el Profesor Tite había pretendido que se hicieran conocer de antemano las edades de las muestras *standard* a los especialistas A.M.S. y que se les autorizara a ver la Sábana para que pudieran reconocerla más tarde por su tejido característico...”

3) Por lo que se refiere a la Sábana Santa de Turín, cuya autenticidad está probada por los trabajos del STURP y por la Tradición constante de la Iglesia, ¿cómo piensa que se deba interpretar la datación con el radiocarbono?

RESPUESTA: “Esa tradición ha sido preparada por los enemigos de la Iglesia. Los A.M.S. no han medido una fecha medieval, ha sido elaborada de un modo muy astuto. A eso ha servido el cálculo estadístico extremadamente complejo, y para la mayoría incomprensible. Sólo los expertos en estadística han podido seguir los misterios. Y todos han declarado que **la edad**

medieval carece de fundamento científico. Consúltese sobre ésto el estudio magistral del Dr. Jouvenroux que está en mi libro.”

4) **Teniendo en cuenta todo lo que hemos dicho, ¿piensa Ud. que todavía se pueda válidamente considerar la radiactividad como un cronómetro?**

RESPUESTA: “No. De hecho **el cronómetro de Libby se basa en presupuestos ideológicos extraños al método científico** propiamente dicho. El método del radiocarbono, en efecto, tiene todas las características diagnosticadas por Jean-François Revel en su libro *“La connaissance inutile”* (Grasset, 1988) para las ideologías con coincidencias científica, que son: *«Mezcla indisoluble de hechos parciales, seleccionados según las necesidades de la causa (elecciones orientadas) y juicios de valor pasional»*. Revel decía también, de esta ideología, que *«era empleada como arma de combate destinada al dominio de una clase»*, y que *«la verdad científica y la simple verdad eran el último de sus fines»*. No podía decirlo mejor. El análisis mediante la radiactividad ha servido para denigrar la Iglesia.”

5) **Si se admite la fecha de la creación que resulta de las genealogías bíblicas admitidas por los cronólogos y también por Bossuet y por Crombette, de 4000 años a.C., muchas dataciones al radiocarbono son abundantemente erróneas. ¿Qué piensa de ello?**

RESPUESTA: “Lo primero que hace falta es recordar que *la geología moderna está basada en el actualismo o ‘teoría tranquila’ de Lyell, que niega la existencia de un Diluvio universal*, mientras que la Biblia le dedica un capítulo del Génesis.

Para Lyell, la historia resulta de acontecimientos producidos de forma lenta, uniforme y progresiva, «de la bacteria al hombre», mientras que la Biblia habla de creación, de pecado y de castigos (el Diluvio universal en concreto). **Este credo que la ciencia actual proclama es lo opuesto del credo bíblico.** El primero enseña la existencia de largos periodos de millones o de miles de millones de años, necesarios al lento perfeccionamiento de las especies. El segundo presenta la aparición de especies perfectas desde su comienzo, pero después afectadas por el pecado, en el curso de una cronología corta.

El interés de mi libro es mostrar entre otras cosas la incapacidad del C-14 de fechar los acontecimientos de la prehistoria y por tanto las últimas etapas del famoso «proceso de emersión» del hombre a partir del animal en el marco de los largos periodos del actualismo. De hecho, **las fechas máximas del C-14 que se pueden controlar no se remontan a menos de 3000 años a.C.** (comienzo de las genealogías egipcias, del cómputo de los años de crecimiento de los árboles).

Si se interpretan los hechos en función de la historicidad del Diluvio, probablemente hay que tener en cuenta la caída del anillo acuoso, cuyo contenido de C-14 era sin duda muy débil. Lo demostrarían las tasas ínfimas en C-14 de los carbonatos de las grutas y los de las aguas de capas subterráneas. Recordemos que el agua actual de Plombières está fechada en 40.000 años B.P. Las estalactitas actuales tienen miles de años C-14. Es más, las aguas subterráneas tienen una composición isotópica muy peculiar que refleja sin duda la del anillo acuoso. Existen estudios sobre ésto. Parece normal que **los restos de los hombres prehistóricos estén afectados por soluciones pobres en C-14 y por consiguiente artificialmente envejecidos.**

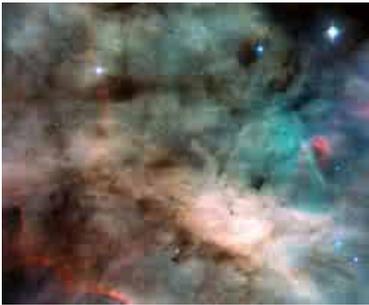
Para volver a la fecha de la creación del -4000 (a.C.) y a la del Diluvio del -2347 (a.C.), mi estudio, que muestra esencialmente la falta de garantía del C-14 como cronómetro, no puede afirmar nada. **Hace falta volver a las genealogías**, que como saben son diferentes de una versión a otra de la Biblia, pero en un intervalo que va de -3000 a -7000 años para la creación, nada más. Por eso **los cientos de miles o los millones de años son sin duda falsos.**

Para explicar las diferencias en las edades, ciertos autores americanos, y no de los menores, piensan que *«hijo de»* en las genealogías podría simplemente referirse a un antepasado célebre, como decir *«Jesucristo, Hijo de David»*.”

En conclusión, Marie-Claire van Oosterwyck-Gastuche ha escrito su libro de un modo sencillo, accesible a todos. Demuestra de forma magistral un punto de fundamental importancia al tratar la Sábana Santa de Turín con el método del radiocarbono: este método es

el gran fracasado. **La Sábana es auténtica, la Tradición verdadera, y nuestra civilización vive sobre falsos principios que pretende que sean seguridades científicas.** Este libro es importante, merece ser leído y ampliamente difundido.

Bastava decir **boom**. El más sensacional y ensordecedor descubrimiento de la ciencia moderna –«*porque de descubrimiento se trata y no de simple teoría*»– es que **el entero universo procede de una sola inmensa explosión ocurrida hace 14.000 millones de años.**



La formación de las estrellas vista con el telescopio Hubble

Lo hemos conseguido. Si todavía no sabemos bien adónde vamos, al menos sabemos con certeza de dónde venimos. Acaso presentada por algún alquimista chino de la antigüedad, o por un monje alemán del 1300 mientras mezclaba una cierta cantidad de salitre, carbón y azufre, la solución al problema del origen del mundo es mérito de todos, porque a diferencia de otras luminosas conquistas del conocimiento, no ha sido reivindicada por nadie. Sin duda el inquietante autor de «*eureka*» no fue el primero en dar con ella, ni fue el padre Lemaître o el meteorólogo Friedman o el físico Gamow, y mucho menos el imprescindible Albert Einstein, si bien una ayuda no indiferente le corresponda al astrofísico Fred

Hoyle, que abiertamente se rió de la gran explosión como de «*una idea de curas*», comparandola después con una bailarina que salga de una tarta durante una fiesta de cumpleaños.

Objetó que «**en física y en termodinámica una explosión es siempre una consecuencia, nunca una causa**» y llamó precisamente a este «**chiste**» irónicamente «**big bang**».

Y **Big Bang** fue.

La explicación cosmológica, a la que adhieren con pocas excepciones decenas de miles de astrónomos profesionales, prescribe «*energía y densidad infinita, en un principio carente de elementos constitutivos, explotó instantaneamente en la nada en forma de punto sin localización ni dimensiones*».

En otras palabras, la creación simultánea y transcendental del tiempo, del espacio y de la materia realizados con propagación «*superluminal*» en las inmediaciones del «*instante cero*».

Las dos pruebas fundamentales y (en modo alguno) independientes de esta «aparición mariana» son el sistemático corrimiento espectral hacia el rojo de las galaxias externas y la existencia de una débil y difusa niebla radio que nos envuelve y que emite fotones en el infrarojo extremo, como un material que se encuentre a la bajísima temperatura de 2,7 K°. Que, sí, aparece distribuida homogéneamente en todas direcciones en el cielo, pero que es captada con antenas en el suelo y aparatos en órbita alrededor de la Tierra, muy cercanas a nuestro sistema local y muy lejanas del fondo del universo que se pretende medir.

A este «baño» de microondas se le atribuye un corrimiento pseudo-Doppler $z = 1.000$ que debe corresponder al «residuo fósil del *fireball*», una especie de «Sábana santa congelada» de la Creación, que transformó casi instantaneamente las cantidades infinitas en cantidades cuantificadas.

A estas pruebas fundamentales se deben añadir dos «exóticas» entidades transparentes al espectro electromagnético: una abundantísima «*materia oscura*», necesaria para condensar estrellas y galaxias, y una misteriosa *energía*, también «oscura», capaz de impartir ulteriores aceleraciones al sustrato métrico y necesaria para sanar las incongruencias en la distribución de los *redshift* (corrimiento hacia el rojo) notados.

Ya está. Esto conduce a la espectacular consecuencia de que el inmenso universo se encuentre envuelto y confinado en un espacio que hace 14.000 millones de años tenía las dimensiones del diámetro de un protón, y de que los astrónomos del planeta Tierra realicen sus exploraciones profundas desde el borde externo de un embudo gigantesco que poco a poco

se estrecha y que termina objetivamente en la nada. Tomarlo o dejarlo.

Pero si quereis dedicaros a la astrofísica o a la física de las partículas transformando vuestra pasión en profesión, teneis que tomar: y dejaros acelerar a 72 km/sec por megaparsec en un espacio cuya geometría está casi por completo gobernada por entidades inestables y oscuras.

El indiscutible protocolo recita “*que ha habido un Big Bang superluminal*”, que hay un espacio en expansión que dilata “*las distancias*”, que hay una radiación a 2,7 K° “*que es fósil*” y que toda una física “*exótica y elusiva*” (que todavía está esperando ser descubierta) domina las observaciones astronómicas, haciéndolas prácticamente sin importancia.

Y entonces, se podría decir: **o Dios ha creado los dados que después juegan a hacer de Dios, o el misterio revelado por los cosmólogos a sus contribuyentes está basado en extrapolaciones arbitrarias.**

Pero «el secreto de Pulcinela» de la astronomía profesional es que objetos con alto corrimiento hacia el rojo se muestran físicamente asociados en el universo a objetos de bajo corrimiento hacia el rojo, y que este «secreto», accesible ya desde mediados del pasado siglo, se ha vuelto tan conocido e imponente que mina por su base la afirmación cardinal de toda la cosmología (es decir, la relación entre el corrimiento hacia el rojo y las distancias y velocidades de las galaxias diseminadas en el espacio profundo).

Para cancelar esta evidencia contraria cada vez más descarada (véase «*Catalogue of Discordant Redshift Associations*» H. Arp, Apeiron, 2003), el *establishment* americano se ha prodigado en toda clase de esfuerzos, ya sea invocando la probabilidad de sobreposición de perspectivas (que en algún caso es inferior a una entre mil millones), ya sea oscureciendo puentes, filamentos de materia y brazos de conexión entre objetos con *redshift* muy varios, mediante la modulación de los contrastes de las imágenes fotográficas.

Si algún *team* operativo del Hubble Telescope se siente personalmente ofendido o profesionalmente calumniado por estas afirmaciones, hay miles de investigadores (entre ellos numerosos astrónomos profesionales) dispuestos a demostrar que precisamente del análisis de las mismas imágenes publicadas por la NASA y dirigidas a probar la ausencia de cualquier conexión física entre los *quasar* y las galaxias, es posible notar los filamentos luminosos que los conectan (per ejemplo, NGC 4319 - QSO Mrk 205, HST Heritage Team).

Así, si los *quasar* están «secretamente» asociados a las galaxias activas, la pregunta más candente no debería ser el inmediato reexamen de la interpretación convencional de los *redshift* (que se pone automáticamente) sino más bien: ¿por qué ocultar los puentes y los filamentos?

La respuesta es obvia, aunque es terrible: porque **la falsificación de la relación de Hubble en términos de velocidad y de distancia desmentiría instantáneamente la expansión del universo, la radiación «fósil», el Big Bang, la inflación y la «materia oscura»**, mientras que los Departamentos de Cosmología tendrían que reconocer que el tan celebrado origen del mundo está basado en una física inadecuada y en extrapolaciones puramente imaginarias.

La misma “Teoría de la Relatividad General”, que operativamente es el instrumento con que se representa la estructura cósmica, sería afectada, y el «espacio-tiempo» privado de existencia objetiva y reducido al rango de similitud geométrica comprometería la entera «física de los agujeros negros», que por otra parte el mismo Einstein prefirió no tocar.

Terrible, sin duda. Y, al menos en lo inmediato, catastrófico para el entero aparato de la ciencia académica. Los aceleradores de partículas cada vez más costosos y potentes, proyectados y realizados con la finalidad declarada «*de poner al descubierto la materia oscura y las partículas energéticas que actuaban al reparo del Big Bang*», serían privados de sus objetivos primarios con el efecto de arrastrar la «*Gran ciencia*» a una especie de limbo a medio camino entre el año Mil y el año cero. Sin duda. Pero, aún más terrible: ¿existe en el mundo una razón cosmológica suficientemente fuerte para reconvertir los fondos ya asignados y que precisamente por eso podrían ser puesto de nuevo en discusión?

«*Tal vez Arp tiene razón* –ha dicho el astrónomo italiano Massimo Capaccioli– *pero dentro de cien o de mil años*».



Galileo ante el Santo Oficio

Como lectura en vacaciones, he tomado el libro del paleontólogo Roberto Fondi, «*Organicismo y evolucionismo*». Fondi es un antievolucionista, como verán, de un tipo particular; nada que ver con el creacionismo. El libro puede parecer viejo (es de 1984) pero, por lo que sé, el problema que pone aún es actual, y es precisamente ésta nuestra tragedia colectiva, también para quien entre nosotros no se ocupa de ciencia: que los problemas que pone Fondi no han sido, no digo «superados», sino ni siquiera discutidos por la así llamada ciencia moderna.

Mala señal, una ciencia que no progresa y que, en vez de discutir, censura y sepulta.

En pocas palabras, y si he entendido bien, Fondi (como paleontólogo se ha cansado de Darwin: nunca ha visto un solo «eslabón de conjunción» entre una especie y otra) reprocha a la biología evolucionista de estar «atrasada»: los biólogos todavía están detenidos en la física de Galileo y en la teoría del conocimiento de Descartes –ambas lineares, simplicistas, mecanicistas– mientras que la física actual ya está muy lejos de aquellas ideas de hace cinco o seis siglos.

Galileo estudió el movimiento, o sea el desplazamiento de cuerpos espaciales en el tiempo.

Eso implicaba la distinción radical entre «espacio» (contenedor «vacío» e inmóvil) y el «tiempo» como una cosa absolutamente diversa, como un «flujo».

Es nuestra percepción ingenua: el pasado ya no existe, el futuro aún no existe, sólo el presente (continuamente móvil) existe.

Pero en la nueva física relativística, «esta idea tan sencilla y natural se ha revelado inexacta. El tiempo está íntimamente vinculado al espacio, se comporta como una cuarta dimensión del espacio» (Giuseppe Arcidiacono).

El universo después de Einstein es descrito como «un mapa cuatridimensional estático».

Estático, no dinámica. Ningún flujo, ninguna corriente del tiempo.

En ese mapa, el tiempo es un «espesor». Eso no quiere decir que el tiempo pueda ser recorrido hacia atrás o hacia delante (o al menos a nosotros no nos está concedido volver al pasado o saltar al futuro), sino que el futuro y el pasado son compresentes en el universo.

Parece absurdo a nuestro buen sentido.

Pero lo dice Louis de Broglie, premio Nobel y persona para nada estúpida: «En el espacio-tiempo, todo lo que para cada uno de nosotros constituye el pasado, el presente, el futuro es dado en bloque. Cada observador, con el pasar de su tiempo, descubre por así decir nuevas porciones del espacio-tiempo, que ve como come aspectos sucesivos del mundo material; pero en realidad el conjunto de los eventos que describen el espacio-tiempo existe ya antes de ser conocido».

O como dice Hermann Weyl: «El mundo objetivo no sucede, simplemente es».

El biólogo evolucionista ve evolucionar la materia viviente, empujada «desde el pasado» por fuerzas ciegas, casualidad y necesidad, que son «causas» en el sentido simplista de Galileo, «empujes» mecanicistas. Tal biólogo evolucionista pone mucho cuidado en evitar toda intromisión de «causa final», en la que ve la obra indebida de Dios.

Pero el físico einsteiniano, si se ocupase de biología, tendría una visión diferente.

El universo viviente (y también el no viviente) sería como un Sistema de la Naturaleza estático –dinámicamente estático–, en el que pasado y futuro están objetivamente compresentes. En el que cada ser y evento influye en todos los demás. En el que el futuro ejerce su influjo en el presente. Es como decir que en el sistema actúa una causa final, una teleología, la tensión hacia un fin. En cierto modo, le algas azules existen antes de toda vida «en vista» de los seres vivientes más evolucionados que deben venir después (pero que en el sistema ya

existen), y que tendrán necesidad de oxígeno atmosférico para respirar; y así los microorganismos que mantienen todavía hoy el justo porcentaje de nitrógeno en el aire (pues si no, el nitrógeno atmosférico desaparecería, porque es continuamente mineralizado por las lluvias y por los mares).

Con esta hipótesis, ya tenemos una respuesta a una de las preguntas a las que los evolucionistas no saben responder: ¿por qué las algas azules y los microorganismos primitivos no han «evolucionado»? Cómo es que ciertos vegetales permanecen «primitivos» desde hace miles o millones de años, como los helechos y el *ginko biloba*? Porque son necesarios al sistema y a los vivientes más evolucionados en el sistema.

Porque sin estos primitivos, no sería posible construir un grado de organización más alto. Así el hombre no viviría si en su intestino no estuvieran las bacterias que sirven a su digestión; esos pequeñísimos seres primitivos, que pueden vivir independientes, cooperan armónicamente a hacer posible un orden de existencia orgánica superior.

El *sistema natural* tiene necesidad de todos los seres, a cualquier grado de «evolución» pertenezcan, como el hombre de su flora intestinal.

Lo intuyó un ecólogo agrario italiano, Girólamo Azzi: «*Todos los animales de la Tierra, los que están y los que estarán, son interdependientes entre ellos y vinculados en un complejo ordenado y armónico*».

Eso equivale a introducir la «causa final» como uno de los motores del sistema, procesos y seres que son hechos en vista a un fin. Eso es lo que decía Aristóteles, que además de las «causas eficientes» (que empujan «por detrás») reconocía una «causa final», que arrastra desde delante.

Aristóteles era más moderno que Galileo, su gran enemigo.

Este finalismo no significa en modo alguno invocar la acción de un Dios ordenador externo. Para Aristóteles, como para la nueva física, la finalidad «*es inherente al mismo ser natural, indisolublemente asociada al principio de causalidad o causa eficiente*».

Las leyes «del llegar a ser» (así las llamamos nosotros) son en realidad leyes estáticas, leyes arquitectónicas, ya presentes en el universo (así dice Fantappiè, el matemático).

Donde nosotros vemos una «finalidad», hay una «arquitectura».

Así, para Fondi, preguntarse si las aves descienden de los dinosaurios, o el hombre de un mono, son sencillamente «pseudoproblemas». El evolucionismo, la lucha por la existencia (hoy se ha vuelto competición; la metáfora, en otros tiempos tomada del imperialismo, hoy viene del «liberismo de mercado») serían fantasías envejecidas, por gente que no sabe nada del principio de indeterminación, del espacio-tiempo, de las «nubes de probabilidades», y que tiene un concepto demasiado lineal y unívoco (galileano) de la relación entre causa y efecto. Deberían estudiar la cibernética, o sea la ciencia de los sistemas que se auto-regulan por retroacción, desde los robot a las sociedades humanas y animales, hasta los sistemas ecológicos de los que todos formamos parte. Para comprender mejor que la arquitectura del espacio-tiempo apunta a sistemas siempre más complejos y auto-regulados.

Y como Galileo había distinguido radicalmente el espacio del tiempo, así Descartes distinguió la materia (*extensión*) del pensamiento (*cogito*) como categorías diferentes e independientes de modo fundamental. Al extremo de que para él los animales eran máquinas, y debió inventarse que en el hombre la glándula pineal era la misteriosa «conjunción» entre *res extensa* (materia) y *res cogitans* (pensamiento).

Esta es la base de la «ciencia del Ochocientos», mecanicista y reduccionista, todavía ampliamente vigente. Pero la ciencia post-moderna ha abandonado esta base.

Para ella, mente y materia no son categorías radicalmente distintas, sino «aspectos diferentes del mismo proceso universal», de la misma totalidad formada por relaciones dinámicas coordinadas.

Para Gregory Bateson y Fritjof Capra, una parte de «mente» existe en todas las estructuras, en grado creciente de las inanimadas a las complejas.

Puede parecer una idea *new age*: pero se trata, una vez más, de una idea de Aristóteles. El cual veía en la «materia» una «forma», una «potencialidad» que estaba a punto de hacerse «acto»; es decir, un 'continuum' entre lo que es material y lo que es idea.

Un cuchillo puede estar hecho de diferentes «materias», hierro, cobre, oxidiana; lo que lo hace ser cuchillo es la «forma», o sea la intención y la idea del autor.

Más aún, un óvulo fecundado es la «materia» que tiende a su forma, es «en potencia» lo que será en acto, el hombre futuro (pero compresente en el espacio-tiempo cuatridimensional).

Son acaso sólo hipótesis, ¿pero no vale la pena explorar en esta dirección? Sí, pero los evolucionistas –dueños de cátedras y por lo tanto de poder– los que obstaculizan este específico filón de investigación. Y este retraso es una ruina.

Que nos arruina no sólo en el progreso de la ciencia, sino en todos los demás campos: en la cultura, en la sociedad, incluso en la medicina llevamos desde hace ya casi un siglo –desde Einstein, Heisenberg, Bohr– un retraso intolerable.

Nuestra civilización pretende apoyarse todavía en el reduccionismo mecanicista de Galileo (que no tenía razón) y de Descartes (que estaba muy equivocado). Por eso no resuelve sus problemas más impelentes.

En medicina, por ejemplo.

Para Descartes, el cuerpo humano es una máquina, como para nuestros médicos. Una máquina que funciona por cadenas lineales de causa y efecto, que normalmente se estropea por una sola causa específica. Así la medicina convencional trata de asociar las enfermedades a causas singulares. Descuidando el hecho de que un enfermo es un organismo viviente, o sea conectado con todo el resto del universo y de los sistemas concéntricos de los que está formado. El hombre podría estar enfermo a causa de su futuro (compresente) no menos que por su pasado, como a causa de las influencias de la luna y de las estrellas, o sea cósmicos, dado que estamos englobados en el cosmos, con el que mantenemos relaciones recíprocas no lineales, y de indescifrables complejidades. Como decían precisamente las medicinas tradicionales, olisticas y organicistas.

Para la «ciencia» atrasada, para Descartes y sus descendientes, un gato no es más que la suma de sus aparatos; para Aristóteles era mucho más, algo dependiente pero no reducible a los órganos y tejidos del gato. Tenía razón Aristóteles, una vez más: comprendía mejor la cibernética y la «biología de los sistemas», en que las partes influyen en la totalidad y viceversa.

Así, el cientismo de hoy (muy envejecido) concibe al hombre como una suma de procesos fisiológicos y todo lo más psicológicos. Y ve a la sociedad –cosa más grave– como la suma de sus individuos. De ahí la doctrina políticamente correcta y dominante, el individualismo y sobre todo el hedonismo.

Blair ha dicho recientemente que la «nueva política» socialista será la de ampliar las «libertades individuales», y ya sabemos cuáles: aborto, droga, homosexualidad con bodas legítimas. Y yo mismo con mis oídos oí decir a Spadolini (un político italiano republicano-mazziniano) que la sociedad no existe, que existen sólo los individuos.¹³

Aristóteles y los físicos dirían que la sociedad es más que los individuos que la componen.

Y es una realidad «natural», no artificial, vista «la tendencia de los sistemas vivientes a formar estructuras con diversos niveles, niveles de diferente complejidad. Esta tendencia llena toda la naturaleza y debe ser considerada como un principio de auto-organización».

Los nuevos físicos, como Aristóteles, dirían que toda sociedad es un «organismo» de complejidad superior, que influencia a sus miembros y por ellos es influenciada; y a su vez, la sociedad está englobada en un orden más complejo, que va del ecosistema a la historia y a la filosofía (las visiones colectivas del mundo), por no hablar del cosmos y de sus influjos... Una

¹³ - Es extraño que estos mismos individuos luego digan que existe «el mercado» como entidad superior a los ciudadanos y consumidores, dotado de una benéfica «mano invisible», o «la empresa» como realidad más real que sus trabajadores, con más «derechos».

sociología puesta al día reconocería a la «sociedad» al menos tantos «derechos» como los que reconoce al individuo, más aún, el derecho esencial de reprimir comportamientos antisociales, antihistóricos, antiecológicos.

Curarían las enfermedades de la sociedad como las del hombre. Y tendrían una mirada más atenta al «ambiente», no sólo biológico sino también histórico y político, en que vivimos y que nos enferma, nos hace estériles, nos hace a menudo delincuentes e idiotas más de lo necesario.

36 NEWTON Y LA CRUZADA MASÓNICA DEL SIGLO XVIII

Giancarlo Infante - 4 de Enero de 2008 (EFFEDIEFFE – diario on-line)



Isaac Newton
(1642 -1727)

Un aspecto en general muy subestimado de la personalidad de **Newton**, que sin embargo está apareciendo de un modo cada vez más evidente, también por la publicación de algunos de sus manuscritos secretos¹⁴, es el vivo interés que este científico tuvo por la así llamada «*sapientia veteres*» (sabiduría de los antiguos).

Interés que tanto influyó en la determinación de sus principales descubrimientos científicos, entre los cuales la famosa ley de la gravitación universal, que él justificó «en un apéndice clásico a los *Principia*, basándose en consideraciones musicales, ¡cuyo descubrimiento atribuyó al mismo Pitágoras!»¹⁵

Precisamente del fondo mitológico del pitagorismo el científico se inspiró para la solución de muchos problemas científicos que afrontó desde sus años juveniles en Woolsthorpe. La tendencia de **Newton** a sacar del pasado conocimientos recónditos y olvidados, según una moda típicamente renacentista, lo indujo a buscar el sentido oculto de las Sagradas Escrituras, no a la luz del Espíritu Santo, sino examinándolas mediante verdaderas y auténticas reglas interpretativas.¹⁶

Ese intento de elaborar una exégesis bíblica totalmente personal no podía llevarlo más que fuera del camino, o sea, a desembocar en la violación de los cánones propios de la ortodoxia religiosa. A propósito de lo cual, Thomas Hearne, que lo conoció bien, escribió que: «*Sir Isaac, aunque fue un gran matemático, fue un hombre poco religioso, tanto más que se alineó con los herejes de su época*».

No obstante su proclamado arrianismo, creencia sin duda no en boga en la Inglaterra puritana del setecientos, **Newton** quemó las etapas de una admirable carrera, que empezó con el nombramiento de *fellow* en el *Trinity College* de Cambridge, y culminó, en 1669, con la cátedra de *Lucasian Professor* de matemáticas, obtenida con una especialísima dispensa del rey Carlos II, que lo exentaba de la obligación de recibir las órdenes religiosas. Su maestro y predecesor Isaac Barrow, en efecto, había sido también Capellán real.

Desde el punto de vista político, sus posiciones netamente contrarias a las de la facción católica y *tory* (conservadora), que deseaba la restauración de la dinastía de los *Stuardo*, le valieron la elección, en 1689, después de la caída de los mismos *Stuardo*, como diputado en el Parlamento inglés, en las filas «progresistas» de los *Whig*. Después de eso, recibió el nombramiento de director de la Casa de la Moneda Real, cargo que desempeñó con celo incluso excesivo, puesto que, por delitos contra la acuñación, mandó a la horca 28 personas. Entre

¹⁴ - Los manuscritos secretos de **Newton**, de carácter teológico e iniciático, fueron subastados (*Sotheby's*) en 1939 por sus herederos. El economista inglés John Keynes adquirió una buena mitad, que dejó al *King's College* de Cambridge. La otra parte fue comprada por el orientalista hebreo Abraham Salomon Ezekiel Yehuda, y donada seguidamente al Estado de Israel, que a su vez la entregó a la Biblioteca Nacional de Jerusalén. Desde 2003 algunos de esos manuscritos han sido puestos en muestra, pero una gran parte todavía está inédita.

¹⁵ - P. Odifreddi, «El Evangelio según la Ciencia», Einaudi, Turín, 1999, página 40.

¹⁶ - I. **Newton**, «*Trattato sull'Apocalisse*», editado por M. Mamiani, Bollati Boringhieri, Turín, 1994, página 21, «Reglas para interpretar las palabras y el lenguaje de las Escrituras».

ellas, un cierto William Chaloner, que había osado indicar al mismo **Newton** y otros eminentes burócratas como los verdaderos responsables de las falsificaciones y de los abusos cometidos en la Casa de la Moneda.

Newton desempeñó también el cargo de Presidente de la *Royal Society*, que tuvo durante veinticuatro años, hasta su muerte, en 1727.

Incluso en los últimos instantes de vida, **Newton** manifestó a su sobrina, con plena conciencia, su aversión a Dios y a la Iglesia, rechazando el sacramento de la Extremaunción. Rechazo que sin embargo no debió facilitarle el fatídico tránsito, si es cierto que «*el dolor creció a tal punto que, con asombro de los presentes, la cama en que estaba y la misma habitación fueron sacudidos por sus espasmos; tal fue la lucha que su grande alma sostuvo al dejar su envoltorio terreno*». ¹⁷

Hemos recordado rápidamente algunos aspectos de la vida pública de **Newton**, y puesto en evidencia otros privados, no tan significativos, que sin embargo son de primaria importancia para comprender el sentido íntimo de su producción científica.

A menudo se tiende a creer que el formalismo físico-matemático que presenta teorías y modelos científicos sea totalmente aséptico, o sea, libre de influencias y condicionamientos ideológicos del científico que lo ha elaborado. Pero tal creencia constituye un lamentable y difuso engaño, ya que, en realidad, es la fe privada de los científicos, más o menos manifiesta, la que dirige y determina la dirección de su búsqueda científica. Y la ideología que domina y que al mismo tiempo se transmite en las más importantes teorías elaboradas por la ciencia moderna es el pitagorismo, con todos sus aspectos místicos. No sólo Pitágoras, sino también Hermes.

En este sentido, **Newton** fue el padre, no sólo de la física clásica, sino también de la ya general tendencia «metodológica» a transmitir a través de la ciencia manifiesta una doctrina privada.

Como buen pitagórico consiguió disimular sus manías secretas, acerca de la esfera mágica de la naturaleza, a las cuales sin embargo acudía continuamente para orientar sus búsquedas racionales, así como sus normas éticas.

Indicativos indicios de estas búsquedas esotéricas se perciben, como decíamos al principio, en sus manuscritos todavía inéditos. Esos escritos, «que suman un millón de palabras, fueron un auténtico escándalo. Fueron universalmente rechazados, en varias ocasiones: por la *Royal Society*, por el *British Museum* y por muchas universidades, incluidas *Harward* y *Princeton*. Vendidos en subasta en 1936, yacen ahora en Cambridge y en Jerusalén, en su mayor parte inéditos», afirma Odifreddi. ¹⁸

No es difícil comprender la razón por la cual todavía estén censurados los códices de aquel «*que por ingenio ha superado cualquier otro hombre*»¹⁹, a la luz del vivo interés que este personaje nutrió por la filosofía oculta y en particular por la alquimia. Parece como si el arte arcaico del «*solve et coagula*» (“disuelve y coagula”), y no la investigación físico-matemática de la naturaleza, fuese precisamente el interés primario al que **Newton** conformó incluso su propia ética, respecto a lo cual escribió: «*Los que van en búsqueda de la piedra filosofal deben vivir, por sus mismas reglas, una vida severa y religiosa*». ²⁰

Alquimia entendida, no según el concepto común, que la interpreta como una pintoresca actividad de manipulación de los metales, finalizada a preparar el elixir de larga vida o de otras aparentes absurdidades, sino según un significado más profundo, oculto bajo un lenguaje altamente simbólico, que en realidad la designa como disciplina mística, finalizada a la transformación de la piedra tosca en oro, o sea, del hombre profano en presunto «mago», poseedor de conocimientos que le permitirían interactuar con los aspectos más íntimos de la naturaleza.

¹⁷ - W. Rankin, «*Newton - Per cominciare*», Feltrinelli, Milán, 1996, página 162.

¹⁸ - P. Odifreddi, «citado», página 178.

¹⁹ - «*Newton qui genus humanum ingenio superavit*», inscripción puesta en la base de la estatua del científico, a la entrada de la Capilla del *Trinity College* en Cambridge.

²⁰ - Citado por M. White en, «*Newton , l'ultimo mago*», Rizzoli, Milán, 2001, página 171.

Este significado simbólico –reconocido por «todos los alquimistas, que declaran que su Arte es una práctica esotérica con fines análogos o semejantes a los de las grandes tradiciones esotéricas y místicas»²¹– está relacionado con la teoría de la «*Coincidentia oppositorum*» (la coincidencia de los opuestos), típica expresión renacentista del inmanentismo neoplatónico, y con la *simpatia universal*, presunta causa del vínculo profundo que en la visión mágico-dialéctica relacionaría todo con todo.

Decíamos que los intereses esotéricos de *Newton* tuvieron mucha influencia en determinar la conocida perspectiva científica propuesta por él. Por lo demás, no somos los únicos que decimos que para definir una dinámica celeste formalmente correcta «*Newton se había servido de imágenes y conceptos tomados de sus estudios de alquimia y de sus búsquedas en la antigua teología; después, para completar el proceso, había pensado experimentos repetibles extrapolando por último su concepto de la gravedad y llegando a una descripción revolucionaria de la gravitación universal*». ²²

Al principio del trabajo científico de *Newton* se encuentra por lo tanto una idea mítica del universo, que se hace aún más evidente en su importancia, si se considera que, como él mismo admite, precisamente de la cosmogonía pitagórica nace su famosa ley de gravitación universal, que «Pitágoras había descubierto y luego ocultado; sus secuaces se la habían transmitido en fórmulas crípticas para ocultarla a las burlas de la plebe. Las imágenes del Sol como Apolo Musagete que toca la lira de las siete cuerdas, o como Pan que sopla su flauta de siete cañas eran sin duda una alegoría del sistema heliocéntrico con los siete planetas». ²³

Siempre en esta perspectiva mitológica, *Newton* se convenció de que Pitágoras no sólo había recibido el bagaje de los conocimientos secretos directamente de Moisés, sino que incluso «a Noé y a sus hijos había sido revelada por Dios la filosofía heliocéntrica, que Copérnico descubrió muchas generaciones más tarde. Pero esa sabiduría se había perdido a causa de falsos intérpretes». ²⁴

Esta significativa afirmación indica que la adhesión del científico inglés al heliocentrismo es debida a una causa ante todo metafísica y religiosa, sucesivamente traducida en rigurosos términos fisco-matemáticos. En efecto, si *Newton* estaba firmemente convencido de que la teoría heliocéntrica fuera fruto de una revelación divina, entonces no podía más que aceptarla como una verdad revelada, una especie de dogma natural, que había que sostener con toda la fuerza del racionalismo geométrico.

Conforme a esta convicción personal suya, *Newton* no podía interpretar a la Iglesia Católica más que como la «falsa imagen» y la «meretriz de Babilonia», única responsable de la degeneración del «divino» heliocentrismo, ocurrida en los largos siglos medievales, durante los cuales el magisterio eclesiástico había apoyado la doctrina geocéntrica, con sus desarrollos metafísicos basados en el realismo moderado de Santo Tomás de Aquino.

En su esencia profunda, la obra científica de *Newton* puede entenderse por tanto como una tendencia a volver a poner en auge el contenido de las más ocultas creencias pitagóricas, a través de los nuevos cánones de la investigación cuantitativa: «Para *Newton* su ley de la gravitación universal no era sino el renacimiento más auténtico del Pitagorismo, y sin duda no era el único que veía en él la unidad de la ciencia y del conocimiento, de la política y de la ética, de la religión, la dimensión exotérica y la esotérica: la iniciación. Lo demostró con el silencio, realmente pitagórico, con que cubrió los decenios de estudios de la alquimia». ²⁵

²¹ - M. Eliade, «*Il mito dell'alchimia*», Bollati Boringhieri, Turín, 2001, página 11.

²² - M. White, «citado», página 275.

²³ - P. Casini, «*I. Newton - Il Sistema del Mondo e gli scolii classici*», Edizioni Theoria, Roma, 1983, página 13.

²⁴ - «*Newton hace suyo además el mito según el cual Pitágoras recibió los elementos de esta sabiduría de Mosco el Fenicio. Según esa tradición, sostenida también por Ralph Cudworth, Mosco no sería sino otro nombre de Moisés*», N. Guicciardini, «*Newton: un filósofo de la naturaleza y el sistema del mundo*», Los grandes de la ciencia, Le Scienze, Milán, año I, n. 2, Abril de 1998, página 41.

²⁵ - M. Nicosia, «citado», página 73.

Es curioso por lo demás notar que los padres de la así llamada ciencia moderna, los «sacerdotes de la naturaleza» para usar una expresión de Boyle, al presentar sus obras empapadas de teología natural apelaron a filósofos del pasado, bastante olvidados, como queriendo marcar una continuidad con aquel pasado remoto, más que una fractura con el saber vigente.

Por ejemplo, Copérnico se conectó con Aristarco, y de paso también con Hermes; Galileo basó su investigación en Arquímedes.

Lo mismo Newton: «Al comienzo del prefacio de los 'Principia' hace la famosa cuanto lapidaria afirmación: los antiguos, como dice Pappo, en las investigaciones de la naturaleza tuvieron muy en cuenta a la mecánica. Entre las cualidades ocultas y las formas sustanciales de los escolásticos, y la ciencia moderna de Galileo y Newton, estan, solemnes, los libros de Arquímedes y de Pappo».²⁶

Precisamente, las referencias a las más antiguas creencias y referencias mágicas de la realidad, parecen constituir el fulcro de los escritos inéditos de Newton, sobre los cuales todavía se extiende un embarazoso silencio. En efecto, consideramos que hacia finales del 1600 estaban extendiéndose en toda Europa, y no sólo entre las clases populares de la sociedad, supersticiones relacionadas con prácticas adivinatorias y evocatorias del todo increíbles. Incluso personajes del calibre de Robert Boyle, como otros ilustres miembros de la Royal Society londinense, «no tenían la menor duda del hecho de que espíritus desencarnados, brujas y demonios produjeran efectos en el mundo de la naturaleza».²⁷

No separando por lo tanto el mundo natural del mundo impalpable, en que flotan seres sobrenaturales, «los espíritus malignos que habitan en las regiones celestes», a los que alude San Pablo (Ef 6,12), muchos eran los «sacerdotes de la naturaleza» que veían del todo legítimo interpretar el mundo físico no sólo desde el punto de vista sensible y cuantitativo. El mismo Boyle, en efecto, escribió que creer en la acción de los espíritus en el ámbito natural era incluso útil para la teología, en cuanto «la existencia de seres inteligentes que no son comunmente visibles contribuye de manera determinante a redimir a los ateos».²⁸

No sorprende entonces si el mismo Newton pudo compartir la idea de que el «Corpus Hermeticum» «hubiera sido 'transmitido' a la humanidad por entidades sobrenaturales»²⁹. O sea, por espíritus desencarnados, capaces de responder de modo tangible, a través de los cánones del rito y del sacrificio, a oportunas evocaciones e invocaciones, finalizadas a promover y a «guiar» a lo largo de los siglos una presunta evolución cognoscitiva y espiritual de la entera humanidad.³⁰

Esta afirmación, aunque sea asombrosa, no debe serlo tanto. No han faltado prestigiosos testimonios incluso en el ámbito de la cultura oficial, en cuanto a la posibilidad de que tales contactos sean efectivamente realizables y realizados.

Sin comprometerse demasiado, el mismo Kant no vaciló en declarar que «un día se llegará a demostrar que el alma humana vive en una estrecha unión con las naturalezas inmateriales del mundo de los espíritus; que ese mundo actúa sobre el nuestro y le comunica impresiones profundas».³¹

²⁶ - E. Garin, «La cultura del Renacimiento», Milán, 1988, página 42.

²⁷ - S. Shapin, «La revolución científica», Einaudi, Turín, 2003, página 34 y siguientes.

²⁸ - «Ibidem», página 167.

²⁹ - M. White, «citado», página 154.

³⁰ - «Nos ha sido recientemente revelado (Cerchio Kappa de Roma) como el mundo del Espíritu, desde Kardec hasta hoy, haya realizado y realice un verdadero y auténtico 'proyecto espiritual', en el sentido que existiría un programa –que se desarrolla mediante la alta medianidad intelectual- para asistir y promover la evolución cognoscitiva y espiritual de la humanidad y también prepararnos a cuanto sucederá dentro de poco, es decir, a la apertura de la Era del Acuario, o New Age, que ya está a las puertas», E. Cellina, «La enseñanza medianica», citado en F. M. Dermine, «Místicos, videntes y medium - Experiencias del más allá confrontadas», Librería Editrice Vaticana, Ciudad del Vaticano, 2002, página 143, nota 113.

³¹ - «Ibidem», página 60, nota 92.

Santo Tomás por otra parte advierte que los demonios son capaces de establecer relaciones sensibles con los hombres y que pueden también transmitir medias verdades, «*para llevar al error, si fuera posible, también a los elegidos*» (Mt 24,24). Textualmente: «*La enseñanza que los demonios dan a sus profetas contiene verdades que la hacen susceptibles de aceptación: ya que la inteligencia se deja conducir a la falsedad con la apariencia de la verdad, así como la voluntad se deja arrastrar al mal con la apariencia del bien*». ³²

No es por otra parte una novedad que **Newton** fuese científico públicamente y alquimista privadamente, más que por el el «peso» que se le da a tal afirmación.

Betty Teeter Doobs, tras haber estudiado a fondo el poco evidenciado interés alquimista del científico inglés, ha llegado a la conclusión de que él experimentó «*todas las operaciones de la antigua alquimia, como nunca se había hecho antes ni se hará después de él*». ³³

Según esta afirmación, **Newton** buscó un alto grado de iniciación alquimista, que le permitió desempeñar un papel central no sólo en el ámbito científico, sino sobre todo en el iniciático, considerando también el hecho de que en aquel periodo la línea de demarcación entre ciencia y magia, aunque declarada, no estaba todavía precisada claramente.

Sin embargo, que **Newton** tuviese una base de secuaces y epígonos en campo iniciático, se deduce también del hecho de que llegó incluso a interrumpir «*la redacción de los 'Principia' en la primavera de 1686 para efectuar algunos experimentos alquimistas*». ³⁴

Tal vez estos experimentos alquimistas no fueron de naturaleza estrictamente formal y metalúrgica, como podría parecer a primera vista. Es probable que desde el punto de vista simbólico estos «experimentos» respondieran a las peticiones de transformación estructural que se habían manifestado dentro de las corporaciones secretas, que en aquel periodo actuaban eficazmente en Londres. Ya desde los años treinta del siglo XVII de hecho empezaron a abrirse las logias a personas extrañas al arte de la albañilería: «*y tal vez no es casual que se tratase de personalidades con intereses herméticos y alquimistas*». ³⁵

Giorgio Galli hace notar además que el 1686 fue precisamente el año en que las logias masónicas, transformándose de operativas en especulativas, abrieron las puertas del conocimiento iniciático también a los no pertenecientes a la corporación de albañiles.

Un experimento, éste, de transformación íntima. Un experimento alquimista, por tanto, al que muy bien podría haber tomado parte, si no es que lo dirigió, el padre de la dinámica celeste, el inspirador de la nueva filosofía natural. Es por otra parte sabido que esta revolución masónica, que correspondió a una verdadera y auténtica metamorfosis interna de la corporación muratoria (de los albañiles), culminó el 24 de junio de 1717, con la fusión de las cuatro Logias de Londres en la Gran Logia Madre del Mundo.

Y que uno de los principales fautores de ese cambio fue John Theophilus Desaguliers (1683-1774), hijo de un pastor protestante francés refugiado en Inglaterra por motivos religiosos: «*amigo íntimo de Newton, miembro de la Royal Society, y divulgador de las doctrinas newtonianas*» ³⁶. Desaguliers se inspiró constantemente en la doctrina de **Newton**, para legitimar sólo aquel gobierno que se conformara a las leyes de la naturaleza y a su sistema de equilibrio, indicando en la obra científica de **Newton**, en particular en la ley de gravitación pitagórica, la filosofía necesaria para mantener establemente los nuevos equilibrios sociales, culturales y religiosos que se estaban delineando en función de la democratización social proclamada por las normas masónicas. Después de haber sido recibido en la *Royal Society*, en 1714, bajo la égida de **Newton**, que en aquellos años desempeñaba el cargo de presidente, Desaguliers fue elegido Gran Maestro de la Logia Inglesa, en 1719. Bajo su dirección, la Gran

³² - «Ibidem», página 67, nota 109.

³³ - B. T. Doobs, «*The foundations of Newton's Alchemy*», en M. Eliade, «citado», página 35.

³⁴ - R. Westfall, citado en G. Galli, «*La Magia y el Poder*», Lindau, Turín, 2004, página 39 y nota 54.

³⁵ - A. Trampus, «*La masonería en la edad moderna*», Editores Laterza, Roma-Bari, 2001, página 14.

³⁶ - M. Nicosia, «*La tradición pitagórica y la Masonería*», en «*Las raíces esotéricas de la masonería*», Atanòr, Roma, 2003, página 73.

Logia de Londres y la masonería se desarrollaron de un modo «sorprendente» en las islas británicas, a tal punto que «en 1740 las logias ya eran más de 180». ³⁷

Este notable desarrollo fue posible también gracias a los vínculos y a las correspondencias que Desaguliers consiguió establecer entre masonería, nobleza y miembros dirigentes del gobierno, de los cuales obtuvo favores que supo devolver rápidamente. Como cuando, por ejemplo, en 1737, como señal de gratitud confirió los dos primeros grados masónicos a Federico, príncipe de Gales.

Ya con estas breves noticias, se ven cuánto eran estrechos los vínculos y conexiones que se crearon entre la naciente masonería inglesa y la apenas constituida *Royal Society*.

De hecho, no sólo ha sido ampliamente reconocido que las primeras logias inglesas estuvieron muy cercanas a los ambientes de dicha Sociedad, sino también que «el nacimiento de una tradición masónica, entre finales del siglo XVII y comienzos del XVIII, estuvo vinculada a la difusión de la 'nueva ciencia', es decir, de la ideología newtoniana y a la creación de la nueva imagen de la naturaleza dependiente de los descubrimientos científicos de Isaac Newton» ³⁸. También se sabe que la *Royal Society*, fundada en 1660 bajo los auspicios de Carlos II Stuardo, provenía del «Colegio Invisible», instituido en Londres en 1645 por Boyle y Locke, que a su vez descendía de la secretísima secta de los Rosacruces, establecida en Londres desde 1610.

Subrayamos al respecto que el lugar en que «más se practicaban los estudios sobre la religión de los druidas, sobre el hebraísmo, sobre el celtismo y sobre los cultos solares era el de la *Royal Society* de Londres, que como hemos visto era contiguo al espacio masónico». ³⁹

Así mismo es interesante notar aún que «los que instituyeron la *Royal Society* fueron los masones... y de hecho los primeros pertenecientes a la *Royal Society* eran todos masones»⁴⁰. Muchos de ellos, siguiendo las utopías ideológicas de Francis Bacon, se prodigaban en divulgar y exaltar los resultados de la investigación científica newtoniana, porque resultaba muy útil al «iluminismo radical inglés que más contribuyó a transferir los resultados de los experimentos científicos de Newton dentro del nuevo orden político»⁴¹ y de la naciente masonería.

Esta capilar y tenaz transfusión de conclusiones científicas al interior de los cuadros socio-culturales del siglo XVIII se llevaba a cabo a pesar de la presión contraria ejercida por la Contrarreforma, por el calvinismo y, en el terreno filosófico, por el cartesianismo, que en aquel tiempo todavía imperaba en el resto de Europa. El newtonianismo, con su famosa afirmación «*hypotheses non fingo*», que fue el lema de todo el iluminismo, constituyó así la prestigiosa legitimación de la estrategia cultural masónica, que se fue determinando y consolidando cada vez más, a lo largo del del setecientos inglés.

Ya hemos aludido a la convicción de Newton respecto a la cosmología geocéntrica, que para él no sólo era errónea, sino incluso blasfema, por ser contraria a la heliocéntrica, revelada (según él) directamente por Dios a Noé y a sus descendientes. Siguiendo este pseudo misticismo decididamente antitrinitario, el mismo científico creía haber descubierto «la primera verdadera religión en el culto de las vestales, en el que se adoraba al Dios de la Naturaleza en un templo construido a imagen del sistema solar». ⁴²

El arcaico templo circular de Vesta, edificado en torno a un fuego central, perennemente encendido, rodeado por siete lámparas, representaba simbólicamente el sol y los siete planetas que giran en torno a él. Y aquel que a distancia de miles de años había sido capaz de descubrir y traducir en términos analíticos la ley oculta que rige este sistema sagrado era precisamente el «sacerdote de la naturaleza» Newton, nuevo Pitágoras, redivivo Hermes.

³⁷ - A. Trampus, «citado», página 26.

³⁸ - «Ibidem», página 77.

³⁹ - «Ibidem», página 25.

⁴⁰ - C. Knight y R. Lomas, «*La llave de Hiram*», Mondadori, Milán, 1997, páginas 371 e 372.

⁴¹ - A. Trampus, «citado», página 126.

⁴² - W. Rankin, «citado», página 116.

Por lo demás, la archiconocida ley de la gravitación universal, que atribuye la fuerza mayor a la masa mayor, sin aclarar sin embargo qué se debe entender por **fuerza que actúa a distancia**, sin contacto directo entre los cuerpos, dejó perplejos a muchos de sus contemporáneos, que entrevieron en la idea básica de **Newton** un reclamo «a las simpatías y antipatías secretas que se encuentran en la literatura ocultista renacentista». ⁴³

Pero por lo que se refiere a la ley de la gravitación newtoniana ha sido notado incluso que «como si fuera el castigo de un pecado original, esta ley podría significar el antro de un círculo dantesco en el que 'cada uno codicia la morada ajena'. De hecho, sin excepciones, los cuerpos lejanos se ven empujados uno contra otro para destruirse en un choque frontal, o bien se ven forzados a afrontarse como en un desafío, girando uno en torno al otro y escrutándose hasta perderse en un abrazo mortal o alejarse en busca de otras presas». ⁴⁴

Lo cierto es que la imagen que deriva de esta ley pitagórica asume tonos desalentadores, desde el momento que implica un mundo dominado por un perenne e inmotivado dinamismo, totalmente carente de todo fin trascendental y de toda relación con aquel «**Altísimo omnipotente y buen Señor**» decantado en modo estático, en el momento de su más agudo dolor, de su más crudo sufrimiento, por el seráfico Francisco. El contraste entre estas dos concepciones del mundo es sin embargo evidente.

El Dios Padre cristiano posee de hecho rasgos súmamente confortantes, que contrastan con las características formales y asépticas del arquitecto universal, el *kosmokrator* (señor del cosmos), al que alude la doctrina pitagórico-newtoniana.

Por consiguiente, el modelo cristiano del mundo, que se debe precisar y no confundir con el medieval geocéntrico, no puede reflejarse en la imagen cosmológica propuesta por la ciencia pitagórico-masónica, basada en los trabajos de sus padres fundadores, fuertemente condicionados por una doctrina inmanentística, que por principio excluye toda teleología y toda relación causal con el Creador de «todo lo visible y lo invisible».

Pero ese contraste se determina ya a partir de los principios filosóficos que están en su base. De hecho, dentro de la metafísica escolástica, el análisis del movimiento natural conduce directamente a la demostración de la existencia de Dios, por el sencillo motivo que, si todo lo que se mueve, es «movid», debe entonces existir necesariamente una Causa Primera, el así llamado Motor Inmóvil. ⁴⁵

La filosofía natural newtoniana conduce por el contrario a la conclusión opuesta, en cuanto que Dios es reducido a una hipótesis cosmológica no necesaria. De hecho, según el primer principio de la dinámica, los movimientos y el mismo universo se mantienen por sí solos. ⁴⁶

Por otra parte hay que subrayar que la ley de inercia de **Newton** no es evidente ni demostrable más que idealmente, puesto que en el concreto universo curvilíneo no pueden haber movimientos rectilíneos: «nuestro movimiento rectilíneo uniforme es así sólo respecto a

⁴³ - B. T. Doobs, en M. Eliade, «ibidem».

⁴⁴ - F. de Felice, «*Los inciertos confines del cosmos*», Mondadori, Milán, 2000, página 10 y siguientes.

⁴⁵ - La primera vía de Santo Tomás es la más evidente. De hecho examina el movimiento (*motus*), fenómeno accesible a los sentidos. Santo Tomás para explicar el movimiento no se apoya en la cosmología aristotélica. El define el principio según el cual «*Quidquid movetur ab alio movetur*, todo lo que se mueve es movido por otro», (*Summa teologica*, I, q. 2, a. 3), apelándose a la doctrina metafísica del acto y la potencia. De ese principio resulta que lo que es movido es en potencia, y lo que mueve es en acto. Puesto que ninguna cosa puede estar a la vez en acto y en potencia, para llegar a una explicación final del movimiento hace falta remontarse hasta un Acto Puro, o sea a un principio del movimiento que sea por sí mismo inmóvil. El ente que posee tal perfección merece el nombre de Dios. Confronta B. Mondin, «*El problema de Dios*», Edizioni Studio Domenicano, Boloña, 1999, páginas 129-132.

⁴⁶ - «Laplace, basándose exclusivamente en las tres leyes de la dinámica y en la ley de la gravitación universal de Newton, en su '*Traité de mécanique céleste*', explica los movimientos de los planetas y sus perturbaciones de forma satisfactoria, sin necesidad de recurrir a una acción preternatural de Dios. Tanto que, como se cuenta, cuando Napoleón le preguntó por qué no había mencionado a Dios en su obra, respondió: 'Sire, no tenía necesidad de esa hipótesis', E. López-Doriga, «*El universo de Newton y de Einstein*», Edizioni Paoline, Cinisello Balsamo, 1991, páginas 103-104.

*un sistema de referencia (la Tierra) que está en movimiento no uniforme... No tenemos por tanto un auténtico experimento sobre el principio de inercia, sino sólo un caso de movimiento relativo a un sistema de referencia».*⁴⁷

Por otro lado, **Newton** ha propuesto una perspectiva cosmológica del todo inusitada y extraña. Interesado únicamente por las trayectorias geométricas de los cuerpos celestes, el científico inglés logró oscurecer todo el cuadro armónico elaborado por la filosofía cristiana que hace el universo, por sí mismo incomprensible, un cosmos ordenado a Dios y al hombre.

Para comprenderlo mejor: ¿qué diríamos de un espectador que asistiendo a un partido de fútbol se interesara sólo de las trayectorias geométricas trazadas por el balón, ignorando todo lo demás: los jugadores, el juego de equipo, los marcajes, incluso el sentido mismo del juego? ¿Hasta qué punto tendrían valor los intentos de este singular espectador de deducir las reglas y la finalidad de este deporte, considerando únicamente las líneas interrumpidas trazadas por el balón? Incluso quien nunca se ha interesado por este deporte, sonreiría ante esa pretensión.

Y sin embargo, aparte lo paradójico, **Newton** parece haberse comportado exactamente así.

Y muchos de sus epígonos, fiándose del rigor geométrico de sus obras, de la autoridad y del carisma que emanan de tal personaje, circundado ya por las aureolas del mito, siguen comportándose de un modo otro tanto singular.

Todavía éstos descuidan la finalidad propia de todo movimiento, el punto de vista general del cambio, o sea, el paso de la potencia al acto, el realizarse del fin último de los entes en tránsito en el tiempo. Finalidad que corresponde a elevación, a levantamiento de la dimensión física a la luz de la trascendente. Ascensión realizada, demostrada y prometida a sus fieles por Cristo, vencedor del mundo y de sus leyes, incluso naturales.

Precisamente en la estructura cosmológica newtoniana, dominada por el rigor exasperante impuesto por la fuerza de la gravitación pitagórica, dirigida siempre hacia lo bajo, no podía no encontrar un adecuado campo de acción su raíz espiritual, tan querida por aquellos arcontes primordiales, reguladores de los astros y de los planetas, totalmente extraños al cosmos teológico y teleológico, al verdadero templo universal, «*Hortus conclusus*», centrado en la gloria de un Dios que es ante todo Padre, antes que Señor del mundo.

Se presenta por tanto como una directa consecuencia de los éxitos de la filosofía de **Newton**, la ola positivística que poco después se habría levantado también sobre la base de las obras de **Saint-Simon**, realizando así el esperado parto de aquel “mundo nuevo”, egipcio, emancipado de los vínculos de la tradición cristiana, profetizado por **Bruno**, **Campanella**, etcétera. Sin excluir en este proceso de levantamiento y de emancipación colectiva, el ascendente decisivo ejercido por la filosofía democrática de **Locke**, expresada en el «*Tratado sobre el gobierno*», de la cual se inspiraron y partieron las revoluciones sociales americana, en 1776, y francesa, en 1789.

Todo ese fermento «alquimista» de matriz newtoniana rompió, por decirlo al modo de Hegel, la rigidez de las categorías sociales que enfrentaban de un modo dualístico clase contra clase, pueblo contra pueblo, poniendo en movimiento «el fluir de la Naturaleza» y la historia misma de las Naciones, según líneas conformes con la naciente masonería especulativa.

¿Cómo no subrayar entonces que la revolución de la cual partió el proceso de subversión de las categorías sociales y religiosas del setecientos fue ante todo la newtoniana, desarrollada en el interior de la ambigua *Royal Society*, que proponía cuadros reguladores del mundo en plena sintonía con los masónicos? De hecho, «no es casual que las principales academias científicas en el continente fueron emanación de las logias masónicas y nacieron de todas formas por impulso de ellas... Así fue de la proyectada academia de las ciencias en Nápoles y de la Real Academia de las Ciencias de Turín».⁴⁸

Por tanto, sólo cuando la revolución pitagórica newtoniana se consolidó, sobre la base de la potente propaganda realizada a partir de las logias inglesas, tomaron pie y se concretizaron de

⁴⁷ - «Ibidem», página 102.

⁴⁸ - S. Shapin, «citado», página XIV.

modo consiguiente las revoluciones americana, francesa y rusa, que de hecho se pueden considerar «hijas de la primera».

Así que, con razón, Bernard Fay afirmó que «fue Newton el que hizo posible la cruzada masónica del Setecientos»⁴⁹. Y el que legitimó, junto con la concepción hermético-pitagórica del mundo natural, ese falso e ilusorio misticismo que constituye su erróneo fundamento.

37

NEWTON SIN VELOS

Giancarlo Infante - 2 de Noviembre de 2008 (EFFEDIEFFE – diario on-line)

Un tema central de la cultura esotérica es el relativo a la así llamada '*sapientia veteres*', sabiduría perdida, a la cual los círculos iniciáticos tratan de remontarse de todas las maneras, incluso para justificar la validez de su propia existencia y de las enseñanzas transmitidas.

Escribe a este propósito Hutin que cada grupo esotérico busca con determinación «*probar su propia fabulosa antigüedad gracias a la idea de una sucesión regular e ininterrumpida de adeptos, que forman una especie de 'cadena'*»⁵⁰.

La tendencia a buscar en la *sapientia veteres* (la sabiduría de los antiguos) la justa clave de lectura para comprender la realidad, a menudo precede el método inductivo delineado por los rígidos protocolos de la ciencia moderna.

De hecho, muchos de sus padres fundadores se inspiraron para sus teorías científicas, antes aún que en los tanto declamados métodos experimentales, en el enorme depósito metafísico de las antiguas doctrinas, en gran parte formado por mitos y dogmas arcaicos, escondidos en oscuros simbolismos, que sólo la verdadera luz cristiana había conseguido derrotar en el arco del fundamental milenio medieval.

Sólo para referirnos a los grandes nombres de la cultura científica, cuyas obras han dirigido, pitagóricamente, la evolución de la ciencia hasta nuestros días, recordemos que «*Copérnico empieza apoyándose en Aristarco; Galileo declara partir de Arquímedes y lo llama maestro; Newton al comienzo del prefacio de los 'Principia' hace la famosa y lapidaria afirmación: 'los antiguos, como dice Pappo, en las investigaciones de la naturaleza tuvieron muy en cuenta la mecánica'. Entre las cualidades ocultas y las formas sustanciales de los escolásticos, y la ciencia moderna de Galileo y Newton, están solemnes los libros de Arquímedes y de Pappo*»⁵¹.

Newton en particular cultivó apasionadamente el tema de la *sapientia veterum*, plenamente convencido de que Dios hubiera revelado a hombres elegidos, como Noé, Moisés y Daniel, un conjunto de verdades **secretas**, no sólo acerca de la ética del hombre, sino también los misterios más impenetrables de la naturaleza.

Pronto se convenció de que el universo contuviera «*como un secreto que se podía revelar dedicándose sólo con el pensamiento a descubrir ciertas pruebas, ciertas místicas claves que Dios había diseminado en el mundo, para permitir una especie de búsqueda filosófica del tesoro*»⁵².

Efectivamente, a los veinte años **Newton** dirigió secretamente su búsqueda a todo campo, a lo largo de una vía incómoda y ambigua, tras los indicios de un arcano conocimiento, según él criptado «*en ciertos documentos y tradiciones transmitidas por los iniciados a través de una ininterrumpida cadena que se remontaba a una misteriosa revelación dada en Babilonia*»⁵³.

Así que durante unos veinticinco años, hasta la publicación de los «*Principia*», un momento delicado, que marcó también el comienzo de su decadencia intelectual, desarrolló de forma

⁴⁹ - Bernard Fay, «*La masonería inglesa y la revolución intelectual del Setecientos*», Edizioni di Ar, Padua, 1999, página 249.

⁵⁰ - S. Hutin, «*Las sociedades secretas*», Garzanti, 1955, página 10.

⁵¹ - E. Garin, «*La cultura del Renacimiento*», Garzanti, página 42.

⁵² - J. M. Keynes, «*Isaac Newton, el hombre*», en «*la Astronomía*», Milán, abril de 1987, 65, página 8.

⁵³ - «*Ibidem*», páginas 7 e 9.

paralela y complementaria, tanto los estudios de matemáticas y astronomía, como los relativos a los discutibles temas de la alquimia experimental, entre los cuales, la transmutación de los elementos, la piedra filosofal, el elixir de larga vida, etc.

Testimonian la ambigua investigación newtoniana, llevada adelante por los opuestos caminos de la razón y de la superstición, una pública y la otra secreta, algunos manuscritos inéditos examinados muy atentamente por el economista John Maynard Keynes, durante la mitad del siglo pasado.

Tras esta atenta lectura, la clásica imagen que la retórica científica ha atribuido a **Newton** resultó inevitablemente comprometida.

De hecho resultó con plena evidencia de esas páginas, un personaje totalmente diferente del que unánimemente es celebrado según los cánones de la genialidad: *«Porque, para decirlo con palabras crudas -escribe Keynes-, **Newton** estaba profundamente afectado por una neurosis de un tipo bastante común, pero -por lo que sabemos- diría también que en grado extremo. Sus más profundos instintos eran ocultos, esotéricos, con una neta tendencia a extrañarse del mundo, con un temor paralizante a exponer sus pensamientos y sus convicciones, y sus descubrimientos al examen y a la crítica de otros».*

Keynes definió así varias veces y sin tantas vueltas de palabras a **Newton** como una persona neurótica, que ocultaba bajo las apariencias de científico las de un verdadero y propio «mago» renacentista que, textualmente, empleaba *«un riguroso método en su locura»*⁵⁴.

Juzgar a **Newton** como un «mago», tendencialmente psicopático, no es cosa ligera.

Enorme es el influjo que tal personaje ha ejercido y ejerce en nuestras mentes. De hecho nadie hoy día puede decir que no es newtoniano, puesto que, ya desde los estudios secundarios, se enseñan sus leyes del movimiento, su concepción dinámica del universo.

No es sin motivo que, en una reciente encuesta, **Newton** resulta el segundo personaje más importante de la historia, después de Mahoma, e incluso antes que Jesucristo⁵⁵.

Las rendijas mostradas por Keynes, acerca de los aspectos oscuros de la personalidad del famoso científico, si se consideran oportunamente, llevan a conclusiones realmente sorprendentes, a las que conviene aludir, aun corriendo el riesgo de ser mal entendidos y juzgados.

Empecemos entonces diciendo que **Newton** es a menudo citado como ejemplo de científico creyente, que supo conciliar bien la delicada relación entre ciencia y fe, creyendo no sólo en la razón científica, sino también en Dios.

Hace falta sin embargo aclarar a cual Dios el científico atribuyó su culto.

Seguro que no al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo.

Al respecto: *«a menudo se han subrayado algunos aspectos 'heréticos' del pensamiento de **Newton**: su proclamado arrianismo, en el sentido original del término, que implica una profesión de fe antitrinitaria; la identificación del Anticristo con el Papa y de la Bestia con la Iglesia Católica, responsable de la gran apostasía»*⁵⁶.

Efectivamente, **Newton** testimonió de un modo claro y decidido su fe antitrinitaria.

También en ocasiones públicas. Por ejemplo aquella de su nombramiento como «*Lucasian Professor*» de matemáticas, en el *Trinity College* de Cambridge, obtenida en 1669, con la excepcional dispensa del rey Carlos II, que lo exentaba de hacer los votos religiosos.

Por tanto, él, aunque indagó a fondo las Escrituras bíblicas, no quiso reconocer una verdad completamente clara para nosotros los cristianos. O sea, que Jesús *«recibió honor y gloria de Dios Padre cuando de la majestuosa Gloria le fue dirigida esta voz: 'Este es mi Hijo predilecto, en el que me complazco»* (2ª Pedro 1,17).

No sin motivo, Keynes, después de haber examinado las páginas secretas, de escaso valor científico, pero muy significativas para comprender al famoso personaje, definió a **Newton**, aún más que un seguidor de Arrio, *«un monoteísta judaico de la escuela de Maimónides»*⁵⁷.

⁵⁴ - «Ibidem».

⁵⁵ - M. Hart, *«Los hombres que han cambiado el mundo»*, Newton Compton, Roma, 1997.

⁵⁶ - M. Mamiani, en Isaac Newton, *«Tratado sobre el Apocalipsis»*, Bollati Boringhieri, 1994.

⁵⁷ - J. M. Keynes, «citato», página 9.

Por otra parte, si **Newton** hubiera reconocido la divinidad de Cristo, no habría podido aceptar la equivalencia luterana de la Iglesia romana con la bestia apocalíptica, y del Papado con el anticristo. Compartida por ejemplo con estas palabras suyas: «*El 381 fue, por tanto, sin que quepa duda, el año en el que esta extraña religión [católica], que hasta aquel momento había reinado sólo en Occidente, se difundió por primera vez en todo el mundo. Así la tierra y los que moraban en ella empezaron a adorar la Bestia y su imagen, o sea, la Iglesia del Imperio de Occidente y el citado Concilio de Constantinopla como su representante*»⁵⁸.

Newton por tanto avaló explícitamente la infundada equivalencia protestante entre el anticristo y el Papado. Absurdo paralelismo, que surgió de un coloquio privado, a fines de 1190, en Messina, entre Joaquín da Fiore y Ricardo Corazón de León. Cuando el famoso y discutido abad calabrés afirmó que el anticristo ya había nacido y que actuaba en el Imperio Romano, el rey inglés, que odiaba profundamente a Clemente III, hizo suya inmediatamente tal afirmación, para declarar a ese mismo Papa el anticristo⁵⁹.

Es así mismo inusitado este juego de las partes, en el que quienes no reconocen la divinidad de Cristo sean los que osen definir «anticristo» al Papa y comparen la Iglesia Apostólica Romana con la «Bestia» apocalíptica, y luego finjan no saber que el Autor sagrado citado por ellos nos dejó al respecto una infalible ecuación para reconocer al verdadero anticristo: «*El anticristo es aquel que niega al Padre y al Hijo... Todo espíritu que no reconoce a Jesús, no es de Dios. Ese es el espíritu del anticristo*» (1ª Juan 2, 22; 4, 3).

El mismo **Newton** se descubre por tanto como un secuaz del anticristo, desde el momento que no sólo se declaró antitrinitario, sino que se empeñó en tergiversar el mensaje cristiano mediante una intensa y equívoca actividad exegética, a la que se dedicó mucho más que a las investigaciones y a las disputas científicas.

El interpretó las Sagradas Escrituras con la sola fuerza de la razón natural, sin inteligencia espiritual, que es fruto de la Gracia, como un libro ambiguo y sibilino, que hubiera que descifrar «técnicamente», mediante la ayuda de un auténtico método hermenéutico, hecho de reglas y principios, del estilo de los más afortunados «*Principia*». Violando así por principio y de forma sistemática no sólo la recomendación apostólica: «*Sabed ante todo esto: ninguna Escritura profética está sujeta a privada explicación, ya que nunca fue dada por voluntad humana una profecía, sino que movidos por el Espíritu Santo los profetas hablaron de parte de Dios*» (2ª Pedro 1, 20-21), sino también la clara advertencia apocalíptica: «*Declaro a quien escucha las palabras proféticas de este libro: a quien añada alguna cosa, Dios le añadirá encima los castigos descritos en este libro; y a quien quite alguna palabra de este libro profético, Dios lo privará del Arbol de la Vida y de la Ciudad santa descrita en este libro*» (Apoc., 22, 18-19).

Por otra parte, **Newton**, que «*asocia explícitamente la idolatría, la Iglesia Católica y la adoración a los falsos reyes con una filosofía natural geocéntrica*»⁶⁰, no podía no rechazar la interpretación canónica de la Sagrada Escritura dada por los Padres de la Iglesia, para ejercitarse en una personalísima y errónea obra de interpretación de las profecías de Daniel y del Apocalipsis. Fijando, entre otras cosas, el fin del mundo en el *Annus Domini* 2060.⁶¹

Algún año después, la previsión de otra fuente pagana, el calendario Maya, que indica en la medianoche del 21 de diciembre de 2012, día del solsticio de invierno, la catástrofe universal.⁶²

Aparte las previsiones apocalípticas, la mentalidad fuertemente iniciática de **Newton**, formada con el intenso estudio de las obras de los magos-sacerdotes egipcios y mistagogos

⁵⁸ - A. Massarenti, «*Newton*», "Il Sole 24 ore", 2006, página 94.

⁵⁹ - G. M. Barbuti, «*El príncipe y el Anticristo*»; Guida editori, Nápoles, 1994, página 67 y siguientes.

⁶⁰ - N. Guicciardini, «*Newton: un filosofo della natura e il sistema del mondo*», Los grandes de la ciencia, Le Scienze, Milán, año I, número 2, abril de 1998, página 41.

⁶¹ - La carta de Newton que contiene tal conclusión, de 1704, Yahuda MS 7, ha sido recientemente expuesta en una muestra en la *Jerusalem's Hebrew University*, titulada significativamente «*Newton's Secrets*».

⁶² - Autores varios, «*El misterio del 2012 - Cataclismos y trastornos naturales, ¿o el alba de una nueva humanidad?*», Edizioni il Punto d'Incontro, Vicenza, 2008.

helénicos, emerge no sólo de sus manuscritos inéditos, examinados por pocos privilegiados, sino también de algunos comentarios, los así llamados «*Scolios clásicos*», contenidos en los «*Principia*», después epurados, precisamente porque están llenos de notas y remisiones, que demuestran una verdadera y profunda afición y afiliación ideológica del científico inglés al hermetismo y al orfismo propios del siglo XVI.

Newton fue tan influenciado y obsesionado por la cultura mágica e iniciática, redescubierta y hecha circular secretamente en el Renacimiento, sobre todo por los rosacruces, empeñados en difundir el pensamiento hermético y alquimista en el ámbito cultural, que llegó a sentirse él mismo investido directamente por el destino para una gran misión.

«**Newton** se percibía a sí mismo como el nuevo Salomón y creía que Dios le hubiera dado la misión de descubrir los secretos de la naturaleza, independientemente de que fueran secretos científicos, alquimistas o teológicos. Tales esfuerzos eran la razón de su vida, su misión, y él no habría tenido paz hasta que no hubiese realizado su sueño»⁶³.

Razón por la cual, «si **Newton** puede ser considerado como un maestro del método experimental, no hay duda de que su maestría se formó también entre los alambiques y los hornillos para obtener la piedra filosofal»⁶⁴.

De hecho, como hemos dicho, desde joven cultivó ostinadamente la convicción de que «la literatura alquimista escondiera verdades importantes, expresadas en forma simbólica»⁶⁵.

Viendolo bien, varios son los escritos científicos que hacen referencias más o menos explícitas a la cultura hermético-alquimista, apasionadamente seguida por el científico inglés.

En el tratado de «*Optica*», entre otras cosas él escribe que «la transformación de los cuerpos en luz –y viceversa– es conforme a las leyes de la Naturaleza, que se muestra bien contenta de tal transformación».

En esta afirmación es posible percibir el concepto de eternidad de la materia y del mundo, expresado explícitamente en la ley de Lavoisier: «**en naturaleza, nada se crea y nada se destruye**», que en sustancia confirma la ley espiritualista de la inmortalidad del alma: «**Todo es eterno. Espíritu y Materia son dos modos de ser de una única energía cósmica inmortal**».

Por otra parte, si consideramos la luz como sinónimo de energía, entonces la afirmación de **Newton**, respecto a la transformación de un cuerpo, *masa*, en luz, *energía*, no es más que una anticipación de la famosa relación de equivalencia de **Einstein**. La cual, a su vez, no puede más que reflejar y expresar en términos cuantitativos el principio intrínseco de la transmutación alquimista: la sublimación de la materia en su potencia etérea y luminosa.

Sin embargo, en el comentario a la primera y fundamental definición de «*Cantidad de materia*» es posible notar una curiosa indicación, acerca de un misterioso ente propio de todos los cuerpos materiales: «**Del medio que libremente penetra a través de los intervalos de las partes, suponiendo que exista, no tengo ninguna norma**». A ese mismo «*medio*» enigmático, que haría plausible la igualmente oscura fuerza de la gravitación universal, **Newton** alude en el famoso *Scolio* conclusivo de los «*Principia*».

Y es bastante singular que precisamente en ese pasaje, que contiene la célebre afirmación «*non hago hipótesis*», esté expresada también la siguiente y sorprendente hipótesis metafísica: «**Podría todavía añadir algo respecto a un sutilísimo espíritu que llena los cuerpos densos y en ellos se esconde, per cuya fuerza y acción las partículas de los cuerpos se atraen recíprocamente entre ellas a distancias mínimas y adhieren, una vez que son contiguas... Pero tales cuestiones no pueden ser expuestas brevemente y no disponemos de experimentos suficientes para establecer y demostrar exactamente las leyes de las acciones de ese espíritu**»⁶⁶

⁶³ - M. White, «*Newton, el último mago*», Rizzoli, Milán, 2001, página 226.

⁶⁴ - M. Mamiani, «*Introducción a Newton*», Laterza, Roma-Bari, 1990, página 97.

⁶⁵ - C. Webster, «*Magia y ciencia de Paracelso a Newton*», Il Mulino, Boloña, 1984, página 23.

⁶⁶ - I. Newton, «*El sistema del mundo y los escolios clásicos*», Edizioni Theoria, 1983, página 161.

Newton alude a este *medio* espiritual, para justificar el fenómeno de la atracción universal. Así se pasa del ámbito inductivo y cuantitativo, para meterse en el metafísico de las cualidades. Y en este caso, de las cualidades ocultas, que no se pueden «establecer y demostrar exactamente».

Por lo demás, la naturaleza de este ambiguo **espíritu**, tan querido para los magos y panteístas de todo tipo y de todo tiempo, es confirmada por el mismo Autor en un *escolio* clásico: «Los antiguos que mejor interpretaban la filosofía mística enseñaban que un cierto espíritu infinito llena todos los espacios y contiene y vivifica el mundo entero; y ese espíritu fue generado por la suprema divinidad, según el poeta citado por el apóstol: en él vivimos, nos movemos y somos... Los filósofos enseñaban que la materia se mueve en este espíritu infinito y es agitada por este espíritu de un modo no inconstante sino armónico, es decir, según las precisas leyes geométricas de la naturaleza»⁶⁷.

El «espíritu sutil», evocado frecuentemente por **Newton**, ni del todo *alma* ni del todo *cuerpo*, comprendido entre la naturaleza incorpórea del alma y la material del cuerpo, constituye un punto central de la literatura alquimista.

Los alquimistas consideraban de hecho este *ente etéreo* como intermediario y síntesis entre materia y puro espíritu. De naturaleza tenue y sutil, lúcido y transparente, tendría «todas las facultades de los elementos y de los cuerpos mistos y elementales: y que por eso no sería sino un verdadero y vivo espíritu de este mundo, que generaría todas las cosas y les daría vida»⁶⁸.

Los epígonos de los sacerdotes egipcios y de los antiguos magos babiloneses, es decir, los adoradores de los ídolos, manipulando los metales mediante el fuego, rarificando y disminuyendo su densidad, disolviendo y coagulando los metales, pretendían aislar y disolver ese espíritu aureo, rico de energía, que la materia específica tendría aprisionado en su interior: «Si no haces los cuerpos incorpóreos y no haces corpóreas las cosas privadas de cuerpo, el resultado esperado no llegará», afirmaba María la Hebrea (siglo III después de Cristo).

Se sabe que, entre todos los metales, la obra alquimista se concentra en el más noble y perfecto, el oro, «el cual por su mucha luz y virtud solar, siendo semejante al sol, Sol terreno ha sido llamado, de ahí que por su gran pureza y naturaleza solar, mucho de dicho espíritu en sí oculto contiene», afirma Cavazza. La «liberación» del espíritu solar contenido en el oro constituye por tanto el primer estadio de la operación mística buscada por los alquimistas. Mientras que el segundo consiste en introducir y condensar ese «espíritu» en otro elemento, de naturaleza inferior, para hacer posible la transformación del vil metal en oro, a través de repetidas licuefacciones y coagulaciones realizadas en el horno incandescente, en el «*atanor*».

Sabemos también que el alquimista, manipulando la materia, busca manipular místicamente su propia alma: «Como se hace morir el vil metal en el crisol para que pueda renacer purificado como metal perfecto e inmortal (el oro), así, en un plano diferente el alquimista busca un proceso de muerte y purificación espiritual para reconquistar la perfección del hombre edénico»⁶⁹.

En esta absurda perspectiva, derritiendo y cristalizando el metal, se hacen **derretir así mismo las rigideces mentales del hombre, para rehacerlas conforme a los dogmas relacionados con la iniciación mágica**. A los cuales sin embargo no corresponde, como se proclama, la realización del *hombre edénico*, sino la involución del hombre, imagen de Dios, en el *hombre prometeico, anticristico*, en el que actúa el espíritu aureo y solar, espíritu luciferino, vinculado al fatídico número: el seiscientos sesenta y seis.

⁶⁷ - «Ibidem», páginas 155 e 156.

⁶⁸ - De «El discurso sobre la 'laphis philosophorum' de Giovanni Tommaso Cavazza (1540-1611)», en «Alquimia», por A. De Pascalis e M. Marra, Mimesis, Milán, 2007, páginas 235 252.

⁶⁹ - A. De Pascalis, «El Pramigiano y la Alquimia», en P. A. Rossi, «Los Griegos y el fundir...», en «Alquimia», citado, página 40. «El hombre edénico», del Eden: el hombre perfecto del paraíso terrenal.

San Agustín decía que la verdad no depende de nuestra inteligencia, sino al contrario, la inteligencia depende de la verdad, que viene únicamente de Dios, que es «*la luz misma con la que el alma es iluminada para ver todo con verdadera comprensión en sí misma o en ella*».

Pero la luz a la que se refieren los hermetistas, no siendo en relación a Dios, no puede venir más que de la fuente adversaria. De hecho, ellos mismos admiten que «*Hermes es el nombre griego del latino Mercurio, el 'calidus', el Mensajero de los dioses, con alas en la cabeza y en los pies, para significar que vuela al Olimpo –para llevar la palabra de los hombres– y del Olimpo vuelve a la Tierra –para llevar a los hombres la palabra divina–. Hermes es también el Egipcio Thot, el Trismegisto, es el católico Espíritu Santo que ilumina las mentes de los 12 Apóstoles el domingo de Pentecostes; Hermes es –hermanos, no os escandaliceis– ¡es Lucifer, el Portador de Luz, el Príncipe de los Angeles!*»⁷⁰.

El espíritu hermético, luciferino, parece actuar también mediante un comportamiento de tipo alquimista respecto a la conciencia religiosa del operador.

Por una parte, de hecho, esta pseudo-luz rompe el vínculo íntimo entre Cristo y el hombre, anulando el efecto de la gracia santificante y sacramental, que se le da gratuitamente por medio de los sacramentos (es el «*solve*»).

Por otra, tiende a recomponer la cristalización mental según los dogmas de una razón natural y materialista, que ya no recibe luz de la verdad de lo real, sino de sus propias ilusiones racionalísticas (es el «*coagula*»).

Se realiza así un desdoblamiento mental y conocitivo en el operador de la práctica oculta y en cuantos aprovechan de ella, directa o indirectamente, ya que la realidad percibida por los sentidos ya no se hace corresponder a la verdad, sino a la ilusión. Por lo cual, la misma palabra ya no representa y no realiza lo que significa.

Por ejemplo, como hemos dicho otras veces, vemos que el sol se mueve, pero creemos por el contrario que esté inmóvil. De igual manera, la Tierra, que de todas formas está quieta, es considerada en movimiento de rotación y de traslación en torno al sol central.

Y por lo que se refiere a la física moderna, la luz, por una parte, en la dimensión real se propaga instantáneamente; lo admitió el mismo **Einstein**. Por otra, en el modelo científico, se le da una velocidad finita y constante.

Desdoblamientos, decíamos, creados por la ciencia moderna dentro de nuestra conciencia, en la cual el modelo y la realidad no coinciden, por la sencilla razón de que **el modelo científico no se le hace venir ante todo de la realidad, sino de la mente humana**, que iluminaría, kantianamente, el mundo.

Si luego consideramos que gran parte de los modelos teóricos utilizados por los más ilustres científicos se remontan a la tradición hermética, a la «*sapientia veteres*», entonces la ciencia inductiva pierde sus jactanciosas pretensiones de imparcialidad y objetividad, tomando tonos y consecuencias inquietantes, y hasta demasiado subestimadas, a las que corresponden absurdas coincidencias.

No por otra cosa, de hecho, ha sido notado que «*las fuerzas de **Newton** se parecen mucho a las simpatías y antipatías secretas que se ven en la literatura ocultista renacimiento*»⁷¹.

En este sentido, el universo-máquina concebido por **Newton** puede ser considerado como fruto y expresión de su visión filosófico-religiosa, decididamente herética, cuyas raíces se encuentran en la tradición mágica.

Y por esta razón, esta misma racionalísima representación del mundo va más allá de los cánones y de los significados estrictamente científicos, confluyendo en el ámbito de lo ideológico y de lo religioso.

Justamente, pues, A. Koyré habla de mutación espiritual producida tras la destrucción del cosmos sagrado y cristiano –elaborado por los escolásticos medievales, basándose en la lógica y en la verdad de lo real–, consecuencia de imponerse la filosofía newtoniana.

⁷⁰ - A. Lista, «*Philosophia Hermetica. Las bases de la Masonería Universal*», Ed. Miriamica, Bari, 1992, p. 29.

⁷¹ - T. Doobs, en Mircea Eliade, «*El mito de la alquimia*», Bollati Boringhieri, 2001, página 36.

Demolida de hecho de forma definitiva la concepción del cosmos medieval, entendido como un conjunto finito y armónico: el «*unum in diversis*», basado en una estructura espacial ordenada a una jerarquía de perfección y valor, se puso en marcha la idea de **un universo infinito**, unificado por la identidad de sus leyes internas, «*además de la sustitución de la concepción aristotélica del espacio (un conjunto diferenciado de lugares naturales) con la de la geometría de Euclides (mera extensión infinita y homogénea), desde aquel momento considerada idéntica al espacio real del mundo*»⁷².

Ya Richard Westfall afirmó la existencia de la íntima relación que hay entre magia y ciencia, o sea, el papel de matriz y guía que la magia tiene respecto al conocimiento inductivo del mundo natural, sosteniendo que «*la unión de la filosofía mecanicística con la tradición hermética es la que ha dado origen a la ciencia moderna. Pero que ésta, en su brillante ascensión, ha acabado ignorando o rechazando el legado hermético*»⁷³.

Este proceso no es utópico. Se ha puesto en marcha sobre todo en **Newton**, que se inspiró en la religiosidad naturalística, pre y anticristiana, para llegar a su concepción místico-científica del mundo natural. Después la tradujo en asépticas definiciones y leyes matemáticas, que han oscurecido sus propias, infundadas, raíces míticas.

No olvidemos que la célebre ley de la gravitación universal, más que de la fatídica manzana, recibió inspiración precisamente de ese fondo oscuro del que hablamos, y del que **Newton** se nutrió desde su juventud. Como demuestran las siguientes afirmaciones del científico: «*Los pitagóricos quisieron indicar que el sol actúa con su fuerza sobre los planetas según esa relación armónica de distancia con la cual la fuerza de la tensión actúa sobre cuerdas de distinta longitud, o sea, proporcionalmente al inverso del cuadrado de la distancia. De hecho la fuerza con la misma tensión actúa sobre la misma cuerda, sobre diversas longitudes, y es proporcional al inverso del cuadrado de la distancia de la cuerda*»⁷⁴.

De hecho: «*Pitágoras la había descubierto y después ocultado; sus secuaces se la habían transmitido en fórmulas crípticas para sustraerla a la irrisión de la gente. Las imágenes del sol como Apolo Musagete que toca la lira de siete cuerdas, o como Pan que toca su flauta de siete cañas eran, evidentemente, una alegoría del sistema heliocéntrico con los siete planetas*»⁷⁵.

Fueron necesarios casi dos mil años antes de que el secreto pitagórico, hábilmente oculto «*a la irrisión de la gente*», evidentemente con los pies mucho más en el suelo que el mítico filósofo y sus secuaces, pudiera ser revelado y divulgado, por medio del riguroso lenguaje de la ciencia, capaz de hacer plausible e indiscutible una hipótesis fuera de la realidad.

Es notorio e indiscutible que **Newton** fue muy hábil en cultivar y desarrollar el lenguaje matemático, como lo fue en lo que se refiere a operaciones alquimistas y a la cultura mágica. Pero al ser estas dos habilidades parte de la misma persona, son así mismo indisolubles.

Por tanto, es prácticamente imposible querer dividir el pensamiento y la mentalidad de este científico, exaltando una parte, la racional, e ignorando la otra, la irracional y mágica. De hecho, cada fruto expresa el alimento absorbido por las raíces de la planta.

⁷² - A. Koyré, «*Del mundo cerrado al universo infinito*», Feltrinelli, 1970, página 8.

⁷³ - R. Westfall, en Mircea Eliade, «citado», página 36.

⁷⁴ - P. Casini, «*Newton: los escolios clásicos. Presentación, texto inédito y notas*», en «Giornale critico della filosofia italiana», LX, I (1981), páginas 40-41.

⁷⁵ - P. Casini, en I. Newton, «*Il Sistema del Mondo*», citado, página 13. Además, en el Escolio relativo a la «Proposición VIII» Newton repite que «*según la conocida anécdota transmitida de Boecio a Microbio, el mismo Pitágoras había descubierto, a base de experimentos, en el taller de un herrero, las relaciones numéricas entre la longitud de las cuerdas, su tensión, los intervalos propios de cada nota y los acordes fundamentales que resultan: el unísono, la octava, la cuarta, la tercera. La escala diatónica pitagórica, que consta de cinco tonos y dos semitonos era el producto de proporciones formadas mediante los números enteros 1, 2, 3, 4, que forman la tétrada, dotada de ocultos significados mágico-teológicos*» (P. Casini, «*El mito pitagórico y la revolución astronómica*», en «Revista de Filosofía» LXXXV, I, 1994, página 22).

Por consiguiente, la obra científica de **Newton** corresponde a la así llamada punta del *iceberg*, detras de la cual y más allá se esconde, aun quedando conectado con él, todo el *humus* contradictorio, mágico, pseudomístico, a cuya experimentación tal personaje se dedicó con pasión, consiguiendo, es lícito suponerlo, resultados tan notables como los científicos.

Por otra parte, una razón tiene que haberla, si ya el poeta paisano suyo, W. Blake, definió a **Newton** como «*uno de los grandes caudillos del ateísmo, o sea, de la doctrina de satanás*».

De hecho, por medio de su abstracta geometría y la pitagórica idea de fuerza gravitacional, ejercida en mayor medida por la masa mayor, el esoterista inglés ha perpetuado la obra de desagración sistemática y racional de las mentes y del cosmos, iniciada por el movimiento rosacruciano.

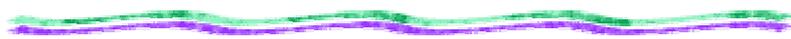
Movimiento que pocos años antes había empezado a actuar a través de canales secretos, consiguiendo abrir, a partir de las mentes más excelsas de la Europa renacentista, un abismo profundísimo, así como los preludios de aquel extravío existencial que ha llegado al culmen en la sociedad contemporánea.

En conclusión, la obra de desagración de amplio radio del cosmos y del hombre, puesta en acto por el círculo de alquimistas, con el que estaba bien relacionado **Newton**, constituye la medida de la «*longitud, anchura, altura y matemática de santidad satánica*»⁷⁶.

Por lo demás, también Lord Keynes no se disoció de esta interpretación insólita, si es verdad que juzgó a **Newton** como un «*extraño espíritu, que al mismo tiempo que alcanzaba tan altas metas, se dejaba tentar por el demonio a creer poder descubrir 'todos' los secretos de Dios y de la Naturaleza sólo con la fuerza de la razón; era Copérnico y Fausto en una sola persona*»⁷⁷

Según estos juicios, las citas presentadas, el silencio que todavía rodea sus investigaciones esotéricas, aun siendo éstas consistentes por lo menos como las científicas, el rostro oculto del famosísimo científico inglés corresponde cada vez más al de un personaje solapado, al mismo tiempo engañado y engañador.

De día, prestigioso y celebrado profesor en el *Trinity College*, dedicado a difundir el racionalismo científico mediante el aséptico formalismo matemático. De noche, «*hijo de la perdición*» (2ª Ts 2,3-4), secretamente dedicado al culto de las artes mágicas, el cual, sin temor alguno, osaba indicarse «*a sí mismo como Dios*», detrás del soberbio y excesivo seudónimo alquimista: «*Jeova Sanctus Unus*»⁷⁸



NDR: **Solange Hertz**, una de nuestras lectoras americanas, nos ofrece algunas reflexiones personales sobre la importancia de la cosmología (en particular del lugar y del espacio) en la visión religiosa del mundo.

San Juan Bautista había intentado explicar a los hebreos que él no podía ser el Mesías porque “*Aquel que viene de lo alto está por encima de todos; pero el que viene de la tierra, pertenece a la tierra y habla de la tierra. El que viene del cielo está por encima de todos*” (Jn 3,31). Una de las primeras exigencias para la vida eterna es **conocer lo alto a partir de lo bajo**. Estas dos orientaciones tan evidentes a nuestros sentidos, regulan no sólo los mandamientos, sino todo lo que existe.

En un famoso diálogo entre el saber humano y la Sabiduría divina referido por San Juan, Nuestro Señor dice a Nicodemo, miembro del Sanedrín, que había ido a interrogarlo en secreto

⁷⁶ - Citado en G. Sermoniti, «*La manzana de Adán y la manzana de Newton*», Rusconi, 1974, páginas 108 y 109.

⁷⁷ - J. M. Keynes, «citado», página 16.

⁷⁸ - M. White, «citado», Rizzoli, 2001, página 197.

⁷⁹ - Traducción del francés, traducido del inglés. Esto explica alguna frase "oscura" de la cual nos excusamos.

de noche: “Lo que nace **de la carne** es carne; y lo que nace **del espíritu** es espíritu”. Así el espíritu es tan superior a la carne que “si un hombre no nace de nuevo, no puede ver el reino de Dios”. Ese “de nuevo”, palabra griega empleada por San Juan, es un adverbio que significa también “de lo alto”. Intuyendo una cierta ironía por parte de su interlocutor, Jesús le responde: “¿Tú eres maestro en Israel e ignoras estas cosas?(...) Ningún hombre **ha subido** al cielo sino aquel que **ha bajado** del cielo, el Hijo del hombre que **está** en los cielos” (Jn 3,3 s).

Como hacía notar Pío IX en la «*Singulari quadam*», no se puede contar sobre el razonamiento humano para encontrar la verdad nosotros solos, especialmente después de que su luz ha quedado reducida por el pecado original. Dado que el orgullo oscurece particularmente las cosas evidentes, la diferencia radical entre **lo alto** y **lo bajo** equivale al ser **ocultas** las cosas del Reino a los sabios y prudentes y ser **reveladas** sólo a los pequeños. Lo dice de hecho el Señor a Nicodemo: “Si os he hablado de cosas **terrenas** y no creéis, ¿cómo creereis cuando os hable de las cosas **celestes**?” (Jn 3,10-12). Es por nosotros, que Dios nos habla de las cosas **terrenas** antes de hablarnos de las cosas **celestes**, porque la gracia se edifica sobre la naturaleza, que no puede ir más allá de sí misma.

Si bien actúan a niveles diferentes, las cosas terrenas y las celestes están íntimamente ordenadas las unas a las otras, como **el cuerpo** y **el alma**, y entre ellas hay fuertes analogías. San Pablo dice que los paganos que afirman no conocer la verdad de Dios son inexcusables, porque “lo que de Dios se puede conocer les es manifestado; Dios mismo se lo ha manifestado. De hecho, desde la creación del mundo en adelante, sus perfecciones invisibles pueden ser contempladas con la inteligencia en las obras que El ha hecho, como son su eterna potencia y divinidad” (Rom 1,19-21).

La creación es una parábola. Porque una de las funciones del universo es llevar a los hombres a su Creador; una estrella reveló el nacimiento de Cristo a los hombres sabios y los condujo a Belén para verlo en Su carne.

Dios, a quien según Santo Tomás de Aquino le gusta servirse de intermediarios, hizo el universo material como un gigantesco sacramental que condujera a El. La Escritura dice que “**el cielo** es Su trono y **la tierra** el escabel de Sus pies” (Mt 5,35). Siguiendo esta vía, Santo Tomás muestra como la existencia de Dios puede ser probada por la sola razón humana a partir de la evidencia del mundo sensible, pero que alcanzarlo realmente es otra cosa.

Para ponerse al alcance de nuestros sentidos limitados a la tierra, Dios se hizo hombre, de tal manera que, según las palabras del espléndido prefacio de la misa de Pascua, “reconociendo a Dios hecho visible, pudieramos ser arrebatados por El en el amor de lo invisible”.

Dios, que está en todas partes, **ha bajado** para mostrarnos el camino hacia **lo alto**.

Ya que la vida **sobrenatural** (**espiritual**) se apoya sobre una cosmología **natural** (**material**) que está en la base de cualquier realidad creada, una visión falseada de la creación material deforma en cierto modo la percepción de todo lo que está por encima y más allá de la misma.

En ninguna época la ciencia ha tenido un papel neutro en la salvación del hombre, pero, después de la revolución copernicana, la ciencia declaró su independencia de la Revelación y adquirió una importancia que supera toda proporción. Reduciendo la verdad científica que se encuentra en la Biblia a una metáfora, la ciencia pretende ser la única fuente de conocimiento del Universo en la que poner toda la confianza.

Si sus datos son dignos de ser aceptados, cuando están de acuerdo con la Revelación, éstos nos llevan a **lo alto**, hacia Dios; pero si sus datos son falsos y contradicen la Revelación, nos arrastran hacia **lo bajo** y nos alejan de El.

Según la Escritura, la Tierra en la que vivimos es el centro del Universo y está “firme (inmóvil) en esa posición”. Dios la creó como un *hábitat* para el hombre que, colocado entre el microcosmos y el macrocosmos de todas las cosas pequeñas y grandes, también él está compuesto de todos los elementos animales, vegetales y minerales. Por tanto la Tierra es el lugar central para la revelación de Dios en el corazón mismo de Su universo, en la Persona de Su único Hijo engendrado, mas no creado, Jesucristo. Una estrella con su luz fue el signo de su nacimiento, y el Sol, oscureciéndose, fue el signo de su muerte.

Rescatado por su Sangre divina hacia una transfiguración final, cuando *“la creación misma será liberada de la esclavitud de la corrupción para participar de la libertad de la gloria de los hijos de Dios”* (Rom 8,21), todo está destinado a ser puesto bajo Su dominio, de modo que *“en el nombre de Jesús toda rodilla se doble en el cielo, en la tierra y en el infierno”* (Fil 2,10). Por esta razón, como el Arca de Noé, también el universo de Dios tiene tres niveles: el cielo, la tierra y lo que está “bajo tierra”, mejor conocido en el lenguaje popular como **“el infierno”**.

La teología tradicional enseña que **el infierno** se encuentra en el centro de la tierra, en el corazón pesado del universo material. Los demonios que Nuestro Señor expulsó del endemoniado en el país de los Gadarenos, recibieron el permiso de afligir temporalmente a la humanidad, cuando le suplicaron que *“no les atormentara antes del tiempo”* sino que los mandara a una pira de cerdos (Mt 8,29-31), tanto temían ser mandados al infierno. Su misterioso fuego físico es insoportable sobre todo para los ángeles, y es lógico que la materia tan opresiva se encuentre en su corazón. El quedar sometidos eternamente, los que son puro espíritu, a la materia que sufrirán, cumple perfectamente la sentencia pronunciada por Dios contra la Serpiente en el paraíso terrenal, cuando decretó: *“comerás polvo todos los días de tu vida”* (Gén 3,14).

Si **el cielo es la altura de lo alto, el infierno es la profundidad de lo bajo**. Cualquier puerta del cielo, en no importa qué dirección, está siempre *“en lo alto”*. La Escritura habla de forma explícita de lo *“profundo de los infiernos”* (Is. 7,11) y de los condenados como de aquellos que bajan *“al pozo de una mina”*.

En Fátima la Madre de Dios abrió ese abismo de perdición ante la mirada aterrada de los tres niños. Según las Memorias de Sor Lucía, cuando Nuestra Señora abrió las manos, *“los rayos de luz parecieron penetrar en la tierra y vimos como un océano de fuego”*, y Lucía dijo a William Thomas Walsh: *“ví aquellos que caían en él”*.

Eso no es una metáfora. Es una verdad de fe que Nuestro Señor **“descendió a los infiernos”** (a las regiones inferiores) antes de su Resurrección, para liberar a las almas de los justos que estaban detenidas “bajo tierra”, en espera de su redención. El texto latino del Credo dice que Cristo **descendió** *«ad inferos»* (hacia las partes inferiores). Según San Pablo: *“Ahora, este «ha subido» ¿qué quiere decir sino que El también había bajado a las partes más bajas de la tierra? Aquel que ha bajado, es el mismo que ha subido por encima de todos los cielos, para llenarlo todo”* (Ef 4,9-10).

La palabra inglesa *“hell”* indica normalmente sólo el lugar reservado a los condenados, pero el Catecismo del Concilio de Trento localiza ahí también **al Purgatorio**, para cuyos ocupantes la liturgia reserva el sexto salmo penitencial, el *«De profundis»*, (el 129) que empieza precisamente con *“Desde lo profundo a Tí grito, Señor”*.

Entre las diferentes moradas que el Catecismo dice que hay, está **el infierno** propiamente dicho, *“esa prisión horrible y tenebrosa en que las almas de los condenados son atormentadas por los espíritus inmundos en un fuego eterno e inextinguible”*. Las almas de los hombres, siendo espirituales, padecerán sufrimientos semejantes a los de los ángeles caídos. No han faltado confirmaciones por parte de los místicos, que han tenido visiones de ese fuego eterno *“preparado para el diablo y sus ángeles”* (Mt 25,41).

Conocemos bien la visión de Santa Teresa de Jesús acerca del lugar reservado para ella en el infierno si hubiera sido infiel a su vocación. En nuestra época, Sor Faustina Kowalska, recientemente canonizada, apóstol de la Divina Misericordia, vio también ella a los condenados en sus tormentos y supo además que la mayor parte de ellos no había creído en la existencia del infierno cuando estaba en vida en la tierra.

Todo depende de un propio sentido de dirección, ya que **el cielo y el infierno** son diametralmente opuestos y entre ellos, como dice el padre Abrahám al rico “epulón” en la parábola, *“entre nosotros y vosotros está establecido un gran abismo: los que de aquí quieren pasar donde vosotros no pueden, ni de ahí se puede llegar hasta nosotros”*. (Lucas 16,26) ¡Ay, el destino es realmente definitivo!

¿Pero para qué insistir en lo que es evidente? ¿La terminología bíblica de lo **alto** y de lo **bajo** acaso no es puramente figurativa? Los denigradores que dicen que la visión del infierno en Fátima es cosa de niños y que por tanto no hay que considerarla literalmente, quisieran sin duda que pensáramos así también nosotros. Teólogos como Hans Küng han asegurado solemnemente a los fieles que muy pronto “*lo que la teología tradicional entiende con el nombre de «infierno» ya no será una realidad*”.

La popularidad de tales opiniones demuestra hoy que la importancia estratégica de ser capaces de **separar lo alto de lo bajo** no estaba perdida a pesar de las mentes satánicas que han puesto en marcha **la gran apostasía**.

El Padre Faber, en una serie de sermones pronunciados en 1863, año de su muerte, dijo: “*La peor y más fatal preparación a la venida del Anticristo es el debilitamiento de la creencia de los hombres en un castigo eterno. Si estas fueran las últimas palabras que puedo decir, no quisiera decir nada más con insistencia sino éstas, que, junto con el pensamiento de la Preciosísima Sangre de Cristo, ¿no hay pensamiento en toda nuestra fe más precioso o más necesario para vosotros que el de un castigo eterno!*”

Demasiado astutas para atacare de frente “**las cosas del cielo**” y esconderlas a nuestros ojos, las fuerzas luciferinas empezaron “arreglando” **las cosas terrestres**. No teniendo el poder de modificar realmente la construcción del universo, “los espíritus malignos” han logrado su intención cambiando su percepción fundamental por el hombre.

Para dirigir al hombre lejos de Dios y desviarlo por la pendiente irrefrenable hacia el reino de las tinieblas, era suficiente oscurecer o volcar algunos conceptos principales; unos cuantos juegos de manos para **separar la ciencia de la religión**.

Separar la Iglesia del estado habría llegado más tarde como una consecuencia natural...

La gran apostasía no empezó con las aberraciones de Lutero y de Calvino, o con las de Ockham. Desde el principio algunos herejes habían dado su golpe a la Biblia inspirada por Dios a los profetas y a los evangelistas, pero, para descreditarla totalmente, **era necesario reinterpretar esta otra Biblia escrita por Dios en la naturaleza**.

Los primeros apóstatas modernos fueron por tanto no los teólogos, sino los científicos. Querían llevar a los hombres a que miraran el universo de Dios con ojos nuevos, dándoles nuevas lentes.

Como ellos dicen, los números no mienten, pero los mentirosos hacen número.

Utilizando las matemáticas en vez de las lentes para trazar la órbita (véanse los experimentos de Michelson y Gale en “*¿Galileo tenía razón o se equivocó?*”) han creado una “realidad virtual” para introducir una percepción radicalmente diferente de lo **alto** y de lo **bajo**.

El sol, que según las Escrituras era uno de los dos “*luminares creados en el firmamento del cielo para separar el día de la noche...*”, fue cambiado mediante las matemáticas de su posición en el cielo. Puesto por Dios en conjunción con la luna “*para iluminar la tierra, regular el día y la noche y separar la luz y las tinieblas*” (Gén 1,14-18) el sol fue catapultado de su función subordinada de satélite que cumple servicios vitales a la tierra y puesto por el contrario en el centro del universo! (del “sistema”)

Y mientras todavía concedían (bondad de ellos) la órbita evidente de la luna en torno a la tierra, los científicos persuadieron a las personas cultas (los “ignorantes” eran más difíciles de alcanzar) de que la revolución del sol en torno a la tierra no es más que una ilusión óptica. Han osado también y pretendido haber demostrado que la tierra era efectivamente uno de los planetas que dan vueltas alrededor del sol.

En los espíritus de los hombres • porque la única cosa que importa son los fines satánicos • lo que desde el principio de los tiempos había sido un universo **geocéntrico** (con la tierra en su centro) casi de un día para otro se volvió un universo **heliocéntrico** con un sol (en su centro) portador de luz luciferina.

Podríamos decir que la democracia ha invadido los cielos como anticipo de su triunfo entre las naciones. Su absurdidad como sistema político resulta evidente aquí, cuando se entreve en

términos físicos, ya que decir que la sociedad puede ser gobernada desde lo **bajo** es como decir que el universo puede ser gobernado por los animales o por los árboles o por las piedras, que están más abajo en la escala cosmológica.

Ni el **geocentrismo** ni el **heliocentrismo** pueden ser demostrados empíricamente, ya que todo lo que podemos observar es un movimiento relativo. No teniendo los medios para ver desde afuera del universo lo que pasa realmente, *los dos sistemas resultan ser objeto de fe, ya sea divina o humana*. No obstante que el **geocentrismo** pueda ser probado teológicamente y el **heliocentrismo** no, los dos sistemas necesitan ser creídos por lo que se refiere a la prueba.

El **heliocentrismo**, tolerado al principio sólo como hipótesis interesante, fue sucesivamente aceptado y enseñado como real, sin la menor prueba científica, exactamente como hoy día la **evolución** y el **poligenismo** son enseñados sin pruebas.

El hecho de que nuestros científicos del espacio (por razones prácticas) utilicen el modelo **geocéntrico** para lanzar sus cohetes es un consuelo bien pequeño.

Nuestra tierra ya no figura como el centro de nada más que de su fiel luna. Degradada al papel de girar alrededor del sol como uno cualquiera de los planetas, la tierra vuela, quién sabe adónde, a través del espacio sin límites, en un “sistema solar” como tantísimos otros. **Donde los centros están en todas partes, lo alto y lo bajo no tienen sentido.**

Solamente los personajes de los dibujos animados harían una pregunta estúpida como decir “¿Qué hay en lo alto?”, esperando seriamente una respuesta.

Motivo por el cual, en su celo por adaptar su cristianismo a su nueva visión cambiada de la realidad, trabajan para desmantelarlo.

La aportación de **Galileo** al conocimiento científico no fue sino mínimo, ya que él no inventó ni el telescopio ni otros instrumentos atribuidos a su habilidad. Las líneas principales de su teoría ya había sido descubiertas no sólo por **Copérnico**, sino también por **Kepler**, por el Padre **Clavius** y por sus jesuitas de Florencia, y todos, como quiera que fueran sus opiniones privadas, las enseñaban como nada más que una interesante hipótesis.

Si **Galileo** se hubiera contentado con seguirles, no habría incurrido en la condena de la Iglesia. Lo que alarmó a los hombres de Iglesia, como el santo Cardenal Roberto Bellarmino y el Santo Oficio, fue que él quería promover una teoría incierta a costa de la Fe.

En una carta famosa dirigida a su amigo Don Castelli, **Galileo** había declarado abiertamente que *la Escritura empleaba una iconografía adecuada a la débil inteligencia del pueblo, que nunca habría tenido que ser tomada literalmente*, implicando que el sentido real de la Biblia podía ser comprendido sólo por las personas instruidas.

A la Granduquesa Cristina de Lorena le decía además que *la Biblia tiene la intención de contener sólo las verdades necesarias para la salvación y no tiene ningún interés por los fenómenos puramente naturales*. Ya que, según él, la certeza científica puede ser alcanzada por las ciencias naturales según sus métodos propios y sin la ayuda de la Revelación, y creía que el sentido evidente de la Escritura debe ceder ante la prueba científica de lo contrario. En otras palabras, la competencia de la Biblia se extendía sólo a las cosas espirituales.

Sosteniendo que el **heliocentrismo** suponía un cuadro verdadero de la realidad, **Galileo** proyectaba en la conciencia del hombre una cosmología totalmente diferente de la que la Iglesia había siempre enseñado. Pretendiendo presentar como prueba que la historia de Josué, deteniendo el sol en medio de su órbita, era precisamente una historia imaginada para ilustrar una verdad moral, **Galileo** ponía las bases de la que era, de hecho, una nueva escuela de exégesis bíblica que habría dado paso al Modernismo en la teología.

“Maldito sea el que corre de su sitio los confines de su prójimo” (Dt 27,17), dice la Escritura. A partir del día en que el hombre fue conducido “a lo alto”, hacia el cielo, sólo como una forma de decir, cualquier letrero de señalización ha podido ser corrido para indicar cualquier dirección que se quiera.

Una vez que la Sagrada Escritura ha sido descalificada como fuente de verdad en el orden natural, el camino ha quedado abierto para descalificarla en el orden sobrenatural.

A finales del siglo XIX León XIII se vio obligado a reprobado, en la «*Providentissimus Deus*» “*aquellos que, abusando de la propia ciencia de físicos, indagan de cualquier manera los Libros sagrados, para reprochar a los autores sagrados su impericia en tales cosas, y encuentran qué criticar en la misma Sgda. Escritura. Estas acusaciones, que conciernen las cosas objeto de los sentidos, son por eso mismo más peligrosas, difundidas entre el pueblo y sobre todo entre los jóvenes estudiantes, los cuales, una vez perdido el respeto a algún punto de la divina Revelación, perderán fácilmente toda la fe a cada punto de ella. Es absolutamente reprobable y prohibido limitar la inspiración a algunas partes de la Santa Escritura, o admitir que el hagiógrafo se engañó*”.

En la misma encíclica el Papa rechaza “*el método de aquellos que resuelven estas dificultades no dudando en conceder que la inspiración divina se extienda a las cosas que se refieren a la fe y conducta, y nada más, estimando erróneamente que, tratándose del verdadero sentido de los pasajes bíblicos, no tanto haya que buscar lo que haya dicho Dios, cuanto más bien el examinar el motivo por el que lo haya dicho*”. Y establece que “*por eso es tan imposible que la divina inspiración pueda contener algún error, que por su naturaleza no sólo excluye incluso el mínimo error, sino que lo excluye y rechaza tan necesariamente, como necesariamente Dios, suma Verdad, no puede ser en el modo más absoluto autor de ningún error. Tal es la antigua y constante fe de la Iglesia*”.

Atribuir un error a la Biblia, como se atreve a hacer la ciencia moderna, es llamar mentirosa a la misma Verdad, ya que, como la Palabra de Dios, Jesucristo se había “pre-encarnado” en la Sagrada Escritura mucho tiempo antes de asumir la carne.

En el decreto “*Lamentabili*”, el sucesor de León XIII, San Pío X, condena formalmente la noción según la cual, “*la inspiración divina no se extiende a toda la Sagrada Escritura tanto que todas y cada una de sus partes sean inmunes de cualquier error*”.

La misma doctrina fue reiterada en 1920 por Benedicto XV en la “*Spiritus Paraclitus*”.

En 1943, en la “*Divino afflante Spiritu*”, Pío XII reprobó a los exégetas que persistían en restringir la verdad de la Escritura a la fe y a la moral, desacreditando sus afirmaciones históricas y científicas en cuanto no objeto de fe.

Los Decretos de la Pontificia Comisión Bíblica de 1915 y de 1934 reafirmaron solemnemente los tres principios inmutables que ningún exégeta debía cuestionar, en lo que se refiere a la la Sagrada Escritura, si quiere seguir siendo católico:

- 1) inspiración divina,
- 2) inerrancia absoluta, y
- 3) sólo la Iglesia es su guardiana e intérprete.

Toda interpretación “simbólica” o “científica” dada por expertos que violan estos criterios es falsa. Con el lenguaje corriente, la Biblia tiene por autor al mismo Dios; ella está totalmente libre de todo error, y dice lo que la Iglesia dice que ella dice...

En nuestra época post-conciliar, cuando hasta la Resurrección es puesta en discusión como hecho histórico, estos puntos deben estar bien presentes en nuestro espíritu.

S. Agustín ponía en guardia contra el hacer “*afirmaciones temerarias, o el afirmar que lo que no es conocido se conoce*”. Todo lo que es contrario a la Fe Católica, “*debemos probar lo mejor que podamos que es completamente falso, o bien... sin la mínima vacilación, creer que es verdad (lo que la Fe profesa)*”. El Cardenal Bellarmino no le pedía más que eso a **Galileo**, y **el heliocentrismo** sigue todavía hoy sin pruebas.

Un crédulo podría tal vez pensar que una fuerte prueba del **heliocentrismo** en todo caso haya sido dada por **Isaac Newton**, pero no es así. Este ocultista, cuya pretendida “ley” de la gravitación ahora es seriamente puesta en discusión, dedicó su vida no a la investigación objetiva sino al alquimia, dejando tras él unas 4000 páginas de estudios que sólo recientemente han salido a la luz.

Las teorías se suceden tan rápidamente que no se tiene tiempo de comprobarlas.

Ya en 1887 el biólogo católico Antoine Béchamp (rival de Pasteur y probablemente el verdadero descubridor del ADN) se lamentaba de ello: *“Estamos haciendo siempre hipótesis, y, de hipótesis en hipótesis, terminamos concluyendo sin pruebas”*. Saltando de una hipótesis de trabajo a la siguiente, la ciencia de nuestro tiempo no se ocupa de la verdad objetiva como tal. Si lo relativo nos parece cómodo, ¿quién necesita de lo absoluto? Todo lo que funciona en el tiempo presente es verdadero para el tiempo presente, ¿y qué otro tiempo tenemos?

Una vez que *lo alto y lo bajo* han sido reducidos a una forma de decir, todo lo demás es relativo.

En el siglo XX esta gigantesca herejía se ha formulado en el dogma de la teoría de la Relatividad de **Albert Einstein**, uno de los grandes herejes del orden natural, en la línea de **Galileo, Newton y Darwin**. No hace falta decir que hay enormes repercusiones también en el orden moral, porque los mecanismos de la “ciencia de la situación” estaban, a fin de cuentas, al servicio de la “ética de la situación”.

La misma verdad se ha vuelto relativa. Una casi-realidad subjetiva en un perpetuo y creciente cambio, ha sustituido las antiguas certezas de la vida diaria aceptadas como normales por el sentir común. Los hombres acostumbrados a levantar los ojos hacia Dios y a rezar: *“Hágase tu Voluntad así en la tierra como en el cielo”*, ya no sabían o ya no se preocupaban más de saber dónde ese cielo en realidad estuviera o qué cosa sea, porque cada cosa perdía su puesto en esta nueva fenomenología.

En la práctica cristiana, la armonía entre la Iglesia y el estado depende de que cada uno se mantiene en su propio puesto, en una jerarquía que refleja la de los cielos, pero ahora la verdadera noción de “puesto” en el antiguo sentido de la palabra ha desaparecido. Si lo que la Biblia enseñaba a propósito del universo no puede ser tomado en sentido literal, no hay ya más ninguna razón para creer que toda organización contenida en ella esté establecida según un orden divino. En el plano político, eso significa que en la sociedad humana cualquiera puede ocupare cualquier puesto. Con la simple artimaña de persuadir a los cristianos de que cualquiera puede estar en cualquier sitio, el gobierno cristiano bajo la autoridad de Dios se derrite y después desaparece.

Cuando la Revolución derribó el orden político, acabó por derribar también el orden moral en que se fundaba. En el cuadro democrático, el orgullo y la ambición se han vuelto virtudes exaltadas que todos deben cultivar, mientras que son vicios luciferinos que fatalmente dan la muerte a toda organización de cualquier tipo que sea. El conjunto de los elementos de la Revolución lleva consigo su propia desintegración como una enfermedad transmitida genéticamente. Parafraseando lo que dijo Lincoln en Gettysburg, ninguna “nación así concebida o así consagrada puede durar mucho”.

En el orden establecido por Dios, no sólo los cuerpos celestes, sino cada uno de nosotros tiene un puesto divinamente establecido, no sólo un puesto, sino *su puesto*, del cual debe tener su específica relación con Dios y con todas las criaturas. Ese puesto forma parte integral de la propia vocación.

Nuestro Señor, antes de su Pasión, dijo a sus Apóstoles: *“En la casa de mi Padre hay muchas moradas, voy a prepararos un puesto... para que estéis también vosotros donde Yo estoy”* (Jn 14, 2-3). No es cuestión de tener un puesto elevado o un puesto inferior, sino de tener *el propio puesto*. Judas decayó de su puesto de apóstol *“para irse al puesto que él escogió”* (Hechos 1,25), el único que le pertenecía. La predestinación es un misterio (Dios nos predestina a la Gloria, pero cada uno se predestina a donde quiere), pero es un dogma católico.

Jesús nos ha enseñado a orar *“Padre nuestro que estás en los cielos”*, porque también Dios tiene un Puesto. Es la sede propia de Dios, en que cada una de las tres Divinas Personas, por decirlo con palabras pobres, se define según el orden de la posición que ocupa respecto a las otras dos.

Nosotros hemos sido hechos a Su imagen y semejanza, y, con las debidas proporciones, el padre, la madre y el hijo en la familia humana, cada uno tiene su puesto que lo define

particularmente, ante todo en el orden de la jerarquía doméstica, después en la comunidad, y por último en la nación. “*No dejes tu puesto!*”, dice el autor sagrado (Qoelet, 10,4). La identidad misma depende del estar “en el propio puesto”, porque somos conocidos por los demás ante todo por el puesto que ocupamos.

Aunque el puesto es siempre conforme a la autoridad que ejerce, no siempre coincide con el poder intrínseco y con la dignidad de la persona que lo ocupa. En la Sagrada Familia el orden de poder y de dignidad es exactamente al revés; de hecho San José, el menos elevado de sus miembros, es la autoridad respecto al Hijo de Dios y a Su Madre. Nuestro Señor fue el primero que puso en práctica su propio mandato: “*El más grande entre vosotros debe ser como el más pequeño, y el que manda ha de ser como uno que sirve... Yo estoy entre vosotros como el que sirve!*” (Lucas 22, 26-27).

No hay remedio para la sociedad perturbada sin que haya un completo y humilde regreso de cada uno al propio puesto. A su hijo espiritual, elegido de pronto como Papa con el nombre de Eugenio III, San Bernardo escribía, a propósito de la reforma de la Iglesia, “*tu consideración debe empezar por tí y terminar contigo; después fíjate en lo que está por encima de tí; luego lo que está a tu alrededor; por último, lo que está por debajo de tí*”. El santo le decía que si quería ver, como nuevo Papa, un cambio hacia lo mejor, habría tenido que velar por que cada uno estuviera en su puesto y cumpliera su deber de estado.

La profunda sabiduría de nuestro lenguaje común insiste en la importancia de “conocer el propio puesto”, dado que estar “fuera de su sitio” puede hacer que con la fuerza uno sea “llevado a su puesto” para dar el puesto ocupado ilícitamente a quien tenía el derecho.

Si ha de pasar una cosa, ésta debe ante todo “*tener lugar*”. Caín y los Judíos se convirtieron en fugitivos y errantes cuando perdieron su puesto. Los demonios cayeron para siempre cuando “*perdieron su puesto y fueron expulsados del cielo*” (Apoc. 12, 8).

Existen el cielo, la tierra y el infierno, y los tres tienen su puesto, no son una creación de la imaginación. Sor Lucía de Fátima ha dicho que “*son muchas las almas que van al infierno*”.

Según Santo Tomás, en el Juicio Final los buenos no sólo serán separados de los condenados por motivo de sus méritos, sino que serán separados de ellos también en cuanto a lugar. Los condenados, que han sido separados de Cristo, en su apego a las cosas de la tierra, quedarán en la tierra; pero los buenos, que se han unido a Cristo, serán elevados en el aire (llevados al Cielo) para encontrarlo, no sólo para ser conformados al esplendor de Su gloria, sino para ser asociados a El en el puesto que El ocupa. “*Ahí donde estoy Yo, ahí estará también mi servidor. Si uno me sirve, el Padre lo honrará*” (Jn 12, 26).

Después de **Galileo** ha habido un descenso continuo. Prefiriendo seguir las ecuaciones humanas en vez de la clara evidencia de sus sentidos, “*...los hombres han delirado en sus razonamientos y se ha oscurecido su mente insensata... Por eso Dios los ha abandonado a la impureza según los deseos de su corazón, de modo que deshonoran entre ellos sus propios cuerpos, ya que han sustituido la verdad de Dios con la mentira y han venerado y adorado a la criatura en lugar del Creador, que es bendito en los siglos... Por eso Dios los ha abandonado a pasiones infames; sus mujeres han cambiado las relaciones naturales en relaciones contra la naturaleza. Lo mismo los hombres, dejando las relaciones naturales con la mujer, se han inflamado de pasión unos por otros, cometiendo actos ignominiosos hombres con hombres, recibiendo así en ellos mismos el castigo que merecía su extravío. Puesto que han despreciado el conocimiento de Dios, Dios los ha abandonado a merced de una inteligencia depravada, de modo que cometen lo que es indigno*” (Rom 1, 21-29).

El engaño heliocentrista es llamado justamente revolución copernicana, no tanto por haber tomado el nombre de su formulador **Nicolás Copérnico**, cuanto por el trastorno completo del orden natural, inaugurado por él.

Como escribió más tarde Pearce Williams, al comienzo del siglo XIX, en el “Album de Ciencia”: “*Considerar la tierra como un planeta como los demás en el sistema solar era un*

poco audaz... Como quiera que fuera, existía un relato del origen y de la naturaleza geológica fundamental de la tierra que era central para la civilización occidental, conservado piadosamente por la tradición y literalmente sagrada. El libro del Génesis ofrecía un relato suficiente del origen y del desarrollo de la tierra, y contestar eso era dar un golpe mortal a los verdaderos fundamentos de la religión. Cuando esos fundamentos fueron socavados, muchos creyeron que habrían llegado trastornos radicales como los de la Revolución francesa...”

De hecho, ésta se encuentra en los orígenes del Renacimiento y provocó, una tras otra, la Reforma protestante, la revolución industrial, la democracia, el comunismo, y ahora el “nuevo orden mundial”, que son todos movimientos utópicos que **tienden a rehacer el universo de Dios según planes diferentes del Suyo**. No son fenómenos aislados, sino fases sucesivas de una rebelión ininterrumpida que reviste diferentes formas y cuyo *modus operandi* no cambia nunca. Siguiendo la fórmula probada por los ocultistas, “*solve et coagula*”, el orden existente primero es derribado, después nivelado, y por último reelaborado. Los retrocesos ocasionales sirven sólo para concentrar las fuerzas para la etapa siguiente.

La Revolución no carece nunca de dinamismo porque la dirección es siempre “**hacia abajo**”, y para la naturaleza humana es una dirección fácil. La música actual del *rock-and-roll* ilustra perfectamente el poder fascinante de la música ensordecedora y de las fuerzas que desata. El hombre, encontrándose en la tierra entre **el espíritu y la materia** y compuesto por ambas cosas, recapitula en sí toda la creación. Su cuerpo está unido a un alma inmortal creada a imagen de Dios, en la cual Dios ha infundido un principio espiritual. El hombre está dotado de una inteligencia hecha para conocer la verdad y de una voluntad que es libre. Desde la tierra como punto de apoyo, tiene plenos poderes para ir “**a lo alto**” hacia Dios y sus ángeles por el camino estrecho, o de ir “**abajo**” hacia Satanás y sus demonios por la vía fácil, si así prefiere.

Como decía el grande paciente Job, “*la vida del hombre en la tierra es como la de un soldado*” (Job 7,1), o sea, una lucha. En la lucha incesante entre las dos direcciones, cuando no va “**hacia lo alto**” va “**hacia lo bajo**”.

No sólo ya no dispone del pleno dominio que su padre Adán ejercía sobre la tierra y sus criaturas, sino que el dominio que tiene de sí mismo está severamente limitado.

Creado para gobernar el mundo, es incapaz de controlar incluso la tos o el estornudo, su pensamiento y sus concupiscencias. Debilitado por los efectos del pecado original en el Edén y también por sus propios pecados, toda su naturaleza arrastra su alma hacia la tierra de la que procede su cuerpo.

Ir “**hacia lo alto**” lleva consigo sufrimientos, tanto que su grado de virtud puede ser aproximadamente medido por el dolor que implica. No es casual si el descender Jesús **a los infiernos** y Su Resurrección de entre los muertos están seguidas en el Credo, porque la Redención tenía que ser llevada a cabo desde **el fondo** hacia **lo alto**...

Por eso dice el Apóstol: “*Si por tanto habeis resucitado con Cristo, buscad las cosas de **allá arriba**, donde Cristo está sentado a la derecha de Dios; pensad en las cosas de **allá arriba**, no a las de la tierra*” (Col 3,1-2).

San Pablo no era maniqueo. No quiere decir que la materia sea mala, sino que la materia pertenece a la “tierra”, siempre subordinada al espíritu, si se quiere mantener el orden establecido por Dios. No se nos ordena nunca que amemos las cosas de la tierra, sino sólo de hacer un uso conveniente de ellas. No podemos ni siquiera “desear” una cosa que está por debajo de nosotros, o igualarla con nosotros, sin correrla de su sitio. “*Todo buen regalo y todo don perfecto viene **de lo alto** y **desciende** del Padre de la luz, en quien no hay mutación ni sombra de cambio*” (Santiago 1,17), dice el “hermano” del Señor.

No se desciende hacia la verdad o lo excelente. Eva fue la primera en tomar la dirección de lo bajo cuando siguió el consejo del serpiente. Siguiendo su ejemplo fatal y escuchandola, Adán sufrió las consecuencias.

Desde entonces, sólo con la gracia de Dios podemos hacer desaparecer lo terreno... Dice el Señor: “Y Yo, cuando sea elevado de la tierra”, primero en la Cruz y después con su Ascensión al cielo, “atraeré todos a Mí” (Jn 12,32).

Desde entonces, se sepa o no, toda alma en estado de gracia está realizando una ascensión sobrenatural hacia una futura Transfiguración.

Hablando de los últimos días, Jesús dice al hombre que está en la terraza que *no baje* a por las cosas de su casa por ninguna razón, y a los que están en Judea, “*que huyan a los montes*” (Mt 24,16-17). **Nunca dice de huir hacia la playa. Dios está en todas partes, pero el camino que lleva a El es siempre “*hacia lo alto*”.**

